This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 190 231

LOS HORRORES DE FILIPINAS

E. SALGARI

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.
MADRID

NOVELAS DE
AVENTURAS

SERIE SALGARI

EMILIO SALGARI

LOS HORRORES DE FILIPINAS

VERSIÓN CASTELLANA

TOMO I

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS

PQ4841
Sa4S77
v.1

RAFECAS

CAPÍTULO PRIMERO

LOS JURAMENTADOS DE SOLÚ

Los moros! ¡Los moros!

Este grito retumba como un trueno en las calles de Manila, la opulenta capital de Filipinas.

Una muchedumbre aterrada, pálida, con los ojos desencajados, se precipita como un huracán por el soberbio puente de diez ojos que une la ciudad murada, la ciudad española, con los populosos arrabales de Binondo y Santa Cruz, que forman la ciudad china.

Algunos de los fugitivos, atropellados por los que vienen detrás de ellos, caen al suelo; pero no tardan en levantarse y en emprender de nuevo su desesperada carrera, gritando siempre:

—¡Los moros! ¡Los moros!

Hombres, mujeres, niños, españoles, tagalos, chinos, mercaderes, marineros, barqueros del Passig y soldados, todos

703

corren como si los siguiera una manada de fieras sedientas de sangre.

Caen algunas mujeres y niños envueltos por aquella oleada humana, que avanza con ímpetu irresistible. La multitud pasa sobre ellos pisoteándolos; pero ¿quién se preocupa por tan poca cosa en aquellos momentos?

Entra la turba en la ciudad atropellando a centinelas y aduaneros y aullando siempre:

—¡Huíd! ¡Sálvese el que pueda! ¡Los moros! ¡Los moros!

Ciérranse estrepitosamente las puertas de las casas; bájanse de un golpe los cierres de las tiendas, huyen despavoridos los vendedores de frutas y hortalizas, dejando abandonadas sus mercancías en medio de las calles, fustigan los cocheros a los caballos y salen disparados con sus vehículos, sin mirar si atropellan a alguien.

Ábrense algunas ventanas, y salen de ellas miedosas voces que preguntan:

—¿Qué pasa?

—¡Vienen de Binondo!—responden algunos fugitivos sin detenerse.

—Pero ¿quiénes?

—¡Los juramentados!

—¡Por la Santa Virgen!

—¡Allí vienen!

—¡Los moros! ¡Los moros!

—¡A las armas!—exclama una voz— Venga uno que tenga *brandill!*

Un rugido espantoso que hiela la sangre en las venas estalla por la parte del puente.

Pocos momentos después, diez o doce hombres medio desnudos, de piel bronceada, con los ojos inyectados en sangre, cubiertos los labios de una espuma sanguinolenta, se precipitan en el puente como una bandada de aves de rapiña.

No parecen hombres, sino demonios del infierno. Son todos de alta estatura, anchos de espaldas y de pecho fornido, pero de delgados brazos, y piernas que parecen hilos de acero revestidos de piel curtida.

Van vestidos solamente con unas camisolas cortas y desteñidas; pero llevan collares y ajorcas de cuentas de vidrio y colmillos de jabalí al cuello y a los brazos, y en la cabeza haces de fibras vegetales entrelazadas.

Todos ellos parecen locos o energúmenos atacados de un acceso de sanguinario furor. Llevan en la mano pesados sables que los isleños de Solú llaman *parangs*, cuya hoja de acero tiene admirable temple; armas terribles que de un solo golpe descabezan al hombre más vigoroso.

Corren como gamos, con la larga cabellera tendida y flotante sobre la espalda, contraídas las facciones, los brazos

en alto y empuñando el formidable *parang*. Nada les espanta ni nada los contiene; sólo una descarga de fusilería o de metralla hubiera podido detener a aquellos tigres

¿Quiénes son esos hombres temerarios que así arrostran la muerte en las calles de una ciudad de ciento cincuenta mil habitantes, defendida por una guarnición de ocho o diez mil hombres escogidos entre los más valerosos de España? (1). ¿Son locos acaso?

Quizás peor que locos; porque esos *moros*, como los españoles los llaman, han hecho sobre el Corán juramento solemne de matar, y lo cumplirán, aunque se les oponga una selva de bayonetas o una lluvia de balas.

No son verdaderos moros, sino isleños de Solú, naturales de ese viejo cubil de piratas, malayos, en fin, pero condenados *motu proprio* a la muerte (2).

Un día, unos cuantos desdichados, como tantos otros hombres de su raza, después de haber dilapidado sus riquezas,

(1) El autor parece ignorar que las tropas españolas de Filipinas estaban compuestas de indígenas. Sólo un cuerpo—el regimiento de artillería—estaba formado por peninsulares. *(Nota del traductor.)*

(2) Aquí tiene razón el autor. Los españoles solemos llamar *moros* a los mahometanos, sean de donde quieran, siendo así que el nombre de *moro* sólo es aplicable propiamente a los naturales de aquella región septentrional de Africa conocida con el nombre de *Mauritania*. Los mahometanos del archipiélago filipino son gente de raza malaya, sin el más remoto parentesco con los moros. *(Nota del traductor.)*

sus tierras y hasta sus cabañas, abrumados de deudas, son entregados por las leyes de su país a sus acreedores, que pueden venderlos como esclavos, tanto a ellos como a sus mujeres y a sus hijos.

Los *panditas* o sacerdotes mahometanos, hombres crueles y fanáticos, aprovechan la coyuntura para desfogar su odio contra los infieles, ofreciendo a esos deudores el rescate de sus familias bajo la condición de juramentarse para matar el mayor número posible de enemigos.

¿Y qué es la muerte para los malayos? Ni más ni menos que uno de tantos incidentes de la existencia, que miran con la misma indiferencia que cualquier otro. No titubean, pues, un solo instante en afrontarla. He ahí cómo los deudores se convierten en *juramentados*.

Cualquier *praho* solulano había transportado a los juramentados a la boca del Passig, donde pudieran cumplir su voto sanguinario lanzándose sobre la capital del archipiélago, y la tripulación, después de embriagarlos con opio para exaltarlos hasta la locura, los había soltado en la orilla.

Aquellos doce hombres, resueltos a morir matando para rescatar a sus familias, se habían lanzado sobre la muchedumbre que se agolpaba en el muelle de Binondo, abriendo en ella un sangriento surco; después, atravesando el arrabal, tras de los fugitivos habían entrado por el puente del

Passig derechos hacia la ciudad para penetrar en ella antes de que cundiese la alarma y se alzase el puente levadizo.

Una mujer que había sido derribada por la turba, al ver acercarse a aquellos demonios trató de levantarse y huír; pero el primero de los juramentados la alcanzó de un salto, y la tendió muerta de un terrible tajo que le abrió la cabeza hasta la barba.

Un soldado de infantería de marina que estaba de guardia en una chalupa de vapor atracada al muelle, saltó a tierra, y esgrimiendo un fusil armado de bayoneta trató de hacer frente a la banda.

El desdichado no sabía, sin duda, con quiénes tenía que habérselas, y cayó al suelo con un brazo tronchado y la garganta atravesada, sin más tiempo que para exclamar «¡Válgame Dios!» y exhalar el último aliento.

Después de pasar el puente, los juramentados se lanzan por la calle adelante, sin que nadie se atreva a detenerlos ante la puerta del baluarte.

Saben que por allí han de encontrar gente a quien sacrificar a su furia, gente española sobre todo, y se precipitan por la puerta de la ciudad como un torrente asolador.

Parten algunas pedradas y tiros de las ventanas, y van cayendo alguno que otro de los agresores, que no tardan en ser rematados a tiros como bestias feroces; pero los demás,

siguen adelante en su desenfrenada carrera, blandiendo sus armas ensangrentadas.

En la esquina de una calle tropiezan con un grupo de fugitivos, en quienes hacen un terrible destrozo, y siguen adelante, dejando tras sí un montón de muertos y moribundos.

Así llegaron hasta la plaza de Armas, cuando, frente a la estatua de Fernando VII, se encontraron con una rica silla de manos que conducían cuatro indígenas, cuatro tagalos.

Éstos, al verlos acercarse, abandonaron la silla y corrieron a refugiarse entre los árboles del Jardín Botánico, lanzando gritos de terror.

Otro grito, éste de mujer, salió del fondo del vehículo, del cual saltó ágilmente una joven que dirigió una mirada aterrorizada en torno suyo.

Aquella desdichada, destinada a perecer a los golpes de los fanáticos sanguinarios, era una mujer de singular belleza.

Podía tener como diez y seis o diez y siete años, o quizá menos; y aunque menudita y de corta estatura, era de talle gentil y ojos muy negros, indicadores de su origen español. Sus cejas eran también negras y pobladas y de fino dibujo; sus labios, rojos como corales; sus dientes, blancos; su nariz, recta y provista de esas movibles ventanas que caracterizan a las isleñas de Luzón. Tenía la piel morena y el pelo negro, que llevaba suelto sobre la espalda.

Contra la costumbre general de sus paisanas manileñas, no llevaba joyas ni vestido lujoso y de colores vivos, sino un sencillo traje azul de tela floreada, y en la cabeza una pañoleta ligera de seda blanca: la *manta*.

Al verse sola frunció el entrecejo; pero de repente se puso intensamente pálida y lanzó un grito de horror. Acababa de ver a los juramentados, que se acercaban corriendo como una manada de hambrientos lobos blandiendo los *parangs*.

Un instante más, y aquella hermosa cabeza caería rodando al suelo, y aquel hermoso cuerpo se revolcaría en su propia sangre.

Pero el grito angustioso de la muchacha no se había perdido en el vacío.

Dos hombres, el uno vestido a la europea y el otro a la china, que se habían refugiado en un café próximo, lo habían visto todo, y con gran riesgo de su vida se lanzaron en ayuda de la joven.

El primero era un hombre como de treinta años, de facciones atrevidas, reveladoras de un valor a toda prueba. Parecía pertenecer a esa hermosa e inteligente raza producto del cruzamiento de la sangre europea con la de los indígenas filipinos, porque era de piel un poco morena, de reflejos rosados, con los ojos grandes, negros y de forma de almen-

dra, el pelo negrísimo y ensortijado, los dientes de una blancura deslumbradora, y el cuerpo robusto y dotado de esa agilidad que distingue a los isleños de Filipinas.

El otro, que parecía ser media docena de años más viejo, tenía la piel pálida y amarilla, los ojos ligeramente oblicuos y de extraños reflejos, la frente alta y espaciosa, surcada de precoces arrugas, los labios finos y sutiles, y la barba aguda y sembrada de unos pocos pelos. Llevaba la cabeza rapada a la moda china, con una larga trenza que le partía del occipucio y le caía sobre la espalda, también conforme a la costumbre de su nación. Era más alto, robusto y musculoso que su compañero. A juzgar por las apariencias, debía de ser un hombre de fuerzas hercúleas y de energía poco común en la gente de su raza.

Aquellos dos valientes se arrojaron en socorro de la joven, que se había agarrado a la portezulea de la silla de manos y escondido la cabeza entre los brazos como para evitar el golpe de los agresores.

Sacó el mestizo un revólver y rompió un verdadero fuego graneado contra ellos, mientras que su compañero, que también había empuñado el suyo, se lo guardó rápidamente, al mismo tiempo que una sonrisa cruel se dibujaba en sus labios.

—¡La muchacha blanca!—exclamó con acento desdeñoso.

Pero los tiros del mestizo habían bastado para salvar la situación. Un moro, el que iba a la cabeza, cayó con la frente atravesada; tras él un segundo, y después un tercero. Los otros torcieron su camino y se entraron por el Jardín Botánico lanzando aullidos feroces.

Pero se acerca el fin de la tragedia. A las voces de alarma, soldados y gente armada acuden de todas partes. Un tagalo, otro valiente, afronta a la terrible banda armado de una especie de horquilla de madera de largo mango y con los dientes cubiertos de púas, llamada *brandill*, que es la mejor arma para contener a los fanáticos juramentados.

El último de ellos, detenido de repente por la horquilla de dicho instrumento, que le aprisionó el cuello entre las púas que lleva en los dientes, cayó de hinojos, al mismo tiempo que el fuego infernal de fusilería de dos docenas de soldados que acudieron desde el fuerte de Santiago y se apostaron entre los árboles del Jardín Botánico, derribaba a los otros moros, cuyos cadáveres quedaron allí hacinados en montón informe.

El pueblo de Manila, aterrado momentos antes por la furia sanguinaria de aquellos hombres feroces, pudo ya echarse a la calle para contar sus víctimas.

Entretanto, la muchacha morena tan milagrosamente salvada de una muerte desastrosa, repuesta de su estupor

había alzado los ojos para contemplar al hombre a quien debía la vida, el cual estaba todavía delante de ella con los brazos cruzados sobre el pecho y en actitud triste. Al verle se le escapó un grito y se apoyó en el palanquín como si le faltaran fuerzas para sostenerse.

—¡Vos! ¡Tú, Romero!—balbuceó.

—¡Sí; yo!—contestó el mestizo tristemente— No pensabas hallarme aquí; ¿verdad, Teresita? Ya lo ves, es el Destino que me pone siempre a tu paso.

—¡Ah, Romero! ¡Te debo la vida!—exclamó la joven tendiéndole la mano, que llevaba adornada con valiosas sortijas.

Apoderóse vivamente de ella el mestizo, y se la llevó al corazón; pero la soltó de repente.

—¿A qué?—murmuró con voz sorda— Todo debe acabar entre nosotros.

—¡No, Romero—murmuró la joven como ofendida—; no digas eso!

– Ya sabes que soy un mestizo. No corre por mis venas sangre española pura. Soy un proscripto; peor todavía: un hombre condenado, a quien sus compatriotas tendrían una satisfacción en ver muerto. Aquí es un crimen hablar de libertad; aquí es un crimen amar a su patria...; tu padre me lo ha demostrado. ¡Adiós! ¡Quizás no volvamos a vernos! ¡Me voy adonde se pelea y se muere!

Al decir esto, el mestizo dio un paso atrás como para alejarse; pero la joven española le detuvo sujetándole por entrambas manos.

—¡Romero!—dijo con los ojos llenos de lágrimas— ¡Romero... tú no puedes dejarme así..., no debes hacerlo..., porque yo sigo queriéndote!

Dibujóse en los labios del interpelado una amarga sonrisa.

—Tú me quieres, lo sé—dijo—. Pero ¿y tu padre, que me ha condenado al destierro y que me odia y me desprecia? ¿A qué luchar cuando no hay esperanza? ¿A qué vivir y padecer todavía más? Mis hermanos mueren por la libertad de esta tierra y yo voy también a morir a su lado.

—¡No, Romero!

—¡Así lo quiere el Destino! Partiré: lo he jurado, Teresita.

—Y tú, que me quieres; tú, que tanto has padecido por mí, ¿te pondrás enfrente de mis hermanos y de mi padre?

—¡Tu padre!—dijo el mestizo con voz sorda.

—¡Es verdad, Romero; perdona!—murmuró la jovencita reprimiendo un sollozo.

—Adiós, Teresita—dijo Romero haciendo un penosísimo esfuerzo—. Pueden advertir que he vuelto y prenderme, y entonces no estaré vivo mañana. Si muero en las trin-

cheras de Cavite o de Bulacán, mi último pensamiento y mi última palabra serán para ti.

—¿Y te irás?

—Mañana al amanecer.

—¿Y no nos volveremos a ver?

—Quizás, si me respeta la muerte; pero, no lo creo, porque procuraré que me maten.

—Es preciso que yo vuelva a verte. ¡No me niegues este favor, que quizás sea el último, Romero!—dijo Teresita llorando.

—Tengo el tiempo tasado.

—¡Lo quiero, Romero!

—¡Pues sea!

—Esta noche.

—¿Dónde?

—En el pabellón del jardín: allí te esperaré con Manolita.

—¡Tu padre me matará!

—¡A media noche estará durmiendo! ¡Concédeme esa última entrevista, Romero!

—Bueno; iré.

—Cuento con tu palabra!

—La cumpliré, Teresita.

La joven española se secó rápidamente las lágrimas con un pañuelo de encaje, se cubrió con la manta que había de-

jado caer sobre la espalda, y saltó ligera como un pájaro en el palanquín.

Los cuatro tagalos, que habían vuelto, se lo echaron a cuestas, y desaparecieron entre los árboles del Jardín Botánico.

El mestizo permaneció inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y con los ojos clavados en la silla que se alejaba.

Parecía haberlo olvidado todo: el tremendo peligro que pocos momentos antes había corrido, el no menor de ser descubierto y preso, a su compañero de los ojos oblicuos y hasta el lugar en que se encontraba.

—¿Qué destino me espera?—murmuró al fin lanzando un profundo suspiro— ¡Un mestizo! ¡Como si no corriera por mis venas la sangre de estos soberbios dominadores! Me desprecian a mí, a mis hermanos, a mi raza, mientras la insurrección ruge sobre su cabeza!

Miró en torno suyo como buscando a su compañero, y le descubrió al fin entre la turba que se había reunido alrededor de los cadáveres de los juramentados; pero también notó que sus ojos oblicuos le observaban atentamente. Al sorprender aquella mirada aguda y penetrante como la hoja de un puñal, se estremeció.

—¡Me espiaba!—murmuró.

Se acercó al grupo, y poniendo la mano en el hombro de su compañero, el cual se había apresurado a apartar de él los ojos, dirigiéndolos sobre los cadáveres de los moros, le dijo:

—¡Vamos, Hang-Tu!

El hombre amarillo le siguió diciendo:

—Están bien muertos, Romero.

—Lo creo—contestó éste esforzándose en sonreir.

—¡Es lástima que hayan muerto tan pronto! Habrían podido acabar con cien blancos más.

—Pero también hubieran matado a personas de otras razas: cuando están desencadenadas esas fieras, a nadie respetan.

—Por eso disparaste sobre ellos; ¿verdad, Romero?—dijo Hang-Tu con fina ironía.

—No; fue por salvar a una niña.

—¡A una blanca!—le contestó Hang-Tu con desprecio.

—A una niña, te digo. ¿Vamos a hacer también la guerra a las mujeres?

—No; pero ésa merecía haber muerto.

—¿Ésa?

—A lo menos hubiera sido una desgracia para su padre.

—¡Ah! ¿Tú la reconociste?

—Sí, Romero; y por eso no disparé contra los moros. Muerta ella, la patria, o la insurrección mejor dicho, hubiera contado con tu grande alma y con tu robusto brazo.

CAPÍTULO II

EL «LIRIO DE AGUA» Y EL «SOTO BLANCO»

El mestizo se detuvo al llegar al extremo del puente que une a la ciudad con Binondo, y miró fijamente a su compañero, cuya tez, de amarilla que era, había tomado un tinte verdoso, mientras que sus ojos fulgían con oscura llama. Parecía como si quisiese descubrir los pensamientos que se ocultaban en el cerebro de aquel vástago de los hijos del Celeste Imperio. Quizás había adivinado en las palabras de aquel hombre, bajo un amor ardiente por la libertad, una amenaza tenebrosa contra la joven de la silla de mano.

—¿Qué te importa, Hang-Tu—dijo finalmente—, que haya una mujer de por medio? ¿No he jurado al salir de Macao, donde he estado tres meses sufriendo el destierro, consagrarme en cuerpo y alma a la libertad de las islas?

—Pero esa mujer será fatal para ti.

—¿Esa pobre niña?

—Su amor, Romero.

—¡Calla, Hang-Tu!—dijo el mestizo con tristeza.

—¡Rompe todo lazo con esa raza que viene oprimiendo y despreciando hace siglos a ti, a mí y a nuestros hermanos.

—Calla, Hang.

—Estás enamorado de ella. ¡Tú! ¡Un mestizo!—continuó el implacable chino— ¿Crees que su padre consentirá en dártela por mujer? ¿Él, el jefe que pelea ferozmente contra nuestros hermanos? ¿Él, que te hizo arrestar, y aun te habría hecho fusiliar si no te hubiera yo salvado llevándote a Macao? ¿Él, que ha hecho quemar las inmensas haciendas que heredaste de tus padres, que te ha cubierto de desprecio, que se rió de ti cuando tuviste el atrevimiento de pedirle la mano de su hija, que te rechazó como a un perro o como a un leproso? ¿Y eres tú el que estás enamorado de su hija?

—¡Pero ella me quiere, Hang!

—¡Sí; el amor de una blanca, de una enemiga! ¡No se puede querer al hombre que vuelve sus armas contra el hermano, y menos contra el padre!

—Son peripecias de la guerra, y ella lo comprenderá.

—¡No, Romero! La raza blanca odia demasiado a la nuestra para que Teresita te perdone haberte levantado contra su patria. Ella cuenta con vuestros amores para privar a la insurrección del concurso de un hombre valeroso como tú, para librar a los suyos de un enemigo temible que puede

ser el brazo derecho de nuestros caudillos, y hasta quizás el director supremo de las operaciones de nuestras guerrillas.

—¿Yo?

—Tú, Romero. Nos hace falta un caudillo capaz de dirigir golpes audaces contra la ciudad defendida por los españoles y para fortalecer las nuestras. Tú eres ingeniero y entiendes de guerra; puedes dirigir un sitio, puedes enseñarnos a fortificar una posición. Ya ves cuán necesario nos eres y que cuenta contigo la insurrección.

—¿Y no te basta mi juramento de combatir por la libertad, Hang?

—Pero ¿y esa muchacha?

—¿Qué les importa a los insurrectos que yo quiera a una muchacha de este color o del otro?

—¿Y el corazón? ¿Será tan libre como tu brazo? ¿Tendrás el valor de combatir contra el padre de la mujer a quien quieres?

—¿Se duda, pues, de mi lealtad?—dijo el mestizo con voz sorda.

—No; pero...

—¿Acaso no he tomado parte en la organización del plan que debió poner a Manila en nuestras manos por sorpresa? ¿Acaso no armé yo a los trescientos hombres que trabajaban en mis fincas, y no fui yo quien primero alzó la ban-

dera de la rebelión? ¿No he sido condenado a muerte, no han sido confiscados mis bienes, no ha sido incendiada mi misma casa? ¿No he vuelto del destierro arrostrando el peligro de ser descubierto, no por ver a Teresita, sino para combatir al lado de mis hermanos y morir entre ellos?

—Lo sé, Romero, y todos los sabemos; pero tenemos miedo de esa muchacha y del afecto que sientes por ella.

—¡Es verdad!—murmuró el mestizo pasándose la mano por la frente.

Hang-Tu quedó un rato silencioso. Enlazó su brazo con el del mestizo, y ambos siguieron caminando hacia el muelle de Binondo, que estaba atestado de gente.

Grupos de chinos con sus rapadas cabezas adornadas de largas trenzas, de caras casi cuadradas y pómulos salientes, de tez amarillenta y cubiertos con grandes sombreros de fibras de *rotang* parecidos a setas gigantescas, iban y venían de acá para allá, charlando con viveza y riendo estrepitosamente.

Veíanse allí panzudos mercaderes vestidos de ricos y luengos *hao-is-ta* (grandes túnicas de seda estampadas de flores de colores vivos) y calzados con grandes escarpines blancos con gruesas suelas de fieltro; ricachones pavoneándose en sus amplios *hoal* (túnicas abotonadas a los costados, con petos de seda ricamente bordados) y encerrando

los pies en babuchas amarillas recamadas de oro. Robustos barqueros de tez oscura, vestidos con anchos calzones de tela azul que formaban grandes pliegues sobre el vientre, y ganapanes casi desnudos, pero con los cinturones provistos del inseparable abanico y de la no menos inseparable pipa de fumar opio.

Entre aquella ola de desmesurados sombreros y coletas veíanse tagalos, los verdaderos indígenas delas islas; grupos de jóvenes de talle elegante y miembros vigorosos, cuya piel tenía todos los matices del amarillo y bronceado, pintorescamente vestidos con blancas y recamadas camisas de percal sueltas sobre los pantalones, y malayos de cara huesosa, de color verdoso o aceitunado, ojos siempre contraídos y amenazadores, y la cintura armada con el indispensable *kriss*, puñal cuya hoja tiene una forma como de zigzag ondulante, de punta no pocas veces envenenada; arma terrible en manos de aquellos feroces isleños.

Esas tres razas, un tiempo enemigas acérrimas, parecían llevarse perfectamente entre sí en el muelle de Binondo. Los chinos y los tagalos en particular charlaban amistosamente, comentando las últimas noticias de la guerra que ardía en aquellos momentos bien cerca de la capital de la isla, sin parecer preocuparse de la multitud de naves, juncos, *prahos* y *giong* anclados delante del muelle, en espera de carga o de descarga.

Parecía que sucesos inesperados absorbían la atención de aquellos hombres, distrayéndolos de sus negocios.

Hang-Tu conducía al mestizo por en medio de aquella gente sin decirle una palabra. Los chinos, los malayos y los tagalos, como obedeciendo a una consigna, fingían no verlos; pero se apresuraban a abrirles paso. Sólo de cuando en cuando sorprendía Romero algunas ojeadas rápidas y fulminantes como relámpagos.

De repente, en medio de aquel vocerío se oyó un agudo silbido. Han-Tu se estremeció, y se dirigió apresuradamente hacia una estrecha callejuela que dividía en dos el populoso arrabal, mientras la muchedumbre se agolpaba rápidamente detrás de él y del mestizo como para guardarles las espaldas.

—¿Qué sucede?—preguntó Romero, que todo lo había advertido.

—Esto significa que algún español sospechoso venía siguiéndonos—le contestó el chino.

—¿Y qué hace esta gente?

—Se interpone entre nosotros y el espía para despistarle.

—Pero si es un español, tendrán que abrirle paso.

—Es verdad; pero los malayos tienen la mano pronta, y el curioso que pretenda seguirnos no dará diez pasos sin recibir un buen golpe de *kriss*.

—Los españoles, por lo visto, habían sospechado nuestra vuelta.

—Lo temo, Romero; pero cuando quieran prendernos estaremos ya lejos. Binondo no es la ciudad.

—¿Y adónde me llevas ahora?

—Pronto lo sabrás.

—A media noche debo estar libre.

—Lo estarás—dijo el chino mirándole fijamente.

Y después de algunos instantes de silencio añadió:

—¿Es que te espera la morena? ¿No es verdad?

—Probablemente.

—¡Lo había adivinado! Mira que el comandante Alcázar no está en Cavite, sino aquí.

—¡Lo sé!—respondió el mestizo suspirando.

—El padre de la muchacha te odia, Romero.

—También lo sé.

—Quizás te tiendan un lazo para privar a la insurrección de tu ayuda.

—¡No conoces a Teresita de Alcázar, Hang-Tu!

—No será ella quien te haga traición; pero si se sospecha que eres tú... El comandante es hombre que no duerme sino a medias.

—Iré armado.

—¿Quieres seguir mi consejo, Romero? Márchate sin

verla. ¿Qué puede decirte?; ¿que te quiere? Ya lo sabes, o a lo menos lo crees.

—¡Callate, Hang!—dijo el mestizo con voz amenazadora— ¡No tienes el derecho de herir mis sentimientos!

—No; pero un buen amigo debe velar por tu vida.

—¿Todavía dudas?

—No; pero tengo miedo del amor de esa muchacha.

—Está de por medio mi juramento.

—Pronto lo veremos.

—¿Qué quieres decir?

—Pensaba en las rarezas del Destino.

—No te entiendo, Hang.

—No importa. ¡Apresurémonos, Romero! ¡Nos esperan!

—¿Quiénes?

—Los patriotas.

El chino había apretado el paso, entrándose por los callejones interiores de Binondo, habitados casi exclusivamente por la numerosa colonia china y malaya de Manila; callejones fétidos, fangosos y tan estrechos, que son oscuros y lóbregos hasta en mitad del día.

Casas, casuchas y hasta cabañas hechas de barro y cubiertas de paja, pero todas con el techo encorvado y adornado de pértigas que sostenían banderolas y dragones rechinantes en sus soportes, se sucedían unas a otras sin orden ni concierto.

Como era ya bastante tarde, veíanse delante de algunas de aquellas casas esos monumentales faroles de papel que alumbraban con esa luz tibia a que tan aficionados son los hijos del Celeste Imperio.

Hang-Tu y su compañero anduvieron rápidamente muchas callejuelas semejantes y todas desiertas y se detuvieron al fin delante de una casa de aspecto tétrico, de muros y techo ruinosos, cuyas ventanillas tenían, en lugar de vidrieras, pequeñas conchas transparentes montadas en marcos de madera.

Sobre la puerta, que estaba medio oculta por una pared de poca altura, destinada, según la creencia de los chinos, a impedir la entrada a los espíritus malignos, se veían figuras mal dibujadas y peor pintadas representando las tres encarnaciones del filósofo chino Lae-tsz, con estas dos sentencias escritas en papel:

«Enfrente de mí puede surgir la riqueza». «¡Quiera el Cielo hacer descender sus favores sobre esta puerta!»

Hang-Tu se volvió al mestizo, diciéndole:

—Ya estamos.

—¿Dónde?—preguntó Romero con cierta ansiedad.

Echó el chino una rápida ojeada a la callejuela, apenas alumbrada por una linterna que había en una esquina, y en seguida, llevándose los dedos a la boca, lanzó tres silbidos.

Un instante después se abrió la puerta de la casa sin hacer ruido, y un chino de estatura gigantesca cubierto con un gran sombrero de fibras de *rotang* y vestido con una ancha túnica de tela azul, ceñida a la cintura por una faja que sostenía dos revólveres, se presentó en el umbral diciendo:

—¡Aquí estoy, Hang-Tu!

—¿Están listos los hijos del *Soto blanco* y del *Lirio de agua*?

—Sí, Hang.

—¿Estamos seguros?

—Tenemos sesenta hombres repartidos por el arrabal. Ningún blanco podrá acercarse sin ser detenido y muerto.

—Es preciso que haya mucha vigilancia, porque viene conmigo el hombre que esperamos.

—Mandaremos veinte hombres más al arrabal malayo.

—Está bien.

Hang-Tu asió a Romero por la mano, atravesó la puerta dando la vuelta al muro que medio la ocultaba, y entró en un corredor tortuoso y oscuro, por el cual avanzó con soltura y sin vacilaciones, como quien ya conoce el camino.

Después de descender varios escalones, introdujo al mestizo en una sala sin ventanas, alumbrada por una gran linterna que tenía en vez de vidrios láminas finísimas de cuerno de búfalo pintadas con flores de vivos matices.

Aquella habitación debía de ser subterránea, pero nin-

guna traza de humedad había en sus muros, cubiertos de papel de Tug y adornados con flores y tapices de seda roja con grandes dibujos representando dragones vomitando fuego y lunas sonrientes.

No había allí otros muebles que una silla de bambú; pero en los rincones se veían enormes haces de armas: carabinas indias, fusiles europeos de retrocarga de diversos sistemas, pistolas, revólveres, sables, *catanas* japonesas cortantes como navajas de afeitar, *parangs* de Mindanao, puñales, cuchillos, *kriss* y hasta espingardas (1) de grueso calibre.

—Espérame aquí—dijo Hang-Tu a Romero.

—Una cosa primero.

—Habla.

—¿Dónde estoy?

—En el centro de las dos sociedades secretas chinas *Lirio de agua* y *Soto blanco*.

—He oído hablar de esas poderosas sociedades.

—¿Sabías que han abrazado la causa de la insurrección?

—No.

—Pues sábelo.

—Pero ¿qué quieren de mí?

(1) Las espingardas a que en este y otros pasajes de la obra alude el autor, parecen ser, no armas manuales, sino esos cañoncitos de pequeño calibre llamados *lantacas*, muy usados por los naturales de Joló y otros puntos del archipiélago filipino. *(Nota del traductor.)*

—Representan a la insurrección en Manila.

—¿Y qué quieres que haga?

—Que le jures fidelidad, y después...

—Prosigue—dijo el mestizo, viendo que el chino se detenía.

—Después te elegirán comandante en jefe de las fuerzas insurrectas de la provincia de Cavite.

—¿Jefe yo?

—Así lo quieren.

—¿Y contra quién tendré que combatir?

—Lo decidirá la suerte.

El mestizo, que hasta entonces había permanecido con la cabeza inclinada sobre el pecho, la levantó con viveza y miró fijamente al chino; pero éste tenía un aspecto tranquilo y nada revelaba en su mirada.

—Espérame—dijo finalmente Hang-Tu, que había sufrido aquel examen sin que se alterase ningún músculo de su amarillo rostro.

Acercóse a una puerta de madera de *tek* que había en un extremo de la sala subterránea, y dio tres golpes en una plancha de metal, un *gong*.

No había cesado aún la vibración argentina de la plancha, cuando se abrió silenciosamente la puerta, que volvió a cerrarse con igual silencio detrás del chino después que la hubo franqueado.

Romero se quedó inmóvil en medio de la sala, poniendo atento oído a los vagos ruidos que se percibían hacia el lugar por donde había desaparecido su compañero. Tras la recia puerta de *tek* debía de haber muchísima gente, porque se oía el ruido de sus cuchicheos.

A ratos llegaba como un lejano estrépito de armas; pero cesaba pronto, volviendo luego a sentirse los mismos misteriosos rumores de antes.

Sin duda, en el subterráneo de la casa de aspecto tétrico se estaba celebrando una numerosa reunión de conspiradores que tramaban quizás alguna audaz intentona contra la población europea de Manila para arrancar de manos de España esa ciudad, el más formidable baluarte de su dominación.

A los pocos minutos volvió a entrar Hang-Tu en la sala diciendo:

—Ven, Romero; nuestros hermanos te esperan.

CAPÍTULO III

LAS SOCIEDADES SECRETAS CHINAS

El mestizo experimentó, sin saber por qué, un estremecimiento al oír aquellas palabras. No era que temiera afiliarse a aquellas sectas misteriosas importadas de China y que habían dado sus riquezas y su fuerza por la libertad de Filipinas; no temía tampoco los terribles castigos que infligen a los sospechosos de deslealtad o infidelidad contra los estatutos sociales; tampoco temía las artes secretas de Hang-Tu para arrancarle del corazón su afecto por Teresita; pero con todo, no se sentía tranquilo al franquear la puerta que debía conducirle ante los miembros de las poderosas sociedades.

Sentía vagamente que estaba envuelto en un peligro misterioso, pero sin sospechar cuál fuese.

El chino le llevó por otro corredor que parecía descender todavía más haciéndole entrar después en una sala cubierta por una bóveda sostenida por ocho enormes pilares, al pie de los cuales estaban sentados sendos chinos, miembros de la sociedad.

Otros dos chinos se apoderaron de Romero y le desnudaron de la cintura arriba, cubriéndole después con un manto blanco de seda que le dejaba descubierto el hombro derecho.

Para que fuera completa la ceremonia, hubieran debido cortarle la coleta, como prescriben los estatutos de las sociedades el *Lirio de agua*, el *Soto blanco* y el *Tien-Tai*, o sean del *Cielo*, de la *Tierra* y del *Hombre:* forma de protesta de los chinos contra el dominio de los conquistadores manchúes; pero siendo Romero mestizo, y llevando corto el pelo, a la moda de Europa, se prescindió de esa parte de la ceremonia.

Introdujo en seguida Hang-Tu a su amigo en una espaciosa sala donde estaban reunidos ciento o más de los afiliados, entre los cuales los había chinos, malayos, tagalos y mestizos, quizás los más influyentes del partido insurrecto de Manila. Todos ellos estaban armados de sables, *cantanas* o *parangs*, cuyas hojas de finísimo acero resplandecían a la luz de media docena de grandes faroles de talco.

Hang llevó al mestizo a un extremo de la sala, en el que había un pequeño pabellón, llamado de las *Flores Rojas* porque tenía las cortinas bordadas de peonías de color sanguíneo, y mojando los dedos en agua del río Sam-Ho, que es uno de los que bañan el territorio de la China, contenida en una vasija de porcelana azul de los *Minh*, roció con ella al neófito.

En aquel momento los cien hombres allí reunidos se pusieron en dos filas y cruzaron sus armas en el aire, formándo con ellas como una bóveda de acero.

Hang hizo que Romero entrase bajo aquella bóveda y que se arrodillara sobre un cojín de seda carmesí, mientras ocho espadas asestadas contra su hombro desnudo se lo desfloraban ligeramente, arrancándole algunas gotas de sangre.

—¿Han muerto tus padres?—le preguntó Hang, que hacía de jefe o de gran maestre de la sociedad.

—No—respondió sorprendido el mestizo.

—Debes jurar que han muerto—dijo el chino con voz solemne—; así lo disponen nuestros estatutos.

—¡Lo juro!

—Repite el juramento.

—¡Lo juro!

Un rayo de alegría brilló en los oblicuos ojos de Hang.

—¡Has jurado!—le dijo— Esa fórmula significa que has roto todos los lazos que te unen al mundo, y que de aquí en adelante perteneces en cuerpo y alma a nuestra sociedad, que representa la independencia de las islas Filipinas.

Al oír aquello el mestizo trató de levantarse; pero las puntas de las ocho espadas, que seguían asestadas contra su espalda, le obligaron a permanecer de hinojos. Comprendió entonces que el juramento que había prestado significaba

para él la pérdida de la mujer amada, la renuncia a sus amores, que era lo que se había propuesto el astuto chino.

—¡Hang!—murmuró el mestizo.

—¡Por la independencia de la patria!—contestó el chino, que comprendió su idea.

Romero cerró los ojos y bajó la cabeza: la libertad de la pàtria le robaba el afecto de Teresita.

Un afiliado se le acercó entretanto con un vaso de porcelana de color del *cielo después de la lluvia* lleno de *avarak*, fuerte bebida a la que se había agregado algunas gotas de la misma sangre que había brotado de su hombro.

—¡Bebe, Romero Ruiz!—dijo Hang presentándole la copa!

El neófito la apuró sin decir una palabra. Ya no se pertenecía: había dado el corazón y el alma a la sociedad.

—¡Romero Ruiz!—prosiguió el chino, haciéndole levantarse a tiempo que se retiraban las ocho espadas—, eres nuestro y has jurado defender la libertad de las islas contra nuestros opresores seculares!

—¡Sí—respondió el mestizo en voz baja—; pero me has destrozado el alma!

Hang-Tu fingió no oírle y le hizo sentarse a su lado en un escaño cubierto de seda de color de rosa floreado, y en seguida, mientras los conjurados se formaban ante ellos en amplio corro, dijo:

—¡Que entren los correos!

Un instante después dos malayos, un chino y un mestizo entraban en la sala. Los cuatro eran hombres flacos y parecían estropeadísimos. Notábase en su semblante y en su aspecto la huella de largos padecimientos. Sus ropas enfangadas indicaban que llegaban del campo insurrecto.

Hang-Tu hizo acercarse al mestizo, y le preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De la ribera del Imus, capitán—respondió el correo.

—¿Qué hacen los españoles?

—Están acampados cerca de Dasmarinas, y parece que tratan de ir a Salitrán.

—¿Quién los manda?

—Los generales Lachambre y Cornell.

—¿Y qué más?

—El general Zavala opera en combinación con ellos, y también el mayor...

—¡Basta!—interrumpió Hang-Tu con viveza— Conozco al otro. ¿Han fortificado a Salitrán los patriotas?

—La tienen por inexpugnable.

—¿El esfuerzo mayor de los españoles será, pues, sobre Salitrán?

—Sí, capitán; todas las columnas convergerán hacia el Imus.

Hang le indicó con un ademán que se retirase, y ordenó al chino que se le acercara.

—¿Vienes?...

—De Franquero.

—¿Es cierto que esa fortaleza ha caído en manos de los españoles?

—El general Jaramillo la tomó el dieciséis de febrero.

—¡Hace tres días!—exclamó Hang con acento de dolorosa sorpresa— ¿Y los insurrectos?

—Se han retirado combatiendo.

—¡Maldición! ¿Y Pamplona?

—Ha sido tomada también, capitán—dijo uno de los dos malayos adelantándose—. La tomó el coronel Barranquer después de un violento bombardeo que ha costado la vida a cien de los nuestros.

—¡Mala noticia!—dijo Hang suspirando— Y en Bocoor, ¿qué pasa?

—Sigue el bombardeo por la escuadra española; pero los patriotas continúan resistiéndose—dijo el segundo malayo.

—¿Y Cavite Vieja?

—Sigue defendiéndose contra los españoles.

—Pues hoy se decía en Binondo que las poblaciones del río Zárate están sometidas. ¿Es verdad?

—Sí, capitán—contestaron los dos malayos—; pero to-

dos los hombres capaces de pelear se han ido a reforzar las partidas.

Hang-Tu se levantó, y volviéndose hacia los conjurados, que a pesar de las malas noticias que acababan de oír guardaban religioso silencio, dijo:

—Amigos: los opresores nos amenazan con un golpe mortal. Mientras Cuba resiste victoriosamente a los regimientos del general Weyler sacrificando por la independencia a sus hijos más valerosos, nosotros, que habíamos empezado tan brillantemente, estamos a punto de ser vencidos. ¡Los tigres de las islas, los antropoides, como los llaman despreciativamente esos hombres de piel blanca, no deben perecer! ¡Tened en cuenta que somos siete millones, mientras que ellos no son más que treinta mil, y que por nuestras venas corre la sangre de muchas razas valerosas y de los más famosos piratas del Archipiélago.

¡Guerra a muerte contra esos opresores, contra esos orgullosos blancos que os desprecian!

Triunfan hoy, pero tiemblan, porque saben que los tigres de las islas arrostran impávidos la muerte. ¡En Bataan, en Laguna, en Pampanga, en Cavite, en Bulacán, en Malabón, en Noveleta se resiste todavía, y ni los fusiles ni los cañones españoles serán bastante para domarnos!

Si nos ganan nuestras poblaciones, refugiémonos en los

bosques y en las montañas. ¡Vale más la libertad de las fieras que la esclavitud doméstica!

¡Organicémonos, amigos! Os traigo aquí un hombre que dará que hacer a los españoles; un hombre que antes que ningún otro levantó la bandera de la insurrección, que conoce a los blancos mejor que todos nosotros juntos, que ha estudiado en la lejana Europa, y que es el primer mártir de la libertad.

¡Romero Ruiz, yo, jefe de las sociedades el *Solo blanco* y el *Lirio de agua* y gran maestre del *Tien-Tai*, jefe supremo de los insurrectos de nacionalidad china, te nombro jefe supremo de los insurrectos de la provincia de Cavite!

¡Jura defender hasta lo último nuestras fortalezas contra todo el poder de España; jura que combatirás contra cualquier jefe español, aunque sea amigo o pariente tuyo! ¡Júralo, Romero Ruiz, la patria lo exige!

—¡Lo juro!—respondió el mestizo, que se sentía como fascinado por la ardiente mirada del chino, que en aquel momento estaba clavada en sus ojos.

—Está bien; mañana partiremos para Salitrán, que hay que defender antes que nada.

Después, volviéndose hacia uno de los conjurados, le preguntó:

—¿Está todo listo?

—Todo, capitán.

—¿A qué hora?

—A las cuatro.

—¿Dónde?

—Delante de la casa de Fany.

—Separémonos antes de que puedan sorprendernos.

A los pocos momentos quedó desierta la sala subterránea; sólo quedaron allí el mestizo y Hang-Tu.

—¿Estás satisfecho, amigo?—preguntó el último.

—Temo que confíes demasiado en mis fuerzas.

—No, yo te conozco. Todos los insurrectos te aprecian y estaban deseando nuestro regreso. Tú eres de esos hombres de energía extraordinaria que ejercen acción poderosa en las masas. Te he colocado en el puesto que te corresponde.

—¿Sin ningúna mira secreta, Hang?

—¡Quién sabe!—respondió el chino arrugando la frente.

—Me has nombrado capitán de los insurrectos de Cavite para alejarme de Teresita; ¿verdad?

—La *Perla de Manila*, como llaman aquí a esa muchacha, podía hacer más daño a la insurrección con su afecto que los españoles con sus armas—respondió el chino con acento serio—. Hacía falta una cabeza que organizara las fuerzas insurrectas, y tú eres el único capaz de ello. Perderás el

afecto de la muchacha; pero quizás lograrás la libertad de las islas, y bien vale la pena.

Romero sólo contestó con un profundo suspiro.

—Te comprendo—prosiguió diciendo Hang después de breves momentos de silencio—. *La Perla de Manila* te había hechizado, y padeces.

—¡Sí, padezco!—replicó el mestizo con acento de mal reprimida ira— ¡Grande es el amor de la patria; pero es un atroz martirio sentir destrozarse el corazón, Hang! Maldigo el momento en que mis ojos se encontraron por primera vez con los de Teresita, Hang! Quisiera no haber tropezado con ella en mi camino, o tener fuerza para sofocar esta pasión que me devora y que no pudo extinguir mi destierro! ¡La patria, la libertad! ¡Mucho amo a esta tierra, por la eual todo lo he sacrificado; pero tú no podrás comprender nunca, Hang, cuánto quiero a esa muchacha hija de nuestros enemigos. ¡Pero no hablemos más del asunto, y que se cumpla mi triste destino! ¡Pues que la patria necesita mi vida y mi sangre, se las daré!

—¿Piensas hacerte matar, Romero?—dijo Hang con acento conmovido.

—¿Qué te importa? ¿Crees acaso que puedo ser muy feliz, aunque me hayas nombrado jefe de los insurrectos?

—Los acontecimientos de la guerra y la vida de campaña te harán olvidar esos amores, Romero.

—Nunca, Hang! ¡Mi martirio no acabará sino con la vida!

—¡Tú, que podrás ser un día el jefe supremo de nuestras islas!

—Sí; pero mi corazón estaría muerto entonces!

—¡Maldita blanca!

—¡Cállate, Hang!

—¡La odio tanto como a su padre!

—¡Calla, calla!

—¡Bien! ¡Vamos!

El mestizo se quitó el manto de seda blanca que había llevado puesto durante la ceremonia, se vistió de nuevo su ropa y abandonó la sala junto con Hang-Tu, volviendo a pasar por los corredores y pasadizos por donde antes habían entrado.

Al salir a la lóbrega callejuela, que estaba enteramente desierta, Hang miró a uno y otro lado con recelo, y cerciorado de que no corrían ningún peligro, emprendió la marcha seguido por el mestizo, que había vuelto a abismarse en sus tristes pensamientos.

Llegados al fin de la callejuela se llevó el chino los dedos a la boca, y lanzó un silbido opaco y breve. Dos hombres salieron de un rincón en que estaban ocultos.

—¿Está franco el camino?—les preguntó Hang.

—No hay un solo guardia hasta el muelle del Pasig—contestaron los dos conjurados.

Hang y Romero volvieron a emprender la marcha por el dédalo de callejuelas del arrabal malayo, y un cuarto de hora después llegaban al muelle de Binondo.

No se veía allí alma viviente: sólo en la cubierta de algún junco chino o *praho* malayo, con las velas desplegadas como si se dispusieran a hacerse a la mar, podía descubrirse algún que otro tripulante.

—Son las once—dijo Hang deteniéndose—. ¿Quieres que te deje en libertad?

—¡Es preciso!—le contestó Romero.

—¿Estás decidido a despedirte de la *Perla de Manila*?

—Se lo he prometido.

—¡Ten cuidado, Romero!

—Seré fuerte.

—Puedes tener alguna sorpresa desagradable.

—Estoy preparado a todo.

—Te tentarán, Romero.

—Seré fiel a mis juramentos.

—¿A la patria?—dijo Hang con acento solemne.

—¡A la patria!—le respondió el mestizo, emocionado.

—¿Llevas armas?

—¿Qué puedo temer?

—¡Quién sabe! Ya te he dicho que el Destino tiene cosas muy extrañas.

—¡A nadie temo!

—¡Mira que está aquí el padre!

—Si me ataca, me defenderé.

—Acuérdate de que debes tu vida a la causa de la independencia.

—No haré que me maten.

—¡Adiós! Mañana delante de la casa de Fany si no nos vemos antes.

—¿Acaso quieres seguirme?

Hang no respondió; se había calado su gran sombrero de forma de hongo y alejábase rápidamente hacia un junco atracado al muelle, cuyos tripulantes estaban prontos a soltar las amarras.

—¡Vamos!—murmuró Romero envolviéndose en una manta de colores vivos que hasta entonces había llevado debajo del brazo—. ¡Acabemos de una vez la terrible lucha!

Abrió con un golpe seco una de esas largas y afiladas navajas que usan los españoles, y se la puso en el cinturón. donde también llevaba el revólver que tan buenos servicios le había prestado aquel mismo día contra los moros, y se dirigió muy despacio hacia el puente de Binondo para entrar en la ciudad.

CAPÍTULO IV

TERESITA DE ALCÁZAR

El archipiélago de Filipinas, donde se desarrolló la sangrienta insurrección del 96-97, casi al mismo tiempo que la no menos tremenda de Cuba, es una de las más espléndidas posesiones que había conservado España de las muchas que tuviera en otro tiempo.

Se compone de más de cincuenta islas; pero de ellas hay dos grandísimas: la de Luzón, que es la principal y alcanza más de doble extensión que nuestra Sicilia, y la de Mindanao, de la cual gran parte es todavía independiente. Otras siete son también considerables por la extensión de su territorio: Palavan, Samar, Panay, Mindoro, Leite, Negros y Cebú. Son las menores las de Bohol, Marsbate, Mactán, Marinduque, Burias, Calminas, Bassilan, Catanduanes, Pelillo, Babuiane, etc.

Magallanes, el gran navegante que dio por primera vez la vuelta al mundo, fue también el primer europeo que abordó en esas tierras el 16 de marzo de 1521; pero no pudo ponerlas bajo del dominio de España, pues perdió la vida en la isla de Mactán combatiendo por el rey de Cebú.

Veinte años después llegó Villalobos a aquellas tierras, que llamó Filipinas en honor de Felipe II; pero escaseando de víveres sus naves, tuvo también que abandonarlas sin haber podido fundar ninguna colonia.

Estaba reservada esa honra a Miguel López de Legazpi hacia 1561; pero su sobrino Salcedo fue el verdadero conquistador de la isla de Luzón. Con valor inaudito sometió con sólo 150 hombres a los príncipes tagalos, y dio a su patria una de las colonias más importantes y prósperas.

Los progresos de la colonia fueron rapidísimos, a pesar de las discordias que hubo primero entre la Audiencia y los prelados, después entre el clero secular y el regular, y más adelante entre unas y otras Ordenes religiosas. A los pocos años, merced a los emigrantes chinos, hábiles artífices y comerciantes, Manila llegó a ser uno de los más ricos emporios de aquellos mares, con inmensos beneficios para la hacienda de la metrópoli, a la cual producía tanto esa colonia como las del golfo de Méjico.

La dura opresión de los conquistadores por una parte, y los ambiciosos planes del vecino imperio de China por otra, no tardaron en provocar sangrientas insurrecciones, que agitaron varias veces aquella opulenta isla, poniendo en peligro la soberanía española.

Libertada milagrosamente de la pirática expedición del

bandido Limacón, que con sesenta y dos naves, en las que iban 2.000 hombres y 1.500 mujeres, trató de apoderarse por sorpresa de Manila en 1574, hubo de sufrir en 1603 la primera rebelión que estalló dentro de los muros de esa ciudad.

Treinta y cinco mil chinos entre labradores y mercaderes, instigados por emisarios del Celeste Imperio, se levantaron en armas.

Una mujer tagala, casada con un chino, descubrió a un clérigo la conjuración; pero los rebeldes no retrocedieron, y acabaron con las avanzadas españolas.

El peligro hizo tomar las armas a todos los habitantes de Manila de raza europea. Soldados, clérigos seculares, religiosos, hasta las mujeres, se pusieron enfrente de la insurrección y lograron dominarla, causando la muerte de 23.000 rebeldes.

En 1639 estalló otra, también de chinos. Cuarenta mil de ellos atacaron a los españoles; pero también fueron sometidos con terrible mortandad. Sólo siete mil escasos escaparon con vida.

De esas dos rebeliones data el odio secular entre las razas blanca y amarilla, transmitido de padres a hijos. Los malos tratos de que eran objeto los indígenas por parte de los dominadores, la codicia de los perceptores de impuestos, que doblaban y triplicaban en provecho propio los que pagaban

los tagalos y malayos, y los crueles castigos que siguieron a varias insurrecciones de éstos, proporcionaron formidables aliados a los chinos en los representantes de la raza aceitunada y de la rosada, descendientes los primeros de los rapaces piratas, asoladores del archipiélago solulano, y los últimos, de los primitivos naturales del territorio.

De la fusión de las tres razas, china, malaya e indígena, ha resultado esa vigorosa e inteligente raza mestiza que, aspirando a reformas liberales, ha provocado las insurrecciones de nuestro tiempo.

La rebelión de las colonias españolas de América encontró eco en Filipinas, donde en 1824 resonó el primer grito de libertad. La insurrección había sido organizada por algunos militares españoles en combinación con hombres de negocios.

Eran pocos, pero animosos, y estaban apoyados moralmente por las razas de color, sedientas de venganza.

Los rebeldes se apoderaron de una de las puertas de la ciudad, asaltaron el palacio del Gobierno y mataron al virrey; pero las tropas que habían permanecido fieles lograron sofocar la insurrección aquella misma noche, y los principales motores del alzamiento perdieron la vida en el cadalso o fueron desterrados.

Otra segunda insurrección ocurrida algunos años después no tuvo mejor fortuna.

No se había derramado estérilmente la sangre de los autores de las anteriores revueltas. Las tres razas de color, cansadas de promesas nunca cumplidas y de reformas absurdas, humilladas por los desprecios y vejámenes de que eran objeto, y envalentonadas por las buenas andanzas de los insurrectos cubanos, tramaron hacia fines del 96 una gran conjuración, que debía estallar con rapidez fulminante, sorprendiendo tanto más a España cuanto menos la esperaba.

A no ser por la confidencia de una mujer de color, el golpe hubiera sido terrible para España; porque no se trataba de unas cuantas bandas que se alzasen en armas en el campo, sino de una sorpresa contra la capital del archipiélago, que habría de costar la vida a toda la población europea.

Habíanla preparado y organizado dos hombres: uno de ellos, el principal, Romero Quiñones, propietario de los más ricos de Luzón, que había seguido en Europa la carrera de ingeniero con gran aprovechamiento; hombre de corazón y de cabeza, aunque se supiera que estaba enamorado de una muchacha blanca, la *Perla de Manila*, hija de uno de los más valerosos oficiales de la guarnición española; el otro, Hang-Tu, jefe de los más valerosos e influyentes de la colonia china de Manila, gran maestre de las sociedades secretas el *Soto blanco*, el *Lirio de agua* y el *Tien-Tai*, y uno de los más fervorosos campeones de la libertad de las islas.

Aunque contra la opinión de Romero, que no quería inaugurar la insurrección con un asesinato, el partido amarillo, o sea el chino, tenía decretada la muerte del general Blanco, jefe supremo de las fuerzas españolas. Un malayo criado suyo le mataría a traición.

Las sospechas nacidas del hallazgo de ciertas armas en manos de criados tagalos, y confirmadas después por la confidencia de un campesino y por la declaración que a su confesor hizo una vieja malaya, pusieron en guardia a las autoridades españolas.

Mientras el gobernador hacía reducir a prisión a un centenar de conjurados, un alto funcionario de la colonia y un abogado organizaron prontamente dos escuadrones de voluntarios, que se impusieron por su energía a la población de color, a punto ya de alzarse en armas.

La conjuración había abortado. La protección de algunos amigos permitió a Romero y a Hang-Tu ponerse en salvo y refugiarse en Cantón cuando ya estaba decretada su sentencia de muerte.

Pero mientras los detenidos eran fusilados o deportados, estallaba la insurrección fuera de Manila, a pesar del corto número de los rebeldes.

El primer golpe de éstos se dirigió contra Calnacan, lugar que sólo dista dos leguas de Manila; pero fue rechazado.

Los feroces malayos que formaban la partida tomaron

venganza en el monasterio a que pertenecía el religioso confesor de la vieja malaya delatora de la intentona, matándola primero a ella cruelmente, después a su confesor por medio del terrible suplicio del *limig-chi*, que consiste en despedazar en muchos trozos al paciente, y, por último, matando a los demás religiosos, y después se separcieron por las poblaciones de Bulacán, Pampanga, Laguna, Nueva Écija, Bàtangas y Cavite para levantarlas en armas.

Las fuerzas españolas, movilizadas desde los primeros momentos, hubieran debido sofocar la apenas iniciada rebelión; pero las ideas de libertad y el odio contra la raza española tenían hondas raíces.

En muy poco tiempo aquellos pocos cientos de insurrectos se habían convertido en millares. La rebelión corrió como un reguero de pólvora, y pronto ardió en ella todo el territorio vecino de Manila. Tenía sus centros principales en Cavite Vieja y en Bulacán.

Los insurrectos encontraron valiosos aliados en los municipios y en la Guardia civil, cuyo ingreso habían abierto a los mestizos y a los indígenas recientes reformas. No huían, sino que combatían ferozmente.

Ya se habían reñido sangrientos combates entre los últimos meses del 96 y mediados de febrero del 97 y ya se habían cometido atrocidades increíbles por ambas partes,

cuando, eludiendo la vigilancia de la flota española y desafiando el peligro de caer en manos de las autoridades y sufrir la pena de muerte a que habían sido condenados por el Consejo de guerra presidido por el comandante Alcázar, desembarcaron los dos primeros campeones del alzamiento: Romero Ruiz y Hang-Tu.

.....

.....

El mestizo, después de separarse del chino en el muelle de Binondo, se encaminó después hacia el puente, con el rostro medio cubierto por la amplia manta floreada y la mano derecha apoyada en el mango de la larga y afilada navaja, que se había colocado bajo el cinturón.

Estaba triste y sombrío. El coloquio, que en otro tiempo hubiera colmado sus deseos, no le halagaba en aquellos momentos en que tan a punto estaba de partir para el campo rebelde y tan próximo a combatir contra los compatriotas, y quizás contra el propio padre de la mujer amada. ¡Situación bien triste la que le había creado el antagonismo entre su ardiente amor a la libertad de su patria y su amor por una mujer, y porvenir bien tenebroso el suyo, pues no estaba iluminado por la más remota esperanza!

—¡Es triste mi situación!—repetía para sí Romero siguiendo el hilo de sus dolorosos pensamientos— Pero aun-

que la patria haga de mí el más desventurado de los hombres, Romero Ruiz no hará traición a su bandera: ¡antes buscará la muerte que ponga fin a sus sufrimientos! ¡Tratemos de ser fuertes en esta entrevista, que quizás sea la última! ¡Pobre Teresita! ¡Mejor hubiera sido para mí no haberla conocido nunca!

Contuvo un suspiro y apretó el paso. Daban las once en aquel momento, y todavía tenía que andar mucho para llegar a la casa del comandante Alcázar.

Al extremo del puente, delante de la puerta de la ciudad, había dos centinelas, porque se había redoblado la vigilancia con motivo de la insurrección que aún podía ocasionar algún movimiento en una población habitada por tantos tagalos, chinos y mestizos. Romero pasó resueltamente, confiado en que la oscuridad no permitiría que fuera reconocido.

No pudo impedir que los soldados le preguntaran:

—¿Adónde se va a estas horas?

—A casa del mayor Alcázar—contestó sin titubear el mestizo.

—¿Os esperan?

—Sí, y llevo prisa.

—¡Adelante!

El mestizo entró en la ciudad apresuradamente; pero no volvió la primera esquina sin cerciorarse antes de que no

era seguido. Ya tranquilo por ese lado, se internó por una sucesión de calles estrechas, pero formadas por grandes edificios de severo y sombrío aspecto.

En la ciudad residen las autoridades, las tropas y la población blanca. Es una verdadera fortaleza ceñida de muros y baluartes enormes defendidos por anchos fosos, pero mal cuidados, pues más que de agua, están llenos de un líquido fangoso en que crecen hierbas y plantas acuáticas. Seis puertas con sus correspondientes puentes levadizos dan paso al interior de la ciudad, la cual está defendida también por una fortaleza de amenazadora apariencia: la de Santiago.

Las calles de la ciudad son tristes y ofrecen poco o ningún atractivo a los europeos que no sean españoles, pues aunque, por lo general, son anchas, rectas y están sombreadas por árboles, están cubiertas de hierbajos que nacen y crecen espontáneamente y que nadie se cuida de arrancar.

Aquellos palacios de oscuras murallas cuarteadas y resquebrajadas por los terromotos de 1654, 1796, 1852, 1860, 1864 y 1870; aquellas inmensas e innumerables iglesias, aquellos también innumerables monasterios, producen una triste impresión. Sus casas, sólo de planta baja y con las galerías exteriores adornadas de flores, casas que suelen fabricarse así ahora para resistir mejor a los terremotos, dan un aspecto más risueño a cierta parte de la ciudad.

Romero, que la conocía muy bien por haber vivido bastante tiempo en ella, anduvo muchas calles arrimándose lo más posible a los muros para no ser descubierto por algunos de los vigilantes nocturnos que las recorrían.

Pocos minutos antes de media noche llegó frente a un caserón que más parecía fortaleza que palacio, de muros sombríos, resquebrajados en parte por las convulsiones del suelo y con un extenso jardín adyacente rodeado de almenados, pero maltrechos y medio derruídos muros.

Ni siquiera un rayo de luz se percibía tras las persianas de las muchas ventanas del edificio, ni tampoco había ningún centinela en la grandiosa portada. Romero lanzó una larga y escrutadora mirada en torno suyo, y cerciorado de que estaba enteramente solo, siguió la tapia del jardín hasta ir a dar en un pabelloncito de piedra coronado por una azotea adornada con grandes macetas de flores.

Veíase luz a través de las persianas de las ventanas, las cuales eran tan bajas, que cualquier hombre de mediana estatura hubiera podido alcanzar a ellas.

—¡Me espera!—murmuró— ¡Pobre Teresita!

Se acercó a una de las ventanas, y llamó dando unos cuantos golpes con los nudillos.

Abrióse momentos después calladamente la puerta del pabellón, y el mestizo entró en una elegante salita adornada

con cortinas de percal azul, grandes jarrones de porcelana chinos o japoneses que contenían plantas raras llenas de flores que perfumaban el ambiente con esos fuertes aromas a que tan aficionadas son las españolas.

La suave claridad de una lámpara también china adornada de blonda se reflejaba en las mesillas chinescas de laca y en las mecedoras de bambú incrustado de laca y de escamas de nácar que amueblaban la estancia.

Teresita, vestida con un peinador blanco adornado de encajes que hacía resaltar el color moreno de su cutis y la negrura de sus ojos, se apoderó rápidamente de una mano de Romero y le llevó bajo la lámpara, mientras Manolita, su fiel criada, lindísima tagala de negros ojos ligeramente oblicuos, se apresuraba a cerrar la puerta.

—¡Gracias, Romero!—dijo la muchacha con voz trémula— Había temido un instante que no vinieses; pero veo que me engañaba y que te juzgaba mal.

—¿Y por qué dudabas, Teresita?

—¡Y me lo preguntas! ¡Temía que hubieras olvidado para siempre a la hija de quien tan despiadadamente te ha tratado!

—No creas que odie a tu padre.

—¡A él, que te ha condenado a muerte, que ha destruído todas tus riquezas, que te ha dejado en la miseria y que te ha obligado a expatriarte!

—Un soldado debe cumplir con su deber, Teresita. Otro cualquiera en su lugar se hubiera conducido lo mismo con un rebelde como yo.

—Pero él te odia, Romero—dijo la muchacha conmovida.

—Lo sé, Teresita—respondió el mestizo con voz sombría—; pero, a pesar de todo, no le odio. No veo en él sino un enemigo de la independencia de las islas; pero nada más. Se lo perdono todo: su desprecio, el daño que me ha hecho y las torturas que ha hecho pasar a mi corazón.

—¡Cuánto debes de haber padecido en el destierro, Romero mío!

—Sí; pero ha sido por ti, Teresita.

—¡Ah! ¿No me habías, pues, olvidado?—dijo ella sonriendo a través de sus lágrimas.

—¡No; llevaba en mi corazón el amor por la *Perla de Manila!* Pero, ¡qué angustias, Teresita! Te tenía siempre ante los ojos: ¡sábelo! Allí, en la tierra de los hombres amarillos, me parecía que tu voz resonaba en mis oídos de continuo, y me parecía oír siempre aquellas palabras que me dijiste la noche misma del levantamiento: «¡Tú, o la muerte!» ¡Ansiaba volver sólo por verte, aunque no fuera sino un instante, y aunque pudiera costarme la vida!

Romero se calló de repente, como si se hubiese arrepentido de haber dicho tanto.

—¡Estoy hablando así—dijo con amargura—, sin pensar en que todo debe acabar entre nosotros!

—¡Romero!—exclamó Teresita sollozando— ¡No digas eso, por Dios!

—¡Sí; todo debe acabar entre nosotros, porque nos separa la patria!

—¿La patria?

—¡Sí; porque mañana seré uno de los enemigos más implacables de tu raza, y no podrás ya quererme!

—Te engañas, Romero.

—No, Teresita. No se puede querer a un enemigo de la propia patria, y aquí estoy yo en prueba de ello. Muy pronto tendré que pelear a muerte contra tus hermanos, y quizás mataré a tu padre.

—¡No puede ser, Romero!—exclamó la muchacha con acento desgarrador—. ¡No! ¡Tú no te irás! ¡No volverás al campo insurrecto! ¡No te expondrás a los golpes de mis compatriotas!

—Tendré que irme, porque se trata de la independencia de estas islas, que son mi patria.

—¡Pero es que todos esos hombres tienen que morir, y yo no quiero que tú mueras! Creen que vencerán a España; creen que podrán echar de aquí a mis compatriotas, y se engañan. ¡Son ilusiones que se hacen! ¡España es demasiado fuerte y demasiado altiva para ceder!

—También la insurrección es fuerte, Teresita, y lucha mientras disponga de un solo hombre y de un solo cartuch

—Pero tú no eres un hombre de color, como casi tod los insurrectos. Por tus venas corre también sangre de bla cos, sangre española.

—Cierto es; pero tus compatriotas sólo se acuerdan d la sangre tagala de mi madre para despreciarme llamándom desdeñosamente mestizo. Por eso se ha puesto tu padre en tre tú y yo, como si la sangre de mi madre no fuera ta buena como la de los europeos. ¡No! ¡Un mestizo no pued mirar a una blanca: es un esclavo, un leproso!

—¡Romero, no hables así! ¿Qué importa que mis orgu llosos compatriotas te llaman mestizo, si yo te quiero?

—Pero ¿y tu padre?—dijo Romero, que parecía presa d una violenta excitación.

—Tú has salvado la vida a su hija.

—¡Y en pago de ello, sería dichoso si pudiera fusilarme —dijo Roberto con amargura.

Teresita se había dejado caer en una silla. y lloraba silenciosamente con el rostro oculto entre las manos, sofocando los sollozos que agitaban violentamente su seno. El mestizo, con los brazos cruzados y la frente arrugada, se paseaba por la sala, en tanto que Manolita, inmóvil como una estatua de bronce, vigilaba la puerta que daba al jardín.

—¿Te vas?—preguntó de repente la muchacha levantándose y secándose las lágrimas.

—Al amanecer—le contestó Romero.

—¿Estás decidido?

—Lo he jurado, Teresita.

—Y... ¿no volverás?—preguntó ella rompiendo otra vez sollozos.

—Quizás algún día, si no me matan.

—¡Es que no quiero que mueras, Romero!—exclamó Teresita reclinando la cabeza en el pecho de él.

—Mi muerte sería quizás un bien para los dos. ¿A qué continuar estos desdichados amores sin esperanza? La guerra interpondrá entre los dos un abismo que no se cerrará nunca, Teresita.

—¿Y vas a...?

—A defender a Salitrán.

—¡A Salitrán!—exclamó Teresita echándose hacia atrás con viveza—. ¿Vas a pelear contra mi padre?

—¿Tu padre estará en Salitrán? ¡Ah, Hang-Tu! ¡Veo el plan diabólico que has tramado!

—¿Quién es ese Hang-Tu, Romero?

—Un gran corazón y un gran patriota; pero un hombre nefasto para nuestros amores, Teresita. Me ha hecho jurar que defenderé a Salitrán, porque sabe que allí tendré que

luchar contra tu padre. ¡Soy un desgraciado! ¡Estoy maldito por el Destino!

—¿Y no puedes evitar el combatir con mi padre?

—¡Imposible, Teresita!

—¡Ah! ¡Le matarás, Romero!

—¡No; te lo juro! ¡Todo se lo he perdonado!

—Pero ¿y él? Tengo miedo. Tengo presentimientos muy tristes—dijo la jovencita con voz llorosa.

—¡Si así fuera... si me matase, se habría cumplido mi destino!

—¡Pero yo te quiero!

—¿Y crees que no quiero yo a la *Perla de Manila*? Sabe que he venido aquí mientras mis compatriotas, quizás esta misma noche, combaten y mueren por la libertad. ¿No debería yo estar a su lado combatiendo y muriendo con ellos? ¡No, Teresita; tú no comprenderás nunca cuánto he padecido por ti!

Romero se detuvo bruscamente. Oyóse un silbido breve que resonó hacia la calle, y que parecía conocer muy bien, porque palideció ligeramente haciendo un además de sorpresa.

—¡Hang-Tu!—dijo en voz baja—. ¡El silbido es de alarma!

Separóse dulcemente de los brazos de la jovencita, se acercó a la ventana y la abrió suavemente.

Un hombre envuelto en un amplio *sarapé* de colores vivos y cubierto con un gran sombrero de fibras *rotang* parecido al que usan los chinos, se hallaba en medio de la calle con la cara vuelta hacia el propio [illegible]

—¿Eres tú, Hang?

—¡Sí!—respondió el chino— ¡Huye, o eres preso! Los españoles saben que hemos desembarcado, y si no te das prisa, no podrás salir de la ciudad.

—Espérame, que allá voy.

El mestizo volvió a cerrar la ventana, y al volverse sintió que Teresita le estrechaba la mano.

—¿Te persiguen?—preguntó ella aterrorizada.

—Sí; pero no me prenderán—respondió Romero alzando altivamente la cabeza—. Voy armado y sé defenderme.

—¿Te marchas?

—Si me quedase podrían matarme, y es preciso que viva por la libertad de las islas... y por ti.

—¡Ah! ¿Me querrás siempre?

—Sí, Teresita; y puede ser que algún día la fatalidad se canse de perseguirnos.

—¡Anda; vete, querido mío! No quiero que te maten mis compatriotas. ¡Ah! ¡Qué triste es separarse de esta manera! ¡Quizás no vuelva a verte nunca!

Un sollozo le impidió seguir hablando. El mestizo le dio un beso en la frente, y mientras ella caía en brazos de Manolita volvió él a abrir la ventana y, poniéndose a horcajadas en ella, saltó a la calle diciendo a Hang:

—¡Aquí estoy! ¡Ya pertenezco a la insurrección!

CAPÍTULO V

LA FLOR DE LAS PERLAS

HANG-TU echó a andar inmediatamente, sin contestar una palabra a su amigo. Parecía muy inquieto, y sin dejar de caminar rápidamente, iba mirando hacia todas partes como si temiera un asalto de enemigos que lo acechasen.

En vez de seguir el muro del jardín, se entró por un laberinto de callejuelas que debieron en otro tiempo de estar formadas por grandes casas, pero en que a la sazón sólo había escombros, muros arruinados, pilares medio derruidos, tristes recuerdos de la ira del Albay, volcán que no cesa de vomitar llamas y lava.

Romero, abismado en sus pensamientos, le seguía maquinalmente, sin importarle, al parecer, adónde le llevaba, y sin mostrar tampoco curiosidad por saber el motivo de aquella marcha rápida, que parecía una fuga; pero después de algunos minutos, viendo que Hang-Tu aceleraba el paso, se paró y le dijo:

—¿Adónde vamos? Por aquí no se va al puente de Binondo.

—Vamos a ponerte en salvo—contestó el chino.

—¡Pero si nadie me ha visto entrar en la ciudad!

—¿Qué importa? Sé que todos los alguaciles andan registrando los arrabales y que los centinelas han recibido la consigna de no dejar salir de la ciudad a ningún mestizo sin identificar su persona.

—Alguien nos ha hecho, pues, traición.

—¡Nunca faltan traidores!

—¿Y adónde vamos ahora?

—Voy a sacarte fuera de la ciudad. Antes de que amanezca estarás bien lejos de Manila.

—Pero ¿no me has dicho que no se puede salir de la ciudad?

—A pesar de todo, saldrás.

—¿Y para eso has interrumpido mi conversación con Teresita?

—Para esto y para otra cosa—respondió Hang-Tu con una extraña sonrisa—. Ya estamos dentro de los baluartes.

—Pero si salto me rompo las piernas.

En lugar de responder lanzó el chino su acostumbrado silbido, que no tardó en ser contestado por otro semejante.

—Mis hombres son puntuales—dijo Hang.

Trepó rápidamente al adarve, y se encontró con dos chinos, que parecían salidos de la tierra. Tenían en las manos una larga cuerda anudada, y llevaban sendos fusiles pendientes de los hombros

—¿Está todo listo?—preguntó Hang.

—Sí, capitán

—¿Los has visto?

—Sí; han llegado hace poco, y ahora están en el foso.

—¿Traen los caballos?

—Cuatro, y todos de buena casta.

—Than-Kiu es animosa e inteligente—dijo Hang con acento algo conmovido. Le pareció a Romero oírle reprimir un suspiro profundo; pero no hizo caso; sabía que Hang tenía muchas veces rarezas inexplicables.

A una señal del jefe de las sociedades secretas, los dos chinos, sujetando la cuerda, dejaron caer el otro cabo de ella en el foso, que estaba a unos seis metros de profundidad, lleno de fango y de plantas acuáticas.

—¡Adiós!—dijo Hang con acento conmovido abrazando al mestizo— ¡Si muere alguno de los dos, volveremos a vernos en la otra vida!

—¡Adiós!—exclamó Romero atónito—Pero ¿tú no vienes?

—No, Romero; pero si la muerte me perdona, espero que nos veremos pronto en las trincheras de Salitrán combatiendo juntos por la independencia de las islas.

—Pero ¿por qué no vienes conmigo, sabiendo que te persiguen?

—Van a ocurrir cosas que exigen mi presencia en Manila.

—¿Cuáles?

—¿Lo sé yo acaso? Pueden ocurrir cosas imprevistas. Vete, Romero. Más allá del foso encontrarás a dos hombres y una guía segura, fiel..., quizás demasiado fiel. Velará por ti; pero vela tú por ellos.

—¿Qué guía es esa?

—Lo sabrás pronto. ¡Adiós, o mejor dicho, hasta que nos veamos en Salitrán!

Los dos caudillos insurrectos se abrazaron por última vez. Después el mestizo se descolgó rápidamente al foso por la cuerda de nudos que los dos chinos sostenían con mano vigorosa.

Como las raíces de las plantas que crecían en el fondo del foso habían formado como una red en el fango, no le fue difícil pasar al otro lado sin mojarse.

Detúvose un momento, y dirigiendo los ojos a lo alto del baluarte que se alzaba como un gigante en las tinieblas, pudo todavía distinguir a Hang-Tu, inmóvil como una estatua de granito de pie sobre el parapeto, con el ancho sombrero echado sobre la cara y los brazos cruzados sobre el pecho.

El jefe de los hombres amarillos, sumergido en hondos pensamientos, parecía no acordarse del peligro en que estaba en aquel lugar, tan cercano a los cuerpos de guardia.

Hízole Romero con la mano un ademán de despedida, al cual no contestó Hang, que seguía en la misma inmovilidad que antes.

Cruzó el glasis, cubierto de hierba, medio arrastrándose para no ser visto por los centinelas que pudiera haber, y las casamatas del ángulo del baluarte, y atravesando la vía exterior de circunvalación, se ocultó entre los árboles.

—¡Aquí, Romero Ruiz!—dijo una voz.

Había allí cuatro caballos ocultos en la sombra de un colosal tamarindo; tres montados, y el cuarto con la silla vacía.

—¿Sois los hombres mandados aquí por Hang-Tu?—preguntó Romero.

—Sí.

Dirigió el mestizo una escrutadora mirada sobre sus compañeros de viaje. Dos de ellos eran jóvenes y vigorosos malayos, de macizos miembros y recia musculatura, pero el tercero parecía más un chiquillo que un hombre. Como estaba envuelto en un ancho manto de seda blanca bordado de flores que le cubría en gran parte el rostro, y llevaba además un sombrero de paja de Manila de grandes alas adornado con una pluma, no se podía distinguir sus facciones ni calcular qué edad tuviese; pero Romero no pareció preocuparse por lo pronto de aquel sujeto misterioso, que parecía no querer que le conociera.

Saltó sobre el caballo que uno de los malayos tenía sujeto por la brida, vigoroso corcel que debía de correr como el viento, de cabeza pequeña, vientre enjuto y sólidos jarretes, producto probable del cruzamiento de la sangre árabe con la española, y dio la señal de partir.

El muchachuelo se puso a la cabeza y los malayos a la zaga, y la pequeña tropa salió a galope, siempre amparándose en la oscuridad de los árboles.

Romero, absorto en sus pensamientos, no parecía preocuparse del camino que llevaba. Como sabía, sin embargo, que muchas patrullas españolas rodeaban a la capital para impedir cualquier sorpresa de los insurrectos, llevaba apoyado en el arzón de la silla un fusil de retrocarga de último modelo que había encontrado pendiente de ella, así como también se había ceñido una canana bien provista de cartuchos que uno de los malayos le había entregado.

Galoparon durante diez minutos manteniéndose a corta distancia del camino que gira en derredor de la ciudad. Después la guía se lanzó a través de un campo labrado que orillaba un bosque de plátanos de hojas gigantescas.

Detúvose un momento a escuchar atentamente, cambió breves palabras con los dos malayos, y en seguida hizo señal de continuar la marcha.

Uno de los malayos se adelantó poniéndose a la cabeza

con el fusil en la mano, y la guía se colocó al costado de Romero como para protegerle contra cualquier ataque imprevisto, cubriéndole con su propio cuerpo.

Hasta entonces no advirtió Romero que la ropa de aquel muchachuelo—que por tal seguía teniéndole—despedía un delicado olor de lilas. Le sorprendió tal afeminación, absolutamente inexplicable en un hombre, por joven que fuese, que tan audazmente se exponía a los peligros de la guerra.

—Pero ¿quién eres tú?—le preguntó—¿Un muchacho, o una mujer?

—Soy Than-Kiu, señor—contestó la guía con voz tan dulce y melodiosa como el canto de esos lindos ruiseñores que llaman los chinos «cantores de Mangolia».

—¡Than-Kiu! —exclamó Romero— Es nombre de mujer, y significa en la lengua de los celestiales *Flor de las Perlas*, si no me engaño.

—Así es, señor—contestó la guía con mayor dulzura.

—¿Entonces, eres una muchacha?

—Del Celeste Imperio, señor.

—Pero ¿quién te ha mandado venir conmigo?

—Hang-Tu.

—¡Pero este hombre ha perdido el juicio!

—¿Por qué, señor?

—¡Exponer así a una muchacha a los horrores de la guerra!

—No temo a la guerra.

—No sabes lo que es.

—He oído tronar el cañón en Malabán, y últimamente en Dasmarinas.

—¿Tú?—exclamó el mestizo, que iba de sorpresa en sorpresa.

—Yo; sí, señor.

—¿Y has empuñado el fusil?

—Sí; contra los españoles.

—¡Extraña criatura!

—Por vengar a mi hermano.

—¿Y quién era tu hermano?

La joven china no contestó e inclinó la cabeza sobre el pecho; pero alzándola después dijo:

—Quizás esté próximo a morir.

—¿Está en manos de los españoles?

—Aún no—respondió Than-Kiu algo alterada—, pero puede caer en ellas de un momento a otro.

—¿Y vienes conmigo a pelear contra los españoles en Salitrán?

—Sí.

—¿Qué imperioso motivo te ha inducido a ir a esa ciudad?

—Me han ordenado llevarte allí, y obedezco.

—¿Conoces el camino?

—Quizás mejor que nadie.

—¡Tú! ¡Una muchacha!

—Sé mejor que nadie dónde está la vanguardia enemiga. Me has sido encomendado, y yo te llevaré a Salitrán, donde te presentaré al capitán insurrecto.

—¿Te conoce?

—Y me obedecerá también.

—Pero ¿quién eres tú?

—Than-Kiu—respondió la muchacha.

Y sin decir más, espoleó el caballo y se internó en el bosque por un sendero apenas visible, donde reinaba tan profunda oscuridad, que no se podían distinguir los árboles de los lados.

Siguiéronla Romero y los malayos que se le habían situado a retaguardia. Apenas distinguía a la muchacha; pero el delicado perfume de lilas que exhalaba y que se esparcía como en ondas en las tinieblas, bastaba para guiarlo.

La seguía como atraído por una fuerza misteriosa o compelido por una voluntad potente e irresistible, y al mismo tiempo iba pensando en quién podría ser aquella mujer que Hang-Tu había puesto a su lado para guiarle a través de los enemigos hasta Salitrán, y por qué se había valido de una mujer y no de un hombre, que hubiera podido serle más útil en cualquier trance peligroso. ¿Qué miras ocultas

tenía el poderoso jefe de las sociedades secretas al darle aquella compañera? Temores vagos comenzaban a invadir su ánimo pensando en aquellas palabras oscuras y enigmáticas que había pronunciado el chino varias veces aquel día, y también por la noche, en el momento de separarse.

¿Qué meditaba aquel hombre de corazón y de mirada impenetrables? Los pensamientos del mestizo volvían sobre Teresita, y, sin saber por qué, se sentía invadido de profunda inquietud. Temía cualquiera trama tenebrosa contra la muchacha que había dejado en Manila.

Sus temores fueron creciendo poco a poco hasta adquirir tal intensidad, que se le hicieron insufribles. Sentía instintivamente que algo tremendo debía de estar sucediendo en la capital mientras se trataba de alejarle de ella.

—¡Than-Kiu!—exclamó.

La muchacha, que seguía internándose en el bosque, se detuvo diciendo:

—¿Qué desea mi señor?

—Hacerte una pregunta.

—Soy la esclava de mi señor, que puede preguntarme lo que quiera.

—¿Puedes decirme por qué se ha quedado Hang-Tu en Manila?

—Acaso.

—¿Has oído hablar de la *Perla de Manila*?

La muchacha no contestó.

—¿Me has oído?

—Sí, señor—respondió Than-Kiu con acento en que se advertía algo de tristeza.

—¿La conoces?

—La *Flor de las Perlas* puede haber oído hablar de la *Perla de Manila;* pero las perlas de mi país no tienen voz.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Romero asombrado.

En vez de responder a esta pregunta, detuvo Than-Kiu el caballo, diciendo:

—¡Silencio! ¡Escucha!

Oíase a través de la selva un ruido sordo y lejano que iba creciendo rápidamente. Retumbaba el suelo como si una numerosa manada de bestias de gran tamaño y peso considerable lo golpease con las patas, acercándose al mismo tiempo, bien atravesando la selva, bien pasando muy cerca de ella en dirección de la capital.

—¿Los españoles?—preguntó Romero.

—Sí—le contestó Than Kiu con acento en que se traslucía viva inquietud.

—¿Escuadrones de caballería que regresan?

—Seguramente; pero quisiera saber por qué van hacia Manila, estando los insurrectos en Bulacán, Cavite, Salitrán y Malabán.

—¿Será que temen alguna sorpresa contra la ciudad?

—No lo sé—respondió la joven china con cierto embarazo, que no pasó inadvertido a su interlocutor.

—¿Quizás lo sabes?—dijo el mestizo.

—¡Calla, señor, o nos descubren!

Saltó a tierra con agilidad sorprendente, y obligó al caballo a tenderse bajo las grandes hojas de un bosquecillo de *sagú*, envolviéndole la cabeza con una rica gualdrapa que quitó del arzón.

Los dos malayos y el mestizo la imitaron, agazapándose detrás de los caballos con el fusil en la mano.

El ruido iba acercándose. Ya no podía dudarse de que se trataba de un numeroso grupo de caballos—quizás un escuadrón—que galopaba hacia la capital a través de la selva.

Oíase el retintín de los sables y voces de mando.

Diez minutos después vieron desfilar los cuatro insurrectos, a menos de cien pasos de ellos, una larga fila de soldados españoles a caballo y con la carabina en la mano, como si temieran alguna sorpresa.

Era un escuadrón del regimiento de Luzón que marchaba en son de guerra. Por fortuna para el mestizo y sus acompañantes, los soldados pasaron sin sospechar su presencia, perdiéndose pronto en la oscuridad.

Than-Kiu esperó a que estuvieran bien lejos, y cuando

hubo cesado todo ruido, hizo levantarse a su caballo, montó en él, y volvió a emprender la marcha haciendo seña a sus compañeros para que la siguieran.

Parecía muy inquieta y preocupada; no contestaba a las preguntas de Romero, y de cuando en cuando se detenía para escuchar.

Un cuarto de hora después volvió a sentirse otro ruido semejante al anterior, pero esta vez hacia la orilla del Pasig. Parecía producido por otro escuadrón de caballos que se dirigiese también hacia la capital.

Than-Kiu volvió a detenerse, cruzó algunas palabras con los malayos en la lengua de éstos, que el mestizo no entendía, y emprendió de nuevo la marcha espoleando al caballo. Había, empero, cambiado de dirección, como acercándose al canal meridional del Pasig, que va a terminar hacia las Piñas.

Media hora más caminaron, siempre por el bosque, y se detuvieron de nuevo. Apeóse otra vez la joven china, y se estuvo al pie del caballo con los brazos cruzados y sin decir una palabra.

—¿Qué pasa?—preguntó Romero.

—Tenemos que parar aquí, mi señor—respondió ella.

—¿Por qué?

—Los españoles han cerrado todos los pasos. Acabo de ver las hogueras de su campamento.

—¿Volvemos hacia Manila?

Than Kiu hizo con la cabeza un signo negativo, diciendo:

—No; esperaremos a la noche.

—¿Ocultos aquí?

—Than-Kiu buscará un refugio para su señor.

Tomó el caballo por la rienda, y se internó en un enorme matorral formado por naranjos, plátanos y árboles gomíferos que, aun en pleno mediodía, debían de proyectar oscura sombra con sus hojas enormes, y poco después se detenía ante un casucho semiarruinado, diciendo:

—Aquí tienes el refugio de los insurrectos cuando se ven obligados a detenerse en estos parajes. Mi señor no correrá ningún peligro.

CAPÍTULO VI

LOS MISTERIOS DE THAN-KIU

AQUELLA casucha escondida en medio de la selva, que servía de refugio a los mensajeros de los insurrectos de las provincias meridionales cuando se dirigían a Manila, estaba en un lugar desierto y selvático. Sus paredes eran de troncos de árboles mal trabados, y su techo estaba medio derrumbado; pero cuatro o cinco colosales helechos la ocultaban tan completamente, que aun los que cruzasen cerca del matorral no hubieran sospechado siquiera su existencia. Pasaba, pues, inadvertida a los españoles, que sólo se preocupaban de la insurrección de las partidas.

Al oír acercarse caballos, salió de ella un hombre con un viejo mosquetón en la mano. No era tagalo, ni malayo, ni chino, sino uno de esos salvajes habitantes del interior de las islas, llamados igorrotes o negritos, etc., verdaderós pigmeos, pues apenas pasa su estatura de un metro y cuarenta centímetros; con el pelo lanoso como el de los negros, la cara corta, los cartílagos de la nariz largos, los labios grue-

sos, los ojos pequeños, el cuerpo delgado, la espalda encorvada y la piel negruzca y grasienta.

Esos seres extraños, completamente distintos de los tagalos por el color y por las facciones, son verdaderos salvajes errantes por los bosques y montañas del interior, que no tienen morada, y que se alimentan de raíces, de miel, de frutas o de alimañas cuando aciertan a cazar alguna.

A pesar de la oscuridad, debió de reconocer como amigos a Than-Kiu y a los malayos, pues en cuanto los distinguió bajó el mosquete y se hizo a un lado para darles paso.

La casucha no era mejor por dentro que por fuera. Había en ella unas cuantas armas de fuego y blancas hacinadas, y en el suelo un montón de hojas secas, que debía de servir de cama. Por todo mobilario se veían allí una tosca mesa y unos asientos de bambú, quizás construídos por el negrito. Una tea resinosa, que daba más humo que claridad, escondida en una hendidura del suelo, iluminaba la estancia, pero tan escasamente. que casi toda ella estaba a oscuras.

El mestizo, cansado de las emociones y trabajos de la noche, se dejó caer en un asiento, mientras que la joven china se apoyaba en la mesa sin quitarse el manto ni el sombrero.

Daba la espalda a la luz, pero estaba atenta a los meno-

res movimientos de Romero, como dispuesta a obedecer cualquier orden que pudiera darle, aunque fuese con un ademán o un leve gesto.

El mestizo parecía haberse olvidado de su compañera de viaje y hallarse muy cansado, porque no hacía el menor movimiento.

Habíase acabado la tea de resina, y quedó sumida la estancia en la oscuridad más profunda; pero ni el uno ni el otro despegaron los labios.

Dos veces los malayos, que se habían quedado guardando la puerta por la parte de afuera, habían entrado para recibir órdenes o para encender fuego; pero Than-Kiu, después de despedirlos con un gesto silencioso, había vuelto a su inmovilidad; se hubiera dicho que temía turbar el reposo del mestizo, si acaso dormía, o interrumpir sus pensamientos, si estaba entregado a ellos

De repente Than-Kiu se estremeció, y dejó caer el manto de seda en que estaba envuelta. Romero había pronunciado un nombre:

—¡Teresita!

¿Se le había escapado en su sueño? Era probable.

Than-Kiu levantó lentamente la cabeza, que hasta entonces había tenido apoyada en el pecho, y un suspiro tan leve que nadie hubiera podido advertirlo pasó a través de sus labios. Un ligero tintineo metálico, producido, sin du-

da, por alguna joya o pulsera, podía indicar que sus brazos, que tenía cruzados sobre el pecho, temblaban.

Recobró bien pronto su actitud impasible; pero siguió con los ojos clavados en el mestizo, el cual se había ido apoyando más y más en la pared, como si el sueño le dominase por completo.

Entretanto iban desvaneciéndose las tinieblas. Amanecía, y por la puerta que había quedado abierta comenzaba a entrar una claridad suave y rosada. Un aire fresco y embalsamado por las flores de los naranjos penetraba en la estancia. Por fuera, entre las ramas de los árboles, varios *cristótomos*, pajarillos de brillantes matices con reflejo metálico, parecidos a los *troquílidos* de América, saludaban al alba con sus gorjeos melodiosos.

Romero levantó de improviso la cabeza, como si despertase bruscamente, y después de llevarse la mano a la frente para apartar el rizoso pelo que le caía sobre ella y de permanecer un momento inmóvil como sacudiendo el sopor, se levantó del asiento con aire de profunda sorpresa.

Veía ante él a Than-Kiu apoyada en la mesa, pero sin el sombrero, que toda la noche había tenido puesto, y que había dejado caer.

La *Flor de las Perlas*, por más que perteneciere a otra raza, podía competir en hermosura con la *Perla de Manila*.

Aquella jovencita, nacida a la sombra de las pagodas del Celeste Imperio, y trasladada sabe Dios por quién al dulce clima de las islas españolas, era una admirable criatura, ejemplar perfecto del cruzamiento de las razas mongólica y manchú.

Era más alta que Teresita, admirablemente formada, de cutis blanco, sin el tinte ligeramente amarillo de las chinas de las provincias meridionales, sino de un matiz casi alabastrino, con cierto viso que sólo podía compararse con el del marfil.

Tenía los ojos ligeramente oblicuos, pero de color negro profundo y de expresión dulcísima y algo triste, y cejas también negras y finísimas. No era su nariz deprimida como la de los mongoles, sino recta como la de las mujeres de raza tártara; sus labios eran rosados y sutiles, mostrándose entre ellos unos dientes menudos y blanquísimos como perlas.

Su negrísimo cabello de reflejos metálicos, que hacía resaltar la marmórea blancura de la piel, lo llevaba recogido por tres agujas de oro terminadas en gruesas perlas. Vestía una túnica de seda azul con flores de colores vivos, ceñida a la cintura por una ancha faja encarnada recamada de oro, y anchos calzones de seda blanca con arabescos amarillos, y calzaba los pies, pequeños como hojas de rosa, para valernos de una expresión china, con escarpines de brocado

de punta levantada y suelas de fieltro blanco. No llevaba alhajas en el cuello ni en las orejas, sino sólo en las muñecas unos aros de oro con una perla de gran valor.

La joven china—porque debía de tener muy pocos años, quizás los mismos que la *Perla de Manila*—no hizo el más leve movimiento. Sus ojos, empero, que casi ocultaban las pestañas, seguían clavados en el mestizo.

—¿Eres tú, Than-Kiu?—preguntó éste.

—Sí, mi señor—respondió ella con voz dulce.

—¿Has velado mientras yo dormía?

—Sí, señor.

—¿En vez de descansar?

—Than-Kiu no tenía sueño.

—¡Extraña muchacha!—murmuró Romero.

—Nos gusta soñar con los ojos abiertos.

—Soñarías quizás con tu país, con las cúpulas de escamas doradas de tu lejana ciudad natal.

—Tú también soñabas.

—¿Yo?

—Sí, señor.

—¡Ah! ¡Es verdad: soñaba con batallas!

—¡Y con perlas!—dijo Than-Kiu entornando los ojos.

—¡También es verdad!—respondió Romero suspirando—¡Soñaba con la *Perla de Manila*!

Al oír estas palabras se extendió un ligero rubor por las mejillas de la joven china; pero se desvaneció inmediatamente.

Entraron en aquel momento los malayos con un viejo cacharro y unas tazas de te humeante, que pusieron sobre la mesa, junto con unas hogazas de harina.

Than-Kiu ofreció graciosamente a Romero una taza del perfumado líquido, excusándose de no poder obsequiarle mejor por el momento; humedeció los labios en otra, y después, volviéndose a los malayos, que esperaban sus órdenes, les preguntó si había vuelto el igorrote.

Al oír la respuesta negativa, se nubló la frente de la joven china, reflejándose al mismo tiempo viva inquietud en su mirada.

—La cosa puede agravarse—murmuró.

—¿Temes que le hayan matado?—preguntó Romero.

Than-Kiu no contestó. Se echó a la espalda el ancho manto de seda blanca, se cubrió con el gracioso sombrero de Manila, y empuñó su linda carabina, preciosa arma de cañón damasquinado y caja taraceada de nácar.

—¿Adónde vas?—le preguntó Romero.

—Esperadme aquí, mi señor.

—¿Mientras sales tú a correr un peligro? ¡Oh; no, Than-Kiu!

—Tú no conoces la selva, ni sabes dónde están los españoles—contestó la joven china—. Me urge averiguar una cosa.

—¿Cuál?

—Te lo diré después, mi señor.

—¡Quiero ir contigo!

—No puede ser. Son órdenes del jefe de las sociedades secretas—dijo Than-Kiu con firmeza—. Tienes que obedecer, señor. Además, espero volver muy pronto.

Hizo seña a uno de los malayos para que la siguiese, y salió sin pronunciar una silaba más.

Romero había dado algunos pasos para ir en pos de ella; pero el otro malayo se le puso delante diciendo:

—No, amo: es preciso obedecer a Than-Kiu.

—Pero, ¿es una potencia esa muchacha? ¿Ha de mandar más que yo, que he sido nombrado jefe supremo de la provincia de Cavite?—preguntó con asombro Romero.

—Por ahora tenéis que obedecer, amo.

—Pero ¿quién es esa muchacha?

—Than-Kiu.

—Ya sé que se llama así; pero, ¿de dónde viene? ¿Quiénes son sus padres?

—No sabemos nada de eso; sólo sabemos que hay que obedecerla.

—Yo nunca la había visto hasta ahora.

—Quizás te engañes, amo; porque ella te conocía antes de ayer noche, y le he oído hablar de ti con frecuencia.

—¿Dónde?

—En Manila, y más adelante, en el campo insurrecto.

—¿Me conocía?

—Sí, amo.

—¡Es extraño! No recuerdo haberla encontrado nunca en las calles de la ciudad y una muchacha china tan graciosa no me hubiera pasado inadvertida. ¿Ha estado mucho tiempo en Manila?

—No lo sé.

—¿Dónde se encontraba antes de la insurrección?

—No lo recuerdo.

—O mejor, contesta que no quieres decírmelo.

—¡Puede ser!—dijo el malayo sonriéndose maliciosamente.

Después, para cortar el diálogo, se puso de guardia en la puerta de la choza. Sacó de un morral que llevaba al costado un pedacito de *siri* y los demás ingredientes de que se forma el *buyo*, y envolviéndolos en una hoja de betel se entregó con visible complacencia a la operación de mascar aquella droga, escupiendo de cuando en cuando una saliva rosada y como sanguinolenta.

Romero, que conocía bien las costumbres y carácter de los malayos, se sentó delante de la cabaña y esperó con paciencia la vuelta de la joven china.

Pasaron horas y horas sin que regresara ninguno de los

ausentes; ni el negrito, que debía de haber salido de allí antes de amanecer.

El mestizo estaba cada vez más inquieto, temiendo que hubiera sucedido cualquier desgracia a la valerosa Than-Kiu. Varias veces propuso al malayo ir en su busca; pero éste se había limitado a responder que la china no era mujer que se dejara sorprender por los españoles.

Habían pasado ya como dos horas después del mediodía, cuando el perspicaz oído del malayo debió de percibir algo, porque se levantó presuroso, echando mano al fusil; pero volvió a sentarse muy pronto, diciendo:

—¡Ahí vienen!

Romero respiró. La valerosa muchacha, que con una sangre fría y una audacia inauditas en una mujer así exponía su vida, comenzaba a producirle una admiración que podía llegar a ser peligrosa para la *Perla de Manila*.

Pocos momentos después llegaba Than-Kiu, seguida del malayo y del salvaje negrito. Parecía volver de un paseo, porque su traje estaba intacto. Sólo su semblante parecía algo más arrebatado de color que de ordinario, y en sus ojos se conocía que estaba inquieta.

—¡Al fin!—exclamó Romero, sin disimular su alegría al volver a verla.— ¡Me has hecho pasar un mal rato, muchacha!

Than-Kiu se sonrió, al mismo tiempo que una fugaz llamarada iluminaba sus ojos. Tomó por un mano al mestizo, y le introdujo en la cabaña, diciéndole con un acento que demostraba la viva inquietud de que estaba poseída:

—Hang-Tu está corriendo un gran peligro.

—¡Él!—exclamó Romero— ¿Cómo lo sabes?

—Las tropas españolas que operan en la provincia se han replegado precipitadamente sobre Manila.

—¡Tanto mejor! ¡Así nos dejarán libre el camino de Salitrán!

—No es Salitrán lo que nos urge salvar ahora, sino a Hang-Tu.

—No te entiendo.

—Hoy intentan los insurrectos un ataque contra las murallas de la capital para obligar al general Polavieja a suspender las operaciones contra Cavite, que no está bastante preparada para la resistencia, y para darte a ti tiempo de que fortifiques a Salitrán.

—¿Y quién va a encargarse de esa empresa contra Manila?

—Hang-Tu.

—¿Para acabar con todos los españoles de Manila? ¡Desgraciado de mí! ¡Va a matar a Teresita!

—Él, de ninguna manera.

—Si él no la mata, la matarán sus malayos, o sus chinos, o sus tagalos. Cuando esos hombres se desmandan, se con-

vierten en fieras como los juramentados, y a nadie perdonan: ni a las mujeres ni a los niños.

—Hang-Tu la protegerá—dijo Than-Kiu con voz sorda.

—¡Quiero volver a Manila!

—Iba a proponértelo, por más que mi corazón se resista a dar ese paso.

—¿Por qué, Than-Kiu?

La joven china hizo un gesto negativo con la cabeza, y después dijo con voz pausada:

—Eso toca a la *Flor de las Perlas* y no a la *Perla de Manila*.

—¿Qué quieres decir?

—Echemos a andar, mi señor. Hang-Tu no sabe que los españoles, prevenidos por algún traidor, acuden en ayuda de la capital. Si no vamos en su socorro, todos aquellos valientes morirán, y no quiero que Hang muera.

—¿Le quieres mucho?

—Sí...; pero como se quiere a un hermano.

Y después agregó suspirando:

—¡Tú nunca comprenderás quizás a la *Flor de las Perlas!*

Dichas estas palabras salió de la cabaña, y saltando sobre el caballo que el negrito tenía por la brida, salió disparada a través del bosque, gritando:

—¡Seguidme, o llegamos tarde!

Romero y los dos malayos montaron en seguida, y salieron a escape tras ella espoleando los caballos.

Than-Kiu iba a la carrera, pero sin seguir ningún camino. Tan pronto dejaba el bosque y cruzaba por tierras de labor, como volvía a entrar en la arboleda, para volver a salir de ella de nuevo. Sin duda, sabía las posiciones que ocupaban las tropas españolas, y andaba de ese modo para evitar su encuentro.

Tres horas después llegaban nuestros viajeros a unos cuantos cientos de pasos de los macizos muros de la ciudad.

Than-Kiu paró bruscamente el caballo. Oíanse algunos disparos que salían del interior de la ciudad y gritos furiosos de :

—¡Vivan los tagalos! ¡Mueran los españoles!

La joven estaba palidísima, como si toda la sangre se le hubiera retirado al corazón.

—¿Hemos llegado tarde?—le preguntó Romero, que se había juntado con ella.

—Sí—respondió ella con voz sofocada mirándole fijamente.

—¡Pues vamos a morir con nuestros hermanos!—dijo resueltamente el mestizo— ¡Adelante! ¡Viva la libertad!

—Sí, muramos—murmuró la *Flor de las Perlas* con un suspiro—. ¡Mi felicidad no debía durar más que la flor arrancada de la planta!

CAPÍTULO VII

LA CONJURACIÓN DE MANILA

La sorpresa organizada por las sociedades secretas chinas, apoyadas por los indígenas, los mestizos y los feroces malayos, había sido intentada, efectivamente, en el momento en que Romero y Than-Kiu llegaban cerca de las murallas de la capital.

Tenía por objeto esa atrevida empresa, como la joven china había dicho, impedir al general Polavieja, comandante en jefe de las tropas españolas que operaban contra los insurrectos al sur de la capital, el asaltar a Cavite, que era el cuartel general de la insurrección, y cuya caída hubiera podido desmoralizar a las partidas insurrectas.

Hang-Tu, el valeroso chino, era el alma de la conjuración. Sabiendo que podía contar con la Guardia civil indígena, que sólo esperaba un momento oportuno para sublevarse contra sus jefes e incorporarse a las partidas insurrectas de Bulacán y de Cavite, había citado a todos los conjurados en los alrededores del cuartel en la tarde del 25 de

febrero del 97 para lanzarlos después por las calles de la ciudad aprovechando el momento en que la población blanca estaba recogida en sus casas después de comer.

No eran muchos los rebeldes, pero estaban bien armados y resueltos a todo. Serían unos trescientos, reclutados entre los tagalos más robustos de los arrabales de Binondo y de Santa Cruz y entre los más valerosos chinos del puerto; pero contaban con que les ayudaría la numerosa colonia de gente de color habitante en los arrabales, y, sobre todo, los malayos, gente valerosa e indiferente a la muerte.

Eran cerca de las seis cuando los conjurados, que hasta entonces se habían limitado a pasearse por los alrededores del cuartel de la Guardia civil tagala, a pesar del intenso calor que se sentía en las calles de la capital, a una señal de Hang-Tu, que acudió allí armado de un fusil de retrocarga y de un revólver, seguido por algunos jefes insurrectos de las sociedades secretas del *Soto blanco* y del *Lirio de agua*, se lanzaron sobre el edificio, gritando:

—¡Mueran los españoles! ¡Viva la libertad!

Hang-Tu, que los conducía, derribó de un tiro al centinela que estaba en la garita antes que el desgraciado pudiera dar la voz de alarma.

A aquel disparo siguieron otros, más para aterrorizar a la población que con otro objeto, por el momento a lo menos.

La tropa tagala, al oír los tiros, se asomó a las ventanas, gritando también:

—¡Mueran los españoles! ¡Viva la independencia de las islas!

Rodríguez, teniente de guardia y único oficial que en aquel momento estaba en el cuartel, se lanzó hacia la puerta seguido por un sargento y un cabo españoles, esperando llegar a tiempo para cerrarla; pero una descarga le tendió en vida.

La primera parte de la intentona salió perfectamente. Los rebeldes entraron tumultuosamente en el cuartel, saquearon el almacén de las armas y municiones, y reforzados por las tropas tagalas, que habían abrazado su causa, atravesaron a la carrera el puente del Pasig, gritando siempre:

—¡Mueran los españoles! ¡Vivan los tagalos! ¡Viva la independencia!

Había pasado todo tan rápidamente que nadie había podido oponérseles. La guardia misma del puente había huído precipitadamente al verlos venírseles encima, persuadida de la inutilidad de la resistencia.

Necesitaban armas para los habitantes de los arrabales chino, tagalo y malayo, que carecían de ellas; pero Hang-Tu, que sabía perfectamente que las había en el cuartel de la Guardia civil de Binondo, llevó hacia allá a los insurrectos.

Contaba con encontrar seria resistencia, pero confiaba en la audacia de los conjurados y en la numerosísima población de los arrabales.

Embistióse vigorosamente al cuartel, contra el cual rompieron un fuego violento los insurrectos conducidos por el chino y por los jefes de las sociedades secretas; pero las balas de los fusiles no podían hacer efecto alguno contra los fuertes muros del cuartel ni contra la recia puerta, que había sido cerrada y barreada a tiempo.

Se hubiera necesitado de una pieza de artillería para que el ataque pudiera tener algún resultado; pero no había tiempo para desarmar algunos de los *prahos* malayos anclados en el puerto. Las tropas de la ciudad podían acudir de un momento a otro y caer sobre los conjurados por la espalda.

Pero si la fusilería de los conjurados no hacía efecto alguno en el cuartel, la del cuartel causaba daños de consideración en los conjurados. Los soldados, parapetados en las ventanas, lanzaban sobre ellos a mansalva una lluvia de proyectiles.

Ya habían caído bastantes insurrectos y entre ellos algún jefe de las sociedades secretas. A Hang-Tu, que combatía valerosamente a la cabeza de los asaltantes, animándolos con la voz y con el ejemplo, le atravesó una bala el sombrero de fibras de *rotang*, y a otro de los jefes le dio

una bala de rechazo en la frente, abriéndole en ella un surco sangriento.

La empresa podía darse por perdida. La Guardia civil, en lugar de rendirse como los insurrectos esperaban, se preparaba a atacarlos, y para colmo de desgracia distinguíanse ya sobre el puente de Pasig fuertes golpes de cazadores que se acercaban.

Había que pensar en la retirada o en prepararse a morir vendiendo caras las vidas.

Hang-Tu, furioso por aquella obstinada resistencia, había intentado tres veces quemar la puerta del cuartel arrojando sobre ella haces de leña encendida; pero había tenido que retrodecer. Se preparaba ya a escalar las ventanas al frente de un grupo de insurrectos cuando se oyeron voces, seguramente de los menos animosos, que exclamaban:

—¡Los cazadores! ¡Huyamos!

Los insurrectos, al oírlas y al ver salir resueltamente del cuartel, cuya puerta se había abierto de súbito, a la Guardia civil con bayoneta calada, se retiraron precipitadamente.

Alrededor de Hang-Tu sólo quedaron sesenta o setenta hombres, carabineros los más de ellos, chinos y malayos los otros.

—¡A mí, amigos!—gritó el jefe de las sociedades secretas— ¡Que vean los españoles y los viles que han huído cómo saben morir los insurrectos!

Pero no estaban en condiciones de hacer frente a la Guardia civil, que se les venía encima. Sin dejar de sostener el fuego se fueron replegando hacia la próxima calle de la Asunción, que en caso de necesidad podía ofrecer un refugio en el arrabal del Tondo, y se detuvieron en una esquina, preparándose a una resistencia desesperada.

Con barriles y muebles levantaron allí a toda prisa una barricada bastante sólida.

Ocupábase Hang-Tu en organizar tras de la barricada a los pocos leales que aún le seguían, cuando por el extremo opuesto de la calle aparecieron, montados en sendos caballos, al galope y cubiertos de espuma, tres hombres y una muchacha envuelta en un amplio y flotante manto blanco.

Creyendo que eran españoles había ya ordenado hacer fuego sobre ellos, cuando los reconoció, pintándose un vivo asombro en su semblante.

—¡Romero!—exclamó.

—Sí, Hang-Tu—respondió el mestizo, que, yendo delante de todos, fue el primero en reunirse con él—. Soy yo, que vengo a morir a tu lado por la independencia de Luzón.

—¡Desgraciado! ¡Y yo que creía salvarte!

—¡Silencio, amigo! ¡No es este momento de hablar, sino de combatir!

Echó rápidamente pie a tierra y se lanzó a la barricada gritando:

—¡Valor, amigos! ¡Peleemos por la libertad!

Than-Kiu se les había también juntado y se había apeado del caballo. Hang-Tu le salió al encuentro. El rostro de aquel hombre, que había permanecido inalterable en el peligro, cambió completamente, demostrándose en él una angustia mortal.

—¡Tú aquí también!—balbuceó.

—Vengo tras él—contestó ella con voz tranquila.

—Es que aquí se muere, pobrecita Than-Kiu.

Una triste sonrisa se dibujó en los labios de la muchacha.

—¡Qué importa!—dijo ella— Así será más feliz la *Flor de las Perlas* que la *Perla de Manila.*

—Pero ¿a qué volver aquí cuando os creía ya camino de Salitrán?

—Veníamos a decirte que las tropas que guarnecían la provincia acudían a sofocar la insurrección de la capital. Hemos llegado demasiado tarde; pero así lo ha querido el Destino.

—¿Y has querido seguir a Romero?

—Sí, Hang.

El chino se enjugó el sudor frío que le bañaba la frente.

—¡Pobre Than-Kiu!—murmuró— Confiemos en nuestro valor y preparémonos a morir como buenos.

—No temo a la muerte, Hang—respondió la joven con energía—. Si me tocan las frías alas del genio de la muerte, consideraré la última felicidad caer a su lado.

—Cúmplase la voluntad del *tien* (Cielo)—dijo resignadamente el chino.

Entretanto, la Guardia civil, mandada por el coronel Fierro, había tomado posiciones frente a la bocacalle y disparaba una granizada de balas contra la barricada, mientras los más audaces se iban acercando, arrimados a los muros de las casas, para apoderarse de ella por asalto.

Los insurrectos, aunque eran tres veces menos que los agresores, se resistían tenazmente, respondiendo con nutridas descargas a sus primeros ataques.

Romero, que en aquellos momentos parecía olvidado de todo, hasta de la *Perla de Manila*, desafiaba intrépidamente la muerte. Encaramado en un banco, con los ojos centelleantes de audacia, ardiendo en entusiasmo, disparaba incesantemente, gritando:

—¡Viva la libertad! ¡Valor, amigos! ¡La sangre de los mártires no se pierde!

Cerca de él, parapetada tras de un enorme rollo de cáñamo, disparando con admirable calma su linda carabina y dando ejemplo a los más aguerridos, estaba Than-Kiu. Apuntaba sin precipitación y sin que temblasen lo más mí-

nimo sus minúsculas y delicadas manos, y sólo hacía fuego cuando tenía seguridad de acertar el tiro. Parecía escoger con extremo cuidado a los enemigos que trataban de apuntar al mestizo.

Hang-Tu se había situado en el extremo opuesto de la barricada, y, como Romero, desafiaba sonriente las balas enemigas sin tomarse el trabajo de cubrirse.

La resistencia de aquel grupo de hombres amenazaba prolongarse. Varios de ellos yacían ensangrentados en el suelo; pero los otros seguían resistiéndose y manteniendo a distancia a los enemigos.

Dos veces intentó el coronel Fierro apoderarse a la bayoneta de la barricada; pero al tratar por tercera vez de hacerlo cayó sin vida, con el pecho atravesado de dos balazos (1).

De repente algunos insurrectos que se habían ido hacia el extremo opuesto de la calle con objeto de buscar socorro, volvieron precipitadamente hacia la barricada, gritando:

—¡Los cazadores! ¡Sálvese el que pueda!

Al oír Hang-Tu aquellos gritos se arrojó de la barricada, lanzando un aullido de fiera herida, y en dos saltos se puso al lado de Than-Kiu; la levantó entre sus robustos brazos

(1) El coronel Fierro era uno de los mejores jefes de la guarnición.

y la puso sobre uno de los cuatro caballos que uno de los malayos tenía de la brida.

—¡Huye!—le dijo.

—¡Nunca!—respondió la muchacha.

—Dentro de pocos momentos no estará vivo ninguno de nosotros.

—¡Yo también moriré!

—¡No quiero, Than-Kiu!

—Entonces huyamos todos. El arrabal del Tondo no está tomado por el enemigo.

Hang-Tu titubeaba. Le parecía una cobardía abandonar aquel lugar tan obstinadamente defendido y teñido en la sangre de tantos de sus compañeros; pero tampoco quería que pereciese la muchacha.

En aquel momento se oyó tocar ataque a las cornetas de los cazadores. Un retraso, por breve que fuese, podría costar caro a los defensores de la barricada.

—¡En retirada!—gritó Hang-Tu.

Los rebeldes, al oír la voz de su jefe, se replegaron desordenadamente, mientras la Guardia civil se apoderaba del puesto lanzando gritos victoriosos.

Romero disparó por última vez su fusil sobre los asaltantes, y en seguida saltó en el caballo, mientras Hang-Tu hacía otro tanto echando mano de uno que poco antes habían llevado para él los dos malayos.

Los rebeldes, que habían quedado reducidos a unos cincuenta, se lanzaron tras de sus jefes a través del arrabal del Tondo, haciendo algunas descargas en retirada contra los cazadores, que avanzaban a la carrera.

—¿Adónde vamos?—preguntó Romero a Hang-Tu.

—Si no encontramos obstáculos, trataremos de entrar en los arrabales chino y malayo para sublevarlos.

—Me temo que sea demasiado tarde, Hang. Oigo fuego en esa dirección, y me parece que se va extendiendo.

—Si no podemos llegar hasta allí, nos saldremos al campo.

Los rebeldes se retiraban precipitadamente y en desorden. Los carabineros tagalos seguían a los caballos a la carrera; pero de cuando en cuando se volvían y contestaban al fuego de la Guardia civil y de los cazadores que iban tras ellos.

De los que iban cayendo muertos o heridos nadie se cuidaba. El pánico comenzaba a invadir hasta a los más resueltos.

Hallábanse ya cerca de la iglesia del Tondo, vasto edificio de sólidas paredes, cuando descubrieron algunos soldados al extremo del arrabal. Era una de las compañías que el coronel Ximénez había mandado a los arrabales para tener a raya a la población de color que intentara unirse a los rebeldes.

Otra vez más corrían peligro los fugitivos de ser atacados de frente y de espalda.

—Hang-Tu—dijo Romero deteniendo el caballo—, preparémonos a morir.

—Yo, sí; pero tú, no—.contestó el chino, cuya frente se había oscurecido—. Te encomiendo a Than-Kiu. Sálvala mientras yo protejo tu fuga.

—Sálvala tú; yo, no.

—No aceptaría ella.

—Pues entonces muramos todos.

—O tratemos ambos de salvarla. La partida podemos darla por perdida.

Y alzándose sobre los estribos dijo:

—Amigos: toda resistencia es inútil. Salvaos. ¡Nos veremos en Salitrán!

Metió espuelas al caballo y se lanzó desesperadamente sobre los españoles con el revólver en la mano izquierda y en la derecha un pesado sable japonés; una de esas armas de ancha y pesada hoja cortantes como navajas de afeitar, llamadas *catane*.

Romero, Than Kiu y uno de los dos malayos le siguieron.

Los carabineros tagalos y los pocos chinos y malayos a quienes habían perdonado hasta entonces las balas, se desbandaron por las calles laterales; pero el grupo mayor, compuesto de treinta hombres, menos dichoso, fue a dar

con una columna de cazadores y tuvo que retroceder precipitadamente y hacerse fuerte en la iglesia del Tondo.

Ninguno de aquellos desgraciados podía salvarse, porque, asaltados a un tiempo por todos lados, tuvieron que rendirse después de una breve y desesperada resistencia, siendo después fusilados o desterrados a las Carolinas.

Entretanto, Hang-Tu y sus compañeros tuvieron la suerte de salir ilesos de la primera descarga de la tropa, y se abrieron camino a través de ella, alejándose a toda carrera.

Habiendo sabido, empero, por algunos habitantes del arrabal que todas las salidas estaban tomadas por las tropas, se dirigieron hacia Binondo, después de una breve conferencia, atravesando por las estrechas callejuelas del barrio malayo con la esperanza de encontrar refugio en la casa de las sociedades secretas o en la de cualquiera de sus muchos partidarios.

Abandonaron los fusiles, que hubieran podido delatarlos, y ocultaron los revólveres bajo la ropa, esperando burlar la vigilancia de los españoles, fingiéndose gente pacífica que volvía de dar un paseo.

Los tiros, que todavía seguían oyéndose por acá y por allá, les inquietaban. La tropa del coronel Ximénez perseguía sin tregua a los últimos restos de la rebelión y podía detener-

los por sospechosos, y no ignoraban que si caían en sus manos y eran reconocidos no tardarían en ser fusilados.

—Me temo que sea demasiado tarde para salir de Binondo—dijo Hang mirando con angustia a Than-Kiu.

Romero se detuvo, escuchando atentamente los tiros, que se oían cada vez más cercanos. De repente espoleó el caballo, diciendo:

—Ya sé dónde podemos refugiarnos.

—¿Dónde?

—En la quinta de Teresita. Sólo distamos de allí trescientos o cuatrocientos pasos.

—¡Cállate!

—¿Por qué, Hang?—preguntó Romero con asombro.

—Than-Kiu no querría seguirnos.

—¡Ella! ¿Y por qué?

—No lo sé. ¿Estará deshabitada la quinta?

—Lo espero.

—Sería lo mejor. Apretemos el paso.

Los disparos se oían ya muy cerca y algunos insurrectos se dejaron ver hacia el extremo de la calle corriendo desesperadamente.

Lanzáronse los cuatro jinetes a la carrera, deteniéndose poco después delante de un elegante edificio que se alzaba en el fondo de una plazoleta, rodeado de una huerta.

CAPÍTULO VIII

LAS DOS RIVALES

La quinta que el mayor Alcázar, que se contaba entre los españoles más ricos de la colonia, poseía en el arrabal de Binondo, no era uno de esos edificios macizos, semejantes a fortalezas, tan comunes en el casco de la ciudad.

Era un lindo palazuelo de estilo chinesco, con los extremos de la techumbre arqueados hacia arriba y las tejas azules, rodeado por todas partes de un corredor adornado de finas esteras de *nipa* de variados dibujos y colores, y flanqueado por dos espaciosos cuerpos de edificio destinados a la servidumbre y a los caballos.

Detrás de ese edificio había un extenso jardín en que crecían preciosos árboles de la flora española e indo-malaya, rodeado de una alta tapia de construcción reciente que terminaba en un graciosísimo quiosco de paredes de piedra y agudo techo coronado por un mástil que sostenía un dragón plateado.

Estaban cerradas las ventanas de la quinta, pero Romero

pudo descubrir un rayo de luz a través de las rendijas de una de las persianas.

—Vamos al quiosco—dijo a Hang-Tu, que parecía esperar una respuesta—. Ahí no corremos ningún peligro.

Por desgracia, en aquel mismo momento dos de los rebeldes atravesaban corriendo la plaza, seguidos de lejos por algunos cazadores.

—Es demasiado tarde—dijo Hang.

—Sígueme—le respondió Romero.

Los cazadores los habían visto, y creyéndolos insurrectos habían disparado sobre ellos, pero sin darles. Romero lanzó el caballo a lo largo de la tapia del jardín, que hacía allí una curva, seguido por sus compañeros.

Llegado al quiosco detuvo el caballo, y alzándose en los estribos trepó sobre la tapia, diciendo a Hang-Tu:

—Alárgame a la muchacha.

—Pero, ¿y los caballos?

—Déjamelos a mí—dijo el malayo—, que yo haré correr a los españoles.

Romero, que se había puesto a horcajadas sobre la tapia, tómo en sus manos a la joven, que Hang-Tu le entregó, y se dejó caer junto con ella dentro del jardín, cuya tierra, recientemente removida, amortiguando el golpe, les impidió hacerse daño.

El jefe de las sociedades secretas se había encaramado también sobre la tapia y estaba a punto de reunirse con ellos cuando se presentaron los cazadores.

Sonaron algunos tiros. Cayó uno de los caballos; pero los otros, hostigados por los gritos del malayo, salieron disparados a todo escape.

Hang-Tu se había dejado caer también en el jardín. Como la oscuridad era ya grande confiaba en que no se le hubiera visto.

Los tres fugitivos sintieron a los cazadores pasar corriendo junto a la tapia y después alejarse en persecución de los caballos que iban a la carrera por las calles interiores de Binondo.

—Estamos en salvo—dijo Romero—. Ese valiente muchacho se ha llevado tras de sí a los soldados, alejándolos de nosotros. Me temo que no consiga escapar.

—Pram-Li es astuto—respondió Hang-Tu—. Espero que lo encontraremos vivo en Salitrán o en la selva.

—Vamos al quiosco. Conozco el lugar y podremos pasar en él la noche sin que nos molesten.

—¿Pero está deshabitada la quinta?

—Me figuro que no, Hang-Tu. Me ha parecido ver luz en una de sus ventanas.

—¿Y si viniera alguien al quiosco?

—Nadie vendrá. Sólo Te...

Un signo rápido del chino le impidió completar la frase.

—Sigue, mi señor—dijo Than-Kiu, que había puesto gran atención en las palabras del mestizo.

—Dejémonos de conversación, Than-Kiu—dijo Hang—. Ocupémonos ahora en salvarte a ti y en salvarnos nosotros.

Romero se abrió paso a través de las plantas del arriate y se dirigió hacia el quiosco, que estaba a oscuras, no percibiéndose claridad alguna en sus ventanas.

Empujó Romero la puerta, que se abrió sin la más leve resistencia, y entró con cierto recelo, temiendo que hubiera alguien dentro.

Detúvose un momento, escudriñando a través de las densas tinieblas en que estaba sumergido el interior del gentil pabelloncito; pero no advirtió la menor señal de que hubiese allí nadie. El corazón del mestizo, que no se había alterado durante la sangrienta lucha de aquella tarde, palpitaba fuertemente en aquel instante.

—¡Si estuviera aquí Teresita!—murmuró adelantándose.

Hang-Tu y la joven china habían entrado también en el quiosco. Parecía éste lleno de flores; tan penetrante era el perfume que en su interior se notaba.

Sus ojos, acostumbrándose poco a poco a la oscuridad, ban distinguiendo vaga y confusamente los grandes vasos

de porcelana, las sillas de bambú, las mesitas y las plantas que se elevaban casi hasta el techo y cuyas ramas caían formando elegantes festones.

—¿Quién vive aquí?—preguntó Than-Kiu, que se había quedado parada en medio de la habitación.

—No lo sé—respondió bruscamente Hang-Tu.

—Pero tú sí lo sabes: ¿verdad, mi señor?

—Españoles—contestó Romero al notar que Hang-Tu le tocaba con la mano como haciéndole una seña.

—Que tú conoces, ¿verdad?

—Sí, Than-Kiu.

—¿Y que son enemigos nuestros?

—Quizás.

—Extraña ocurrencia, mi señor, la de refugiarse en casa de enemigos.

—Silencio, Than-Kiu—dijo Hang con tono imperioso—. Pudieran oírnos.

Enmudeció la muchacha; pero Romero creyó oírle murmurar un nombre, al mismo tiempo que se dejaba oír el retintín de su brazalete de oro.

Hang-Tu se acercó a la puerta. Le había parecido oír tumulto en la quinta y ver pasar rápidamente luces tras las ventanas.

—¿Qué puede ocurrir?—murmuró— ¿No será que los

en los arriates del jardín, fueron siguiendo la tapia, buscando algún árbol cuyas ramas se prestaran al objeto que se proponían; pero habían andado ya cien pasos inútilmente, y se disponían a retroceder hacia el quiosco, cuando Hang-Tu creyó advertir una sombra que se escondía tras un grupo de árboles. Ágil como un tigre se arrojó sobre ella, *catana* en mano, tropezándose con una mujer que, sobrecogida de terror, grito:

—¡Socorro, que me matan!

El chino, ante el temor de ser descubierto, iba ya a descargar el golpe, cuando oyó exclamar a Romero.

—¡Manolita!

Detúvose Hang-Tu.

—Manolita—dijo—. ¿Quién es esta mujer? ¿Debo o no matarla?

En lugar de contestar, el mestizo se precipitó hacia la fiel criada de Teresita, que había caído de rodillas cubriéndose la cara con las manos como para defenderse del golpe, y la levantó del suelo, diciéndole:

—No tengas miedo. Soy yo.

La tagala se quedó mirando al mestizo con aire atónito.

—¡Vos, señor Ruiz!—exclamó.

—Yo, Manolita.

—Os están buscando.

—¿Quienes?

—Los cazadores, que están registrando la quinta.

—¿Saben que soy yo el que buscan?

—Lo sospechan a lo menos.

—¿Se me ha nombrado?

—Sí, señor Ruiz.

—Es imposible que me hayan visto saltar la tapia.

—Se ha dicho que mandabais a los rebeldes que se atrincheraron en la calle de la Asunción y que os han visto huír a caballo acompañado de otros tres.

—¿Y qué más?—dijo con ansiedad el mestizo.

—Que hicieron fuego contra los caballos junto a la tapia del jardín, y que de ellos sólo uno iba montado.

—¿Y piensan que he podido refugiarme en el jardín?

—Sí, señor Ruiz.

—¡Maldición!

—Yo he venido antes que ellos para saber si era cierto y salvaros.

—¿Tú?

—Teresita está aquí.

—¿Ella aquí? ¡Lo sospechaba! Pero, ¿desde cuándo?

—Desde esta mañana.

—¿Qué hay que hacer, Manolita?

—Volver al quiosco.

—Lo registrarán los cazadores.

—Ya hará mi ama por evitarlo. ¡Huíd pronto!

Romero y Hang-Tu se apresuraron a obedecer, comprendiendo la inminencia del peligro; pero la joven china permaneció inmóvil.

—Ven—dijo Hang. Ella hizo un ademán negativo con la cabeza—. Te matarán si te quedas ahí.

—¿Qué importa?—respondió ella con voz sombría.

—Harás que lo maten a él también—le dijo Hang-Tu al oído—. El tiempo cicatrizará la herida.

—No, Hang.

—Pero la *Flor de las Perlas* puede hacer que se abra otra, ¿me comprendes?

Than-Kiu lo siguió sin responder. Apenas estuvo dentro del quiosco se acercó a Romero, que estaba parado en medio de la salita con los ojos clavados en el jardín, espiando quizás la venida de Teresita, y poniéndole la mano en el hombro le preguntó a rajatabla:

—¿A quién deberá la vida Than-Kiu?

Ya no tenía la china el acento de dulzura que el mestizo había advertido en ella al verla por primera vez. Su voz se había vuelto imperiosa, seca y de un timbre casi metálico.

—¡Than-Kiu!—dijo Hang en tono de reproche.

Pero la joven no le escuchaba.

—¡Contesta!—dijo a Romero con violencia.

—¿Que a quién?—respondió el mestizo sorprendido de aquel tóno amenazador— ¿Qué te importa que sea una española quien nos salve?

—Pero esa española se llama la *Perla de Manila;* ¿es cierto?

—¡Than-Kiu!—repitió Hang.

—¿Pero qué quieres decir, muchacha?—preguntó el mestizo.

—Que será al *Perla de Manila* quien haya salvado a la *Flor de las Perlas.*

—¿Y tú no quieres?

Than-Kiu, en lugar de responder, dejó escapar una risa estridente, que resonó siniestramente en las tinieblas.

—¡Muchacha!—exclamó Romero—¿Odias, pues, a Teresita?

—No; pero la mujer blanca matará a la mujer de la tierra del sol; la perla de las islas quebrantará a la perla del Río Amarillo.

—¡Cállate, Than-Kiu!—dijo Hang con voz sorda—¡Cállate!

Pero la hija del Celeste Imperio prosiguió diciendo con acento triste y casi sollozando:

—Than-Kiu no volverá a ver las cúpulas doradas de la tierra natal. El lirio no vive en tierra extraña. Es su destino.

—Pero tú... ¿me quieres quizás?—preguntó Romero, que al fin lo comprendió todo.

—¡Cállate, desgraciada!—exclamó Hang-Tu.

Una sombra blanca apareció en la puerta diciendo:

—¡Romero, Romero!

—¡Teresita!—contestó el mestizo.

La española entró precipitadamente, lanzando una exclamación de alegría que fue contestada por un sollozo que resonó en el rincón más oscuro de la estancia.

Manolita entró tras ella, y después de cerrar la puerta y las persianas del quiosco para que no pudiera verse desde afuera el interior, encendió una lámpara que había sobre una mesa.

Apenas advirtió Teresita la presencia de Hang-Tu y de la china, se separó bruscamente de Romero.

Cruzáronse las negras miradas de la española y de la china. Ambas eran agudas y amenazadoras como las hojas de dos puñales.

—¿Quién es esa muchacha?—preguntó al fin Teresita, con los dientes apretados, dirigiéndose a Romero.

Hang-Tu se adelantó y dijo:

—Mi mujer.

La joven española respiró profundamente, como si saliera de un estado de emoción violenta que hubiera amenazado sofocarla. También fue poco a poco dulcificándose su mirada.

—¡Tu mujer!—murmuró— ¿Es verdad, Romero?

—Sí, Teresita—contestó medio turbado el mestizo.

Than-Kiu estaba inmóvil y silenciosa, pero tan pálida, que temiendo que le faltaran las fuerzas para sostenerse se había apoyado en un gran jarrón japonés en que crecía una peonía chinesca de flores de color de fuego y había escondido el rostro tras una de sus anchas hojas para no presenciar aquella escena, tan desagradable para ella.

Hang-Tu, que estaba cerca, pudo ver el brillo de sus lágrimas, semejantes a perlas, que enturbiaban sus ojos. La pobre hija de la tierra del sol lloraba en silencio, sin que ningún sollozo dejase comprender el dolor de que estaba poseída.

Teresita volvió los ojos a Romero y lo miró fijamente, como para descubrir si eran sinceras las palabras que acababa de pronunciar. Después se lo llevó hacia la ventana diciéndole:

—¡No conoces todavía a las hijas de la vieja España!

—Te quiero, Teresita—díjole muy bajo el mestizo—. Tú lo sabes y tienes pruebas de ello.

—Es verdad, Romero, perdóname; estoy loca—dijo la joven con voz dulce—. No se afronta la muerte, como lo hiciste tú la otra noche al venir a la ciudad, si no se ama. Pero ¿por qué has venido con esos chinos?

—Vienen huyendo conmigo.

—¿Y no te han herido mis compatriotas?

—No, Teresita.

—¡Loco! ¡Exponerte de ese modo cuando estoy temblando a cada momento por tu vida! Acabarán por matarte, Romero.

—También pelea tu padre.

—Pero es por el honor de la bandera.

—Y yo por el honor de la mía, Teresita.

—¿Pero no sabes que te buscan? ¿No sabes que en este momento están registrando la quinta para prenderte y matarte?

—Lo sé, Teresita.

—¡Pero yo te salvaré, amigo mío!—exclamó la joven con energía—. Mis compatriotas no te arrancarán de mi lado.

—Haces traición a tu patria.

—¿Mi patria? Tú eres mi patria en este instante. Tú eres quien está ahora en peligro, no la vieja España. ¡Maldita guerra, que pone enfrente a hombres por cuyas venas corre la misma sangre!; ¡que los incita a destruirse y que hace reñir al hijo contra su madre!

—Ama—dijo Manolita interrumpiéndola—, ahí vienen.

—¿Los soldados?—preguntó la joven estremeciéndose.

—Sí, ama; siento sus pasos.

—No entrarán aquí estando la hija del mayor Alcázar. No temas, Romero; tendrían que pasar sobre mi cuerpo.

—Puedes comprometerte a los ojos de tus compatriotas

—le dijo Romero—. Tiemblo al pensar que pueda decirse un día que la hija del comandante Alcázar protegía a los rebeldes mientras su padre combatía contra ellos. Si mi destino es morir, deja que se cumpla la voluntad de Dios y...

Teresita le cortó la palabra poniéndole un dedo en los labios. Hízole señas para que no se moviera; corrió rápidamente la cortina de percalina rosada, escondiéndole tras ella, mientras Manolita hacía lo mismo con Hang-Tu. Cubrió la lámpara con una pantalla de vidrio azul oscuro para disminuír la claridad de la sala. Después, acercándose a Than-Kiu, que no se había movido, le dijo:

—Ni una palabra, o estáis perdida.

La *Flor de las Perlas* no contestó ni levantó la cabeza, que tenía oculta tras de las hojas de la peonía.

Sintió una sacudida que conmovió su cuerpo; pero se tranquilizó al punto.

Sentíase acercarse gente al quiosco y rumor de palabras que se cruzaban rápidamente.

—¡Abrid!—dijo una voz imperiosa.

Teresita, tranquila, serena y resuelta a todo, no dejó que se repitiera la intimación, y mientras sostenía la lámpara con la mano izquierda levantaba la falleba de la puerta, diciendo con voz colérica:

—¿Qué se ofrece?

CAPÍTULO IX

EL ODIO DE HANG-TU

De pie en la última grada, con la frente ceñuda, centelleantes los ojos, el negro pelo suelto sobre la espalda, la joven española tenía cara de no dejarse imponer ni intimidar.

Encontróse enfrente de un joven oficial de cazadores que llevaba el sable desenvainado en la mano derecha y un revólver en la izquierda, y le dijo fríamente, dejando caer sobre su rostro la luz de la lámpara que llevaba en la mano:

—¿Qué hay?

El teniente, que seguramente no esperaba encontrarse con aquella jovencita ni semejante acogida, se quedó parado sin acertar por lo pronto a responder.

—¡Vamos, hablad!—dijo Teresita impaciente.

—Pero... señorita—balbuceó—; buscamos a los insurrectos.

—¡Insurrectos!—exclamó ella con estupor—. ¿Os estáis burlando de mí, señor?

—¡No, por Dios, señorita! Se les ha visto entrar en este jardín.

—Pues buscadlos en el jardín.

—No los hemos encontrado ni en la casa ni en el jardín, señorita.

—¿Y pensáis que pueden encontrarse aquí dentro?

—Pero... no sé...

—Señor teniente, ¿sabéis quién vive aquí?

—El comandante Alcázar.

—Pues yo soy la hija del mayor Alcázar—dijo ella con altivez.

El teniente, desconcertado y sorprendido, dio dos pasos atrás.

—Si queréis entrar en el quiosco a ver si la hija del mayor Alcázar tiene insurrectos escondidos, hacedlo—prosiguió diciendo la jovencita con ironía—. Pasad adelante, señor teniente.

—Perdón, señorita. Si hubiese sabido que estaba aquí la hija del mayor, no me habría atrevido a molestarla.

—Habéis cumplido con vuestro deber, y nada tengo que perdonaros—dijo Teresita con voz más dulce—. Yo creo que os han engañado al deciros que habían entrado insurrectos en el jardín, porque ni mis criados ni yo hemos visto a nadie. Hemos oído tiros, es cierto; pero ha sido al otro lado de la tapia.

—Sin embargo, señorita, se ha visto detenerse junto a la tapia a varios sujetos montados en veloces caballos.

—Pero pueden haber seguido huyendo.

—Así habrá sucedido sin duda—respondió el teniente—. Mis cazadores han registrado todo el jardín y no han visto a nadie. Es una verdadera desgracia, señorita, que se hayan escapado; porque se sabe que dos de ellos eran sujetos muy peligrosos, cabecillas de los principales de la insurrección.

Teresita sintió correr un escalofrío por su cuerpo; pero disimulando su enojo, dijo:

—¿Y quiénes eran?

—El mestizo Romero Ruiz y el chino Hang-Tu. Han sido los que han estado defendiendo encarnizadamente la barricada de la calle de la Asunción.

—Quizás estén a estas horas camino de Bulacán.

—O de Cavite, señorita. Perdonad la molestia.

—Buenas noches, señor, y buena suerte.

Inclinóse galantemente el teniente, volvió el sable a la vaina y se dirigió hacia la casa, seguido de diez o doce cazadores que habían registrado en vano los alrededores del quiosco.

Teresita esperó a que desaparecieran; en seguida volvió a cerrar la puerta, y, mientras Manolita reanimaba la luz de la lámpara, descorrió la cortina que ocultaba a Romero, diciéndole con voz gozosa:

—Estás en salvo, valiente mío.

—Gracias, Teresita—dijo hondamente conmovido el mestizo—. Te debo la vida.

—Ya ves que no me ha costado mucho—dijo la joven riendo y llorando a un mismo tiempo—. ¡Ah! ¡Si pudiese yo disponer de ti!

—¿Qué harías, Teresita?

—No te dejaría ir al campo insurrecto.

—Sería imposible, niña mía. Se diría que Romero era un cobarde.

—Pero tus compañeros quizás no aman.

—A las muchachas blancas como tú, no.

—¡Romero!

—No maldeciré al Destino que te ha puesto ante mis pasos; y luego...

Interrumpióse para añadir con tristeza:

—Ha llegado el momento de separarnos.

—¿Te vas?—preguntó la joven vivamente emocionada—¿Vas a irte en este momento exponiéndote a caer en una emboscada? ¿Pretendes que te maten ante mis ojos?

—La oscuridad me protegerá. Mañana sería tarde.

—¿Y adónde vas?

—A Salitrán o a Cavite.

—Vas a la muerte, Romero.

—No—dijo Hang-Tu, que había salido de su escondite

y se les había acercado—. No morirá, porque Hang-Tu velará por él.

Después, clavando en la jovencita una extraña mirada, añadió sonriendo amargamente:

—Te odiaba, *Perla de Manila*, como odiaba a tu padre, que me ha condenado a muerte y que me habría fusilado si no me hubieran salvado mis amigos. Todo lo perdono; tienes la palabra de Hang-Tu. Algún día quizás comprenderás cuántas gotas de sangre le cuesta ese perdón al corazón de Hang-Tu y cuántas lágrimas a los hermosos ojos de una mujer.

Asió bruscamente de un brazo a Than-Kiu, separándola del gran jarrón japonés a que estaba arrimada, y antes de que Teresita, atónita ante aquel misterioso lenguaje, abriese los labios para pedirle una explicación, se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—Salgamos si queremos ver el día de mañana.

Había abierto la puerta y se disponía a bajar al jardín, cuando se detuvo repentinamente y volvió a entrar en el quiosco llevando la mano a la empuñadura de la *catana*.

Un hombre, un oficial, con el sable desenvainado en la siniestra, se hallaba de pie en el último escalón.

—¡Él!...—exclamó el chino con indefinible acento de odio.

Entró rápidamente el oficial cerrando tras sí la puerta. Era un hombre como de cuarenta años, de alta estatura, moreno, de bigotes negros, algo canoso y de facciones enérgicas.

La mirada centelleante de sus ojos, negros como los de la *Perla de Manila*, se clavó amenazadora, primero en el mestizo y después en la joven española.

—¡Vos aquí!—dijo con voz iracunda.

Teresita lanzó un grito de terror y cayó de rodillas, exclamando:

—¡Mi padre!

El mayor Alcázar, pues él era, dio dos pasos hacia Romero apuntándole al pecho con el revólver y diciendo:

—¡Vais a morir, señor Ruiz!

El mestizo no pestañeó siquiera. Con los brazos cruzados dijo al comandante:

—¡Disparad! ¡No me defiendo!

Pero Teresita, dominado el terror del primer instante, se levantó de pronto, interponiéndose entre ellos, y dijo a su padre con voz casi amenazadora:

—¡Tú no le matarás, padre mío!

Than-Kiu no gritó; pero sacó un revólver que llevaba oculto en la faja, y apuntándolo contra el mayor se adelantó dos pasos.

Hang-Tu, al ver el ademán de la joven china y la mirad amenazadora de sus ojos, le detuvo el brazo, diciéndole e voz baja:

—No, Than-Kiu.

El mayor Alcázar que parecía ciego de cólera, trató d separar a su hija; pero ella se resistió, repitiendo con ener gía:

—¡Tú no le matarás, padre mío!

—¿Y eres tú quien impide matar a ese rebelde?—pre guntó el español.

—Sí; porque tú no puedes matar al salvador de tu hija

—¿Salvador de mi hija?

—¡Sí; me salvó de los *parangs* de los moros, padre mío

El mayor bajó el brazo. Apagóse el rayo de ira que ful guraban sus ojos. Dejóse ver un movimiento de emoció en su cetrino y fiero semblante.

—¿Fue él quien te salvó?—preguntó con voz tranquila.

—Sí, padre; y sin él no tendrías ya a tu Teresita.

—¿Y era él quien peleaba esta tarde en la calle de l Asunción?

—Sí, mayor—dijo Romero.

—¿Qué habéis venido a hacer aquí, Romero Ruiz? Quie ro saberlo. Hubierais hecho mejor en permanecer lejos d Manila.

—No temo a la muerte, mayor Alcázar.

—¿Y si os hiciera prender?

—Hacedlo—contestó fríamente Romero.

—¡No lo harás, padre mío!—dijo Teresita— Tú no pueres perder por dos veces a este hombre. Los españoles son enerosos y no cometen una vileza. Además, yo quiero a este hombre.

—Es un rebelde—dijo el mayor con amargura.

—Es un valiente, padre mío.

—Que vuelve sus armas contra tu padre.

—No—contestó Romero—. Las vuelvo contra España, ñor. Vos combatís por vuestra bandera y yo por la que an levantado mis hermanos de color.

—Una bandera que se arriará pronto, señor Ruiz.

—¡Quién sabe!

—Sofocaremos la insurrección, no lo dudéis.

—Y nosotros sabremos morir como valientes.

—Vos sois valiente, ya lo sé; pero los otros... Mejor ibríais debido vos, que tenéis en vuestras venas sangre española, abrazar nuestra causa. En lugar de eso habéis abier- un abismo entre nosotros. ¿Me comprendéis?

Envainó el sable, y dirigiéndose a la puerta, dijo bruscaente:

—Seguidme.

—¡Padre mío!—exclamó Teresita poniéndose delante de Romero.

—El mayor Alcázar va a pagar a Romero Ruiz la deuda que con él tiene contraída.

—¿Vais a salvarlo?

—O a perderlo.

—¿Qué queréis decir?

—Lo sabréis cuando la insurrección reciba el golpe de gracia.

—¡Ah! ¡Tú me lo matas!

—Yo no: lo matará la guerra.

—Pero yo le quiero, padre mío.

—¡Una hija de la vieja España no debe querer a los enemigos de su patria!—dijo el mayor con voz bronca.

—Es que me ha salvado la vida.

—Y yo voy a salvar ahora la suya. ¡Ea!, seguidme, o será tarde.

Viendo titubear a Romero, lo asió de un brazo y se lo llevó consigo. Siguióles Hang-Tu; pero Than-Kiu, antes de salir, se detuvo delante de Teresita. Los ojos profundos y aterciopelados de la china, que habían perdido toda dulzura, se clavaron en los de la española, que estaban preñados de lágrimas. Una llama sombría brillaba en la mirada de la hija de la Tierra del Sol.

—Los ojos de la *Flor de las Perlas* han llorado mucho—le dijo con acento salvaje—; pero los de la *Perla de Manila* han de llorar todavía y con lágrimas de sangre.

Alejóse apresuradamente, reuniéndose con Hang-Tu.

El mayor Alcázar marchaba aprisa y en silencio al lado de Romero. Siguió por un rato la tapia del jardín hasta llegar a un postigo de hierro que daba a la calle y que abrió.

Al salir se tropezaron con dos cazadores que estaban en acecho en una esquina, y que les dieron el quién vive.

—Soy el mayor Alcázar—contestó éste—. ¡Abrid paso!

Una callejuela que serpenteaba entre otras tapias de jardines se abría ante ellos. Siguiéronla apretando el paso. Al llegar al extremo de ella se encontraron otros dos centinelas, que también les dejaron pasar al reconocer al mayor.

A una sola palabra de éste, los tres insurrectos habrían sido presos; pero el leal soldado cumplía escrupulosamente su promesa a pesar de saber que proporcionaba a la insurrección dos de sus más valerosos caudillos, que podrían un día crear grandes dificultades a las tropas españolas.

Al llegar al extremo de la calle, ya en campo abierto, en el cual había plantíos de caña de azúcar, se detuvo el mayor y miró atentamente a uno y otro lado. Después, volviéndose hacia Romero, le dijo:

—Ahora una explicación, señor Ruiz.

—Hablad—dijo éste.

—¿Cómo estabais en mi casa?

—Entramos en ella huyendo de la persecución de los cazadores.

—¿Os esperaba mi hija?

—No, señor Alcázar. Ella no sabía que nos habíamos refugiado en el quiosco.

—¿Queréis un consejo? Pues olvidadla.

—Es que ella me quiere.

—Pero yo os aborrezco, señor Ruiz.

—¡Ah! Es verdad—dijo Romero con amargura—. Yo soy de sangre mezclada: un mestizo.

—No os odio por eso, sino porque sois un enemigo de España que nos costará ríos de sangre. Sin vuestro concurso, no tardaría quince días en estar dominada la insurrección; mientras que ahora, Dios sabe si nuestra bandera ondeará en Cavite. Sé cuánto valéis, Ruiz, y cuánto se os teme. ¿Queréis a Teresita? Pues dejad la insurrección.

—¡Oh, nunca!—exclamó Romero— Por nada de este mundo haría traición a mis hermanos.

—¡Pues sea!

Y mostrándole el campo desierto que se extendía delante de ellos, le dijo:

—Idos. Sois libre; pero cuento con que algún día nos encontraremos.

—Me dirijo a defender a Salitrán.

—Espero que allí nos veremos. Adiós. Os he pagado mi deuda.

Volvió hacia el arrabal; pero Hang-Tu le cortó el paso. Levantóse el chino el ancho sombrero que hasta entonces había llevado hacia abajo medio ocultándole el rostro, y con el revólver en la mano le dijo:

—Mayor Alcázar, ¿me conocéis?

—¡Hang-Tu!—exclamó el español.

—Sí: Hang-Tu soy; el jefe de las sociedades secretas a quien habéis condenado a muerte. Podría mataros, pero os perdono. Me habéis salvado hoy la vida y ahora soy yo quien renuncio a quitaros la vuestra. Nada os debo, pues, y puedo seguir odiándoos como antes. ¡Adiós!, o por mejor decir, ¡hasta que nos veamos en Salitrán!, comandante Alcázar.

CAPÍTULO X

POR TIERRA INSURRECTA

Los dos insurrectos y Than-Kiu apretaron el paso para no ser sorprendidos antes del día por las patrullas de tropa que sin duda se habían concentrado en los alrededores de la capital.

Guiábalos la muchacha china, muy enterada de las posiciones ocupadas por las tropas del general Polavieja, que operaban contra Cavite, y por las de los generales Lachambre y Cornell, que se proponían apoderarse de Salitrán y de la ribera del Imus.

En lugar de tomar por el camino de la costa que va por las Pinas, se dirigieron hacia el sureste, acercándose a las montañas que bordean la vasta Laguna de la Bahía, donde nace el río Pasig.

Hang-Tu, que tenía plena confianza en la sagacidad de a muchacha, y Romero, ambos silenciosos y preocupados por los suceoss de aquel día, la seguían sin preguntarle adónde los llevaba.

Hacía una noche oscurísima que favorecía su fuga. Una neblina que empujaba el viento desde el golfo de Manila hacia las montañas de la Laguna cubría el cielo, ocultando por completo la luz de la luna y de las estrellas.

Ni un alma se encontraron en los vastos campos cultivados que iban atravesando; sólo de cuando en cuando oían a lo lejos los ladridos de los perros de las cabañas de los pobres labradores tagalos y chinos.

Volaban en derredor de ellos muchas aves nocturnas y esos grandes murciélagos tan comunes en las islas malayas y en el archipiélago filipino, que tienen el cuerpo de cuarenta centímetros de largo y un metro de punta a punta de las alas.

Than-Kiu marchaba con paso rápido. Aquel cuerpecito al parecer tan delicado, debía de poseer resistencia extraordinaria. Hubiérase creído que bajo su piel diáfana se ocultaban músculos de acero.

Condújolos a través de campos de caña de azúcar y de índigo, sin detenerse un solo instante, siguiendo luego por la orilla de una selva de palmas y de helechos arborescentes, cuando de pronto acortó el paso.

Temíase, sin duda, alguna sorpresa desagradable o sospechaba la existencia de algún peligro, porque se detenía con frecuencia para explorar con la mirada el camino.

—¿Qué temes?—le preguntó Hang-Tu acercándosele—Todavía no sé por dónde nos llevas.

—No me lo habéis preguntado—contestó Than-Kiu.

—Es que tú sabes el camino mejor que yo; pero me parece que no vamos hacia las Pinas.

—Es que allí están las tropas del coronel Arizón.

—Pero me han dicho que los nuestros están sobre el Imus.

—Sí; vigilados por las compañías primera y segunda de los cazadores del general Zabala.

—Podríamos pasar entre ellas.

—Iríamos a dar en las brigadas del general Cornell.

—Sabes más que los mismos generales—dijo Hang-Tu sonriéndose—. ¡Cuánta inteligencia en esa cabecita!

Romero había permanecido callado; pero contemplaba con admiración a la joven china. Le parecía mentira que supiese tanto aquella niña y que estuviera tan enterada de los movimientos y posiciones de las tropas españolas.

—¿Adónde quieres llevarnos, Than-Kiu?—preguntó Hang.

—Hacia la Laguna. Allí no hay tropas.

—¿Y llegaremos a tiempo para organizar la defensa de Salitrán?

—Los caballos de la isla corren como el viento y el ataque contra Salitrán no será tan pronto.

—¿Pero dónde vamos a encontrar caballos?

—Yo sé dónde, y quizás encontremos a Pram-Li. Venid.

—Una pregunta más: ¿temes que haya españoles en este bosque?

—Todo pudiera ser. Sabiendo que hay espías insurrectos quizás hayan preparado alguna emboscada.

—Es una advertencia preciosa—dijo Hang desenvainando la *catana* y empuñando el revólver—. Ponte detrás de nosotros, Than-Kiu.

—Than-Kiu no se deja sorprender—contestó la joven—ni teme tampoco a la muerte.

Prosiguió el camino, pero siempre con precaución y revólver en mano, porque no sólo había que temer a los españoles que pudiera haber en el bosque, sino también a las serpientes, abundantísimas en las provincias meridionales de Luzón, no faltando tampoco otros reptiles venenosos cuya mordedura produce una muerte instantánea, habiendo otros de enorme tamaño que no baja a veces de treinta pies.

No parecía que en aquella selva hubiese tan peligrosos huéspedes, porque no se oía ningún silbido de los que indican su presencia. Solían verse, en cambio, saltando sobre la hierba, a manera de ranas, ciertos animalitos de quince o veinte centímetros con grandes ojos redondos que brillaban como luciérnagas.

Eran *tarsos espectros*, los seres más extraños que puede imaginarse, y una de las más curiosas singularidades del archipiélago filipino. Son animales nocturnos que viven escondidos en los bosques. Tienen la cabeza parecida a la de las ranas, pero con el hocico de forma puntiaguda, boca grandísima, ojos amarillos, redondos, grandes y fosforescentes; orejas como dos cucharas de mango muy corto, las patas de delante muy cortas y terminadas en dedos huesudos y nudosos, y las de atrás tres veces más largas y desprovistas de pelo hasta la mitad de su longitud. Su pelo es finísimo, algo lanoso, pardo amarillento, menos en la cabeza, que es blanca.

Tienen los isleños a esos animales por espíritus malignos, huyen de ellos; pero Than-Kiu no hacía caso de tales supersticiones y ponía toda su atención en la arboleda, temiendo la proximidad del enemigo.

Habría ya andado como media milla, avanzando muy lentamente seguida de cerca por Hang-Tu y Romero, que había empuñado también el revólver, cuando se detuvo de pronto.

Un objeto indefinible le había pasado por delante, produciendo un silbido agudo.

—¿Qué significa ese silbido?—preguntó Romero.

—Como ese los he oído yo alguna vez en mi tierra—dijo Hang-Tu—. Es una señal.

—Sí—dijo Than-Kiu.—Me ha pasado por delante una flecha de guerra.

Indicó a sus compañeros que no se movieran, y se adelantó ella hacia un bosquecillo de *gambir*, volviendo al poco rato con un objeto en la mano, que les enseñó. Era una flecha como de un metro de larga, pero que llevaba en la punta un pito en vez de hierro.

—Debe de haberla disparado un chino—dijo Hang-Tu—. Nuestros soldados se valen de flechas de esa clase como señales nocturnas.

Than-Kiu, comprendiendo que les amenazaba algún peligro, retrocedió apresuradamente hacia un palmar, cuyos troncos sostenían festones de pimienta silvestre.

Hang-Tu y Romero se le pusieron a los lados para protegerla en caso de que los atacaran los españoles.

Pasados algunos minutos sintieron en la copa de un frondoso *pombo*, árbol enorme que produce naranjas tamañas como la cabeza de un niño, y que distaba como cincuenta pasos de ellas, un ruido de hojarasca como el que se hace cuando se pasa a través de la maleza.

Hang-Tu y Romero, que habían levantado la vista, vieron pronto a un hombre que bajaba por un árbol agarrándose a los bejucos que envolvían su enorme tronco.

Parecía ser de agilidad extraordinaria. Detúvose al llegar al suelo y se dirigió en seguida, arrastrándose, hacia el palmar en que estaban ocultos los fugitivos.

—¿Será un espía de los españoles?—dijo Hang-Tu disponiéndose a disparar su revólver.

—No—le dijo Than-Kiu bajándole el brazo—. Es de los nuestros.

—Tú sabes muchas cosas que yo ignoro—le contestó el chino.

—Sé dónde están los puestos de los insurrectos encargados de vigilar los movimientos de las tropas españolas.

—Ya lo veo, Than-Kiu.

El hombre, después de adelantarse un poco, se detuvo y se escondió detrás del tronco de una *arenga sacharífera*.

—¿Eres tú, Shen-Kin?—preguntó la muchacha en voz baja adelantándose un paso.

Avanzó rápidamente el interpelado hacia las plantas sarmentosas de pimienta silvestre, diciendo:

—Me había figurado que erais insurrectos, y lancé una flecha de aviso para deteneros. Habéis hecho bien, porque los españoles sorprendieron ayer noche el puerto de observación. Me alegro de volver a verte, Than-Kiu.

Shen-Kiu era, como lo indicaba su nombre, un chino

como de diez y ocho años, pero de apariencia vigorosa. Tenía aún en la mano el arco con que había disparado la flecha del aviso; pero llevaba a la cintura un revólver y un largo cuchillo.

—Eres un fiel y valeroso mozo—le dijo Than-Kiu—. Sabía que no me engañaba al encomendarte la vigilancia de este bosque. ¿Se han marchado los españoles?

—No, Than-Kiu. Hay como dos docenas de hombres acampados alrededor del puesto.

—La cosa es seria. Había venido aquí en busca de armas y de caballos para mí y para mis compañeros.

—Los tendréis—contestó el joven chino—. Mi perro me avisó de la presencia del enemigo antes de que entrase en el bosque y pude huír llevándome los caballos de los correos llegados ayer de la ribera del Imus.

—¿De la ribera del Imus? ¿Qué noticias traían?—preguntó Hang-Tu.

—Habla—dijo Than-Kiu al muchacho viendo que éste titubeaba después de haber mirado recelosamente a Hang- y a Romero—. Mis compañeros son dos jefes insurrectos.

—Malas noticias—respondió Sheu-Kin—. El general Lachambre se disponía a atacar las posiciones insurrectas del camino del Imus.

—¿Para dirigirse a Salitrán?—preguntó Romero.

—Sí—respondió el chino.

—Entonces tenemos que darnos prisa, Hang-Tu.

—Lo veo—dijo el jefe de las sociedades secretas—. Si cae Salitrán no podrán resistir mucho tiempo Cavite ni Noveleta contra el ataque combinado de las fuerzas de mar y tierra.

—Guíanos, Sheu-Kin—dijo Than-Kiu—; tenemos mucha prisa.

El joven chino se levantó y echó a andar ocultándose entre los macizos de *sontar*, de helechos arbóreos, de betel, de *areca*, de sagú y de plátanos, cuyas grandes hojas producían sombras tan profundas que no se veía a tres pasos de distancia.

Than-Kiu, Hang y Romero tenían que ir muy cerca del chino, sin perderle un momento de vista, para evitar los troncos de las plantas y los enormes bejucos que se cruzaban y entrelazaban en todas direcciones.

Sheu-Kin parecía poseer la vista de los animales nocturnos, porque marchaba muy de prisa y sin vacilaciones, evitando todos los obstáculos del camino.

Después de diez minutos de marcha, advirtió a sus acompañantes que llegaban a una bajada del terreno. Les pareció a Hang-Tu y a Romero que descendían a un oscuro

valle, o mejor a una garganta cuyos flancos estaban cubiertos de plantas de hojas gigantescas que se cruzaban sobre sus cabezas y que no dejaban apenas ver el cielo.

—¿Por dónde vamos?—preguntó Hang.

—Sheu-Kin lo sabe—contestó Than-Kiu, que iba inmediatamente detrás del joven chino.

Pronto comenzó a ensancharse aquella garganta, viéndose alguna más claridad. Las plantas estaban más separadas; pero los flancos del desfiladero seguían siendo altísimos y se veían en su cima corpulentos y frondosos árboles.

Sheu-Kin se detuvó ante una caverna que parecía internarse en el flanco de la garganta.

—Esperadme—dijo.

Entró en la cueva y volvió a poco con tres caballos ensillados y embridados, que llevaban sendos fusiles pendientes de los arzones.

—Son vuestros—les dijo—. Los correos se procurarán otros en Manila. Se les ha advertido ya de la sorpresa dispuesto por los españoles.

—¿Es necesaria tu presencia en este bosque?—le preguntó Than-Kiu.

—Esperaba a la madrugada para huír a Salitrán. Creo que de aquí en adelante no volverá por aquí ningún insurrecto en busca de caballos ni de armas.

—Pues ven con nosotros.

—Es que no tenemos sino tres caballos—dijo Hang.

—Sheu-Kin irá a la grupa del mío—respondió la muchacha.

Montaron y se pusieron en camino. El joven chino, que iba a la grupa de Than-Kiu, dispuso que se internaran en el desfiladero para volver a ganar el bosque y dirigirse por dentro de él hacia la Laguna, evitando los destacamentos españoles que pululaban en torno de la capital.

Comenzaba a despejarse el terreno; pero era bastante áspero, cortado por grietas, pedruscos caídos quizás de las alturas y viejos troncos de árboles. Los caballos, que eran vigorosos y de buena casta, sorteaban aquellos obstáculos y parecían impacientes por salir a lo llano para emprender la carrera.

El chino aconsejaba a sus acompañantes que fueran con tiento, por no estar seguro de que no estuviera tomada por los españoles la entrada de aquella angostura. Podían también quizás haber advertido la presencia de aquellos viajeros nocturnos y tenderles una emboscada.

Hacia las cuatro de la madrugada, comenzando a clarear, llegaban los fugitivos al extremo de la garganta. Ante ellos se extendía la selva tenebrosa.

—Vayamos despacio—dijo Sheu-Kin.

En aquel instante se oyó un ¡quién vive!

—*¡España y Luzón!*—gritó el chino.

Y volviéndose hacia Hang-Tu y Romero, les dijo:

—Hay que dar una carga si queremos salir de esta ratonera.

El jefe de los hombres amarillos y el mestizo se pusieron delante de Than-Kiu y lanzaron los caballos a la carrera, preparando los fusiles.

Veíanse algunas sombras moverse en el lindero del bosque, pareciendo que trataban de cortarles el paso.

—¡Fuego!—exclamó Hang-Tu.

Sonaron tres estampidos y después pasaron los tres caballos con la rapidez del huracán entre unos cuantos soldados, que se echaron precipitadamente a los dos lados para no ser atropellados.

Advertidos del engaño hicieron una descarga sobre los fugitivos.

El caballo de Than-Kiu, que era el último, hizo un movimiento brusco y lanzó un gemido de dolor, pero siguió corriendo. La muchacha se sostuvo en la silla, pero notó que el pobre animal estaba herido.

—¡Sheu-Kin!—exclamó.

—Déjalo que siga corriendo mientras pueda—le dijo el chino, que se sostenía agarrado a la silla.

Romero había oído el grito de la joven.

Refrenó su cabalgadura, obligándola a moderar la velo-

cidad de su carrera para dejarse alcanzar por Than-Kiu. Al pasar ésta por su lado, la sacó con sus robustos brazos de la silla en que iba y la trasladó a la suya.

No pudo ser más oportuno, porque pocos momentos después, el caballo montado por Sheu-Kin se desplomaba, yendo a dar de cabeza contra el tronco de un árbol. Salió el jinete volteado por el aire; pero tuvo la suerte de ir a caer en un matorral, cuyas ramas evitaron que se rompiese los huesos.

—¡Muerte de Fo! ¿Quién se ha caído?—gritó Hang-Tu deteniendo el caballo.

El joven chino, en lugar de responder, se levantó con agilidad, que demostraba que ningún daño se había hecho, y de un salto se puso a la grupa del jefe de los amarillos.

—¡Adelante!—gritó apretando las rodillas para mejor sostenerse.

Sonaron más tiros hacia la salida del desfiladero, que si no podían hacerles nada por estar ya muy lejos, podía atraer la atención de los otros soldados apostados en el bosque.

Los dos caballos, a pesar de la doble carga que llevaban encima, sostenían un galope rapidísimo, evitando con suma destreza cuantos obstáculos encontraban por delante.

Hang-Thu y Sheu-Kin iban a la cabeza, y Romero los seguía, sosteniendo en sus brazos a la joven china, que se había rendido completamente en ellos.

Media hora duró aquella carrera desenfrenada. Después los caballos comenzaron a aflojar un poco. Aclarábase la espesura y se iba despejando el terreno. La selvática llanura se iba convirtiendo en colinas, más allá en montañas.

Apuntaba el día y al calor sofocante de la noche sucedía una fresca brisa cargada de los aromas de las flores. Los pájaros en la arboleda modulaban ya sus primeros trinos; a los primeros rayos del sol extendían las parleras urracas sus brillantes alas de azul intenso; las palomas coronadas de plumajes centelleantes de azul y oro se disponían a remontar el vuelo, y los calaos de enorme pico lanzaban su grito estridente, semejante al chirrido de una rueda herrumbrosa. Los monos, tan abundantes en los bosques de Luzón, se preparaban a salir de sus nocturnas guaridas y se veía moverse en las ramas de los árboles a los ridículos cuadrumanos de cuerpo esbelto, luenga cola, nariz rosada, pelaje espeso, de tinte parduzco y altos como de metro y medio, conocidos por el nombre de *Bucantán;* como tampoco faltaban los macacos llamados *Monjet,* de pelaje verde oscuro y cola aplastada, que se divierten sacudiendo unos contra otros los bambúes en los cañaverales.

Hang-Tu, al ver que el terreno iba despejándose cada vez más y que los caballos se cansaban por el excesivo peso que llevaban encima, se detuvo diciendo a Sheu-Kin:

—¿Por dónde vamos? Estos animales no podrían llevarnos hasta Salitrán si tenemos que alargar el camino.

—En la cumbre de esas montañas encontraremos una finca donde podremos mudar caballos—le contestó Shen-Kin.

—¿Conoces al dueño?

—Es un malayo.

—Entonces podemos estar tranquilos.

Después de un breve descanso emprendieron de nuevo la caminata; pero Romero y Hang habían echado pie a tierra para fatigar menos a los caballos, y marchaban juntos con los fusiles debajo del brazo.

Aunque la espesura se iba aclarando, continuaba la selva. Alzábanse acá y allá bosques de higueras; plantas que crecen grandes y frondosísimas en aquellas islas, mientras todas las otras, de procedencia europea, se ven desmedradas y mezquinas y producen frutas raquíticas y adulteradas, macizos de árboles gomíferos, tamarindos robustos y frondosos, helechos colosales, nipas de hermosísimas hojas y tallos filamentosos llamados del *nitro*, plantas textiles que dan fibras con las cuales, mezcladas con las de la seda, se hacen tejidos de maravillosa finura, muy apreciados en los mercados chinos y japoneses.

A medida que avanzaban se iba dilatando el horizonte.

A través de los claros de la selva podían distinguir los viajeros la vasta bahía de Manila, surcada de barcos de vela y de cañoneros que arrojaban al aire el humo de sus chimeneas; más al norte el bosque de campanarios de la ciudad y detrás de ella los populosos arrabales del Passig.

Llegados a la cumbre de las alturas, que estaba cubierta de vegetación, pudieron descubrir la vastísima Laguna, separada de la bahía de Manila por un istmo de poco más de siete millas de ancho, con la isla de Talim que ocupa su centro y los islotes que se agrupan en la boca por donde el río sale de la Laguna.

Hang-Tu, que se había encaramado, junto con Romero, en lo alto de una peña, contemplaba con ansiedad el mar, siguiendo con la vista la curva marcadísima que forma la bahía de Manila por el lado del mediodía.

—He ahí el baluarte de la insurrección—dijo emocionado—. ¿Lo ves, Romero?

El mestizo dirigió la vista hacia un grueso grupo de casas que blanqueaba en la extremidad de una larga lengua de tierra, delante del cual se veían muchos puntos negros coronados de una niebla oscura.

—Cavite—dijo—. Lo veo.

En aquel momento resonó en lontananza un sordo estam-

pido, al cual siguieron otros dos, que repitió el eco de las montañas.

—Se está combatiendo en Cavite—dijo Sheu-Kin, que se había reunido a ellos.

—Sí; la está bombardeando la flota—contestó Hang-Tu, preocupado.

—Mientras esté Salitrán en poder de los nuestros no hay cuidado—dijo Romero—. Los cañoneros españoles no podrán desalojar de Cavite a nuestros hermanos.

—Pero y si Salitrán no resiste, ¿quién impedirá al general Polavieja atacar a los nuestros por la espalda, dirigiéndose contra ellos por la parte de tierra?

—Allí está también Noveleta.

—Pero la tomarán pronto, Romero. No podría resistir a los repetidos ataques de las numerosas tropas españolas.

—Pero nosotros iremos a levantar las provincias septentrionales. Luzón es grande, y no hay quien pueda desalojarnos de las montañas del centro.

—Eso se verá—dijo Hang-Tu con un movimiento de cabeza.

Dejaron aquella especie de observatorio, y rodeando una altura bajaron a un estrecho valle cubierto de plantíos de gengibre y de caña de azúcar, tras de los cuales había una casa de hermosa apariencia, rodeada de una estacada, dentro de la cual pacían muchos caballos y bueyes.

CAPÍTULO XI

LA PRIMERA ESCARAMUZA

El malayo propietario de aquella casita de campo acogió admirablemente a los dos jefes insurrectos y a Than-Kiu, que le presentó el joven chino, poniendo a su disposición su casa, sus animales, sus criados y hasta su bolsillo.

Era un viejo isleño de Mindanao que se había trasladado muy joven a Manila, y que había tomado parte en más de una insurrección.

Feroz enemigo de la dominación española, había abrazado la causa de los hombres de color ayudándoles con armas y dinero, ya que por su edad avanzada no podía tomar parte directa en el movimiento.

Aquel buen hombre aconsejó a sus huéspedes que se quedaran en su casa para refrescarse y descansar hasta la tarde para que, caminando de noche, pudieran evitar el encuentro con las tropas enemigas que se estaban concentrando hacia el Imus.

Hang-Tu y sus compañeros, que estaban cansadísimos, aceptaron la cortés invitación con tanta mayor razón cuanto que la valiente Than-Kiu parecía muy abatida por la falta de sueño, a pesar de su fuerza de ánimo.

Hicieron primero los honores al opíparo banquete que dispuso para ellos el viejo malayo, y después se recogieron a descansar mientras Sheu-Kin se entregaba a la tarea de escoger los caballos más rápidos y vigorosos con que poder atravesar las líneas españolas.

A las seis de la tarde, cuando caminaba ya el sol al ocaso, se pusieron en camino los tres insurrectos y la joven china, y descendieron hacia la Laguna evitando el paso por las Piñas, que sabían que estaban ocupadas por parte de las tropas del general Cornell.

Sheu-Kin, que se había ya encontrado varias veces en Salitrán y en Cavite y que había recorrido la orilla occidental del lago, los guiaba a través del istmo. Hang-Tu iba detrás de él, y Than-Kiu y Romero, uno a lado del otro, cerraban la marcha.

La china guardaba silencio, pero miraba de cuando en cuando a su compañero, que parecía preocupado y pensativo hasta olvidarse de guiar el caballo. Más de una vez tuvo Than-Kiu, que no le perdía de vista, que sujetarlo por

la rienda para evitarle algún tropiezo, sin que Romero se diese cuenta de nada.

Aquella indiferencia de parte del mestizo parecía mortificar bastante a la joven. En sus ojos, llenos de una dulzura melancólica, brillaban de cuando en cuando gruesas lágrimas, sin que ningún suspiro ni gemido delatasen el dolor profundo que debía de experimentar en el fondo del alma. Su tristeza era muda y silenciosa.

Un brusco movimiento del caballo al tropezar con una raíz sacó a Romero de su distracción. Al contemplar a Than-Kiu, que se había apeado para arreglarle las bridas, se sorprendió de la expresión dolorosa de su semblante.

—¿Qué te pasa, muchacha?—le dijo.

—Nada—respondió ella.

—Tú estás llorando.

—¿Qué le importa a mi señor que la *Flor de las Perlas* llore o ría? A él debe bastarle con que esté contenta la *Perla de Manila.*

—Cállate, Than-Kiu, ¿a qué viene ahora ese nombre?

—¿Acaso no pensaba en ella mi señor en este momento? —dijo con amargura la joven— No era la insurrección lo que embargaba su pensamiento.

—¿Qué hay que tú no sepas, muchacha?

—La *Flor de las Perlas* tiene la vista larga.

—Así es; y a Than-Kiu no le gusta que yo piense en Teresita—dijo Romero suspirando—. ¡Pobre muchacha! Tú también eres, como yo, víctima del Destino.

—¡Tú!—exclamó Than-Kiu— ¿Acaso no te quiere la *Perla de Manila*? Mi amor es el que no florecerá ni lo iluminará nunca ningún rayo de sol. Lo matará la sangre de los blancos, como mata el viento helado de la Manchuria los lirios del río Amarillo.

—Es el Destino quien así lo dispone, pobre muchacha. Yo no puedo hacer que tu amor florezca.

—¡Sí! ¡Porque está entre nosotros la mujer blanca!—exclamó la joven en un arranque de furor salvaje— Pero a veces se rompen las perlas, y puede tocar esa mala suerte a la *Perla de Manila*.

—No la amenaces, Than-Kiu—dijo Romero—. Tú tienes un corazón demasiado hermoso para odiar.

—Tú no sabes, mi señor, cuánto odio puede encerrarse en el corazón de las mujeres de mi tierra. Nos creen flores delicadas destinadas a vivir, crecer y desarrollarse tras los floridos biombos de nuestras viviendas; pero se engañan. ¡El alma vibra con fuerza en nuestro cuerpo!

—Pero tú no puedes sentir rencor hacia Teresita, que te ha salvado la vida, Than-Kiu.

—¿Y crees tú, mi señor, que me importa a mí algo la

vida? ¡Cuando destila sangre el corazón, cuando es la existencia un martirio, cuando se pierde la esperanza, cuando desaparecen las ilusiones, no se teme a la muerte! ¿Acaso viven las flores sin sol ni riego? ¿No se agostan las hierbas de los campos cuando ruge el tifón? ¡La muerte! ¡La he desafiado tantas veces, sin temblar, delante de Cavite, y la he llamado tantas otras antes de que volvieses de tu viaje a mi país! ¡Mi estrella se ha apagado para siempre, lo presiento! Resplandece brillante la de la mujer blanca. ¡Así tenía que suceder, porque el esplendor de las perlas blancas eclipsa el tinte amarillo de las de la Tierra del Sol!

—¡Antes de que volviese yo de mi viaje a tu tierra!— exclamó Romero, atónito— Pero ¿quién eres tú, pues?

—¡Than-Kiu!—respondió la muchacha.

—Pero ¿de dónde vienes?

—De mi país.

—¿Quién te llevo a Manila?

—Hang-Tu.

—¿Cuándo?

—¡Qué te importa!

—Quiero saberlo. Hay un misterio en tu vida...

—Te engañas.

—Lo sabré por Hang-Tu.

—Y Hang-Tu te dirá que soy Than-Kiu.

—Pero ¿tú me conocías antes de mi regreso de tu país?

—Acaso.

—Y...

—Sí, yo te quiero; pero eso no puede interesarte. ¡Yo no soy la *Perla de Manila!*

—¡Rara muchacha! ¡Pero dime quién eres!

—Ya te lo he dicho: soy Than-Kiu.

Después, haciendo que apretase el paso el caballo, se reunió con Hang-Tu, que discurría con su compatriota acerca de las posiciones que ocupaban los españoles en las cercanías de Dasmarinas.

Romero no trató de detenerla. Aquella conversación iba siendo embarazosa para él, por más que desease vivamente descubrir el misterio que rodeaba a aquella hija del Celeste Imperio. En el fondo de su alma compadecía a aquella valerosa muchacha que sólo en dos días tantas pruebas de afecto le había dado exponiéndose por él a la muerte.

—¡Ay!—murmuró suspirando— Soy uno de esos desgraciados condenados por el Destino a eterna desdicha y que irradian perniciosa influencia en torno suyo. ¡Seré fatal a cuantos me aman y se me aproximan, y quizás a la causa

misma que defiendo! ¡Lo mejor sería que me matase una bala en las trincheras de Salitrán!

Entretanto, Sheu-Kin y Hang-Tu seguían bajando la colina y buscando el mejor camino por entre los barrancos y asperezas. Por fortuna, los vapores que oscurecían el cielo se habían retirado hacia el mar empujados por el viento sur, y la luna brillaba esplendorosa sobre las aguas de la Laguna, que reflejaban sus argentinos rayos. Al fondo, cerca de la orilla, se veían aparecer y desaparecer luces, sin duda de cañoneras enemigas que registraban las ensenadas para sorprender a los puestos insurrectos que pudiera haber en ellas.

A la media noche galopaban nuestros viajeros por la llanura como a una milla de la ribera del lago. Se encaminaban hacia el suroeste, procurando evitar, yendo por la vertiente de acá del Imus, el encuentro con las tropas del general Cornell, que estaban escalonadas a corta distancia de este riachuelo.

Si los caballos podían sostener largo tiempo aquel paso, estarían antes de mediodía en el campo insurrecto, cuyos puestos avanzados llegaban hasta cerca de Turasán.

A las cuatro de la madrugada tuvieron que hacer una parada en las márgenes de un cafetal para no apurar demasiado a los pobres animales y descansar un rato. Como

el paraje estaba desierto, aprovecharon la ocasión para echar un sueño bajo la vigilancia del joven chino, previendo que no tendrían tiempo de descansar en las noches siguientes.

Al volver a emprender la marcha, se entraron por un valle situado entre las dos vertientes del istmo, no cesando de oír cañonazos por la parte del mar, que repercutían con eco pavoroso en las alturas.

Se combatía, sin duda, en Cavite. Quizás la flota española estaba atacando de nuevo ese punto tenazmente defendido por los insurrectos, con objeto de destruir sus reductos y trincheras para preparar el paso a las tropas de Polavieja cuando más adelante hubieran de emprender las operaciones.

Nada se oía por la parte del Imus. Por lo visto, el general Lachambre no se había decidido todavía a atacar a Salitrán.

—Llegaremos a tiempo—dijo Hang-Tu a Romero—. Con dos o tres días tenemos bastante para organizar una resistencia tenaz.

—Sí; porque los insurrectos han atrincherado los contornos del pueblo.

—Tenemos buenos jefes en Salitrán. Tengo completa confianza en Mario Duque, uno de los más ardientes enemigos de los españoles; en Castillo, que es un valiente, y en

Garrido, que es un buen jefe de partida y, sobre todo, astuto.

—Esperemos, Hang.

A las diez vadearon el Imus, riachuelo que desagua en la bahía de Cavite, pero lejos del fuerte del Imus, que o debía de haber sido ocupada, o estaba muy expuesta a caer en manos de las tropas del general Lachambre.

Al lado de allá del Imus ya se veían trazas de la desesperada lucha entablada entre los blancos y la gente de color. Plantíos de caña de azúcar quemados, cafetales devastados, casas arruinadas, y, de cuando en cuando, cadáveres de caballos ya descarnados por las muchas bandadas de cuervos que volaban por los aires lanzando siniestros graznidos.

Probablemente, por aquellas cercanías había habido encuentros recientes o habían entrado partidas insurrectas a destruir las propiedades de los colonos españoles.

Mientras más avanzaban los expedicionarios, más iban notando esas señales de devastación. Aquella región, pocos meses antes populosa y floreciente, estaba convertida en un desierto. Los habitantes estaban muertos o fugitivos y dispersos; las propiedades, quemadas o saqueadas; los campos, asolados probablemente por muchos años.

No tardaron en ver ejemplos que demostraban la ferocidad con que por ambas partes se combatía, y particular-

mente de la que animaba a la feroz y sanguinaria raza sulo malaya. Junto a una casa arruinada y medio quemada vieron nuestros expedicionarios a un viejo español clavado al tronco de un árbol con una de esas lanzas cortas llamadas *cambig* usadas por los ribereños de Borneo.

Probablemente era aquel desgraciado el dueño de la finca y no tendría otro delito que ser de piel blanca en vez de rosada, aceitunada o amarilla. Más allá, junto a otra casa también arruinada, tropezaron con otro cadáver, el de un español joven y robusto, colgado por los pies de la rama de un árbol y con el cuerpo erizado de dardos. Faltábale la cabeza, que debió de llevarse alguno de esos salvajes coleccionadores de cráneos, tan abundantes todavía en el interior de Mindanao, a pesar de estar la isla bajo el dominio de España.

Como una milla adelante debieron los blancos de vengarse en alguna partida de feroces bandoleros, porque en medio de un camino y ya medio comidos por los cuervos, se veían los cadáveres de diez o doce insurrectos entre tagalos y malayos, todos alineados, como fusilados que habrían sido probablemente por algún pelotón de cazadores.

Los viajeros, para evitar una sorpresa, pues ignoraban los últimos movimientos de las tropas españolas, marchaban con prudencia, no acercándose mucho a los cañaverales y

arbolados en que pudieran esconderse los exploradores y puestos avanzados enemigos.

Según los cálculos del joven chino, no debían de encontrarse lejos del campamento insurrecto, pues hacía ya buen rato que habían atravesado el Imus. De un momento a otro podían tropezar con alguna partida que operase al sur de Salitrán.

El país, que aunque llano iba siendo cada vez más selvático, les impedía descubrir la tierra a larga distancia. Comprendían por instinto, sin embargo, que se hallaban a muy corta distancia del lugar en que se habían reñido las primeras escaramuzas y estaban muy sobre sí.

De pronto Sheu-Kin, que abría la marcha, indicó una humareda que salía de un bosque que se extendía gran trecho hacia el noroeste.

—Allí hay un campamento—dijo.

—¿De españoles o de insurrectos?—preguntó Hang-Tu—No debemos aventurarnos a penetrar en el bosque, no sea que vayamos a dar en medio de cualquier regimiento de cazadores.

—Debe de ser cosa nuestra—dijo Than-Kiu—. Si no me engaño, el jefe de partida Tung-Tao debía estar con sus tagalos hacia el sur de Salitrán.

—Iremos despacio y fusil en mano.

—¡Al galope, Hang!—gritó Romero, que iba diez pasos detrás— ¡Tenemos a los españoles a la espalda!

—¡Muerte de Fo!

Seis jinetes aparecieron de pronto en el borde de un platanal, como a cuatrocientos o quinientos pasos de distancia de ellos.

Probablemente aquellos soldados se habían ocultado detrás de las gigantescas hojas de los plátanos para espiar los movimientos de los insurrectos acampados en el bosque y al divisar a nuestros cuatro expedicionarios habían montado a caballo y trataban de alcanzarlos antes de que pudieran refugiarse en la arboleda.

—¡Pasa adelante, Than-Kiu!—gritó Hang— Déjanos a Romero y a mí encargarnos de rechazar a esos enemigos.

—¡No!—respondió la joven— ¡Sé pelear lo mismo que vosotros!

—No llevas fusil.

—Pero llevo revólver, y tengo bastante.

—¡Al galope!—gritó Hang— ¡Ganemos el bosque!

Lanzáronse a la carrera; pero los caballos no podían sostenerse mucho tiempo en esa marcha violentísima, porque estaban cansados, mientras que los de los españoles estaban frescos. El bosque no distaba mucho, sin embargo, y los insurrectos hubieran podido, si llegaban a tiempo, orga-

nizar encarnizada resistencia al amparo de los árboles.

Hang-Tu y Romero iban detrás de Than-Kiu para defenderla, y Sheu-Kin, que llevaba el mejor caballo, apretaba la marcha para llegar primero que todos al bosque y tomar posiciones.

Los seis jinetes enemigos espoleaban furiosamente los caballos andaluces en que iban montados, y daban a nuestros pasajeros voces para que se detuvieran, o de no hacerlo, los amenazaban con tirar sobre ellos; pero ni Hang ni Romero se tomaban el trabajo de contestarles.

Uno de los perseguidores, el que iba a la cabeza, les disparó la carabina como a trescientos pasos; pero no les dio, a causa del movimiento del caballo y de la distancia.

Hang-Tu entonces, sin detener la marcha, se volvió e hizo fuego, derribando al caballo y al jinete; pero no debió de ser este último quien recibiera el balazo, porque se levantó rápidamente y volvió a disparar. La bala pasó silbando en los oídos de los fugitivos.

—¡A ti te toca, Romero!—le dijo Hang preparándose a cargar nuevamente su arma.

El mestizo había ya preparado la carabina sin detener la carrera del caballo. Disparó sobre el grupo y derribó a otro de los caballos, que después de detenerse bruscamente cayó

al suelo pesadamente, dejando a pie al que lo montaba.

—¡Estamos matando caballos en vez de hombres!—gritó Hang desesperado.

—¿Qué importa?—contestó Romero— Los que se quedan a pie no pueden seguirnos

—Pero tiremos mejor en adelante, ¿lo oyes?

—Sí; y...

Romero no pudo acabar. Acertó una bala al caballo que montaba, junto a la última vértebra, rompiéndole el espinazo.

El pobre animal cayó como herido por un rayo, arrastrándo en su caída a Romero, que para colmo de desdicha quedó con una pierna sujeta debajo de su cabalgadura.

Al oír el grito que Romero lanzó al caer, Than-Kiu paró en seco, tan violentamente, que estuvo a punto de salir despedida de la silla. Volvióse hacia donde Romero yacía, y sin preocuparse por el peligro saltó a tierra y se precipitó sobre él.

Hang-Tu también se detuvo; pero en lugar de acudir en ayuda de su compañero desnudó la *catana*, y parecía prepararse a cargar furiosamente contra el grupo enemigo que se les venía encima.

—¿Estás herido, mi señor?—preguntó Than-Kiu con voz trémula.

—¡No; pero huye!—le respondió Romero, que había vuelto a cargar precipitadamente la carabina— ¡Huye, que están ya encima!

—Than-Kiu no tiene miedo y te defenderá—respondió fieramente la muchacha.

Dejóse caer detrás del caballo del mestizo poniéndose al lado de éste, y sacó resueltamente el revólver apuntándolo contra los enemigos.

—¡Pero huye, ponte en salvo!—le repitió Romero— ¿Pretendes que te maten?

—¡Moriré a tu lado!

—¡Que vienen!

—¡Los espero!

Los cuatro españoles se acercaban al galope. Habían dejado las carabinas y desenvainado los sables. Unos instantes más y caerían sobre los tres valientes, que los esperaban impávidos. La linda cabeza de la *Flor de las Perlas* corría peligro de recibir el golpe de una de aquellas armas terribles.

Hang-Tu, firme como una roca, con las piernas ceñidas a los costados del caballo, con la mirada sombría, con la espada *catana* en alto y con la carabina sobre el arzón de la silla, se había puesto delante de sus compañeros para resistir la primera embestida.

Ya no distaban más de cien pasos los perseguidores, cuando sonaron repentinamente en el bosque diez o doce tiros seguidos de aullidos feroces.

Los españoles volvieron bruscamente grupas y huyeron hacia el platanal, seguidos por los dos que habían quedado desmontados.

Una banda de hombres, en su mayor parte malayos y tagalos, armados de fusiles algunos de ellos, pero los más con lanzas y sables de Borneo, salían del bosque lanzando gritos salvajes. A la cabeza de ellos iba Sheu-Kin.

—¡Los insurrectos!—dijo Hang respirando— ¡Llegan con oportunidad para salvarnos la piel!

Descabalgó rápidamente y con un esfuerzo vigoroso libertó a Romero del peso del caballo, que le impedía todo movimiento.

—¿Estás herido?—le preguntó.

—No—respondió éste.

Y levantándose del suelo y acercándose a Than-Kiu, le puso la mano en el hombro diciéndole:

—¡Gracias, valiente muchacha!

No respondió la *Flor de las Perlas;* pero su rostro se cubrió de un rubor vivo, y un rayo de alegría iluminó sus hermosos ojos.

CAPÍTULO XII

EN EL CAMPO INSURRECTO

ESTABA ocupado aquel bosque, como pensaron muy bien, por una gruesa partida insurrecta capitaneada por Tung-Tao, autonomista de los más fervientes, mestizo de sangre europea por su padre y malayo por su madre, que fue de los que primero abrazaron la causa de la insurrección y uno de sus más valerosos secuaces (1).

Habíase situado allí aquella partida para defender a Salitrán, que distaba sólo una milla, de alguna sorpresa de los españoles, cuya presencia por la parte del sureste se había señalado.

Reconocidos al punto Hang-Tu y sus compañeros, fueron conducidos al campamento y aposentados en la tienda del jefe.

Nada más extraño y pintoresco que aquel campo, en el

(1) Este caudillo, que cayó más adelante en manos de los españoles y que pudo evadirse casi milagrosamente del Blak-Hole de Manila, vive al presente refugiado en Hong-Kong.

que estaban mezcladas gentes de todas las razas, vestidas con los más variados trajes, viéndose allí, al lado de hombres de los más civilizados y cultos, los más salvajes y sanguinarios.

Reinaba allí el más completo desorden. Era un caos de tiendas plantadas sin orden ni concierto, cabañas improvisadas, tugurios de todas formas y tamaños y sencillas barracas y otros reparos de lo más primitivo, pero más que suficientes para malayos y tagalos, hechos a dormir al raso. Veíanse allí también hombres, caballos y armas hacinadas, desde las más perfectas hasta las más primitivas.

Parecían haberse dado cita todas las razas del extremo Oriente. Había mestizos de europeo y tagalo, de europeo y chino, de europeo y malayo, tipos gallardos de carácter vivaz y agudísima inteligencia, que formaban el nervio de la insurrección; malayos membrudos y de corta estatura, de cara huesuda y cuadrada, ojos pequeños y torvos, boca grande armada de dientes agudos como los de las fieras y ennegrecida por el uso del betel, y piel de color más o menos oscuro y aceitunado. Iban casi desnudos, sin más que una corta camisa o saya, pero con dos y a veces tres puñales a la cintura; esos terribles puñales de hoja ondulante y de un pie de largo, con la punta envenenada con el jugo del *upas*.

Había también tagalos de cara romboidal y huesosa, pero simpática; ojos vivos y ligeramente oblicuos y tez rojiza con cierto viso amarillo broncíneo; hombres laboriosos y valientes.

No habían hecho mella las fatigas de la guerra en su condición vanidosa, y seguían ostentando su camisa bordada, sus blancos pantalones y las joyas y cruces de plata y oro con que se adornan.

Veíanse asimismo chinos de piel de color de limón más o menos maduro, ojos oblicuos, larga coleta, grandes sombreros de fibras de *rotang* y túnicas de vivos colores en las que había bordados espantosos dragones, con los cinturones llenos de armas, y entre ellas el inseparable abanico, objeto para ellos de primera necesidad; grupos de isleños oriundos de Macassar o de Mindanao, de alta estatura, tez cetrina y cuerpo esbelto; turageses de piel casi blanca, pero de tonos grises o cenicientos, rostro oval, grandes y hermosos ojos y pelo lacio negrísimo, y también no pocos zimbaleses, pangansineses, iloqueses e igorrotes, verdaderos salvajes que moran en las montañas de las islas Filipinas.

No parecía preocuparse gran cosa toda aquella gente de la guerra en que estaba empeñada. Tenían amontonadas en haces enormes las armas, pocas de las cuales eran de fuego,

y se divertían en presenciar riñas de gallos, por las cuales son todavía más apasionados que los ingleses todos esos pueblos, así como los juegos de una tribu de gitanos que estaba acampada entre ellos, y en oír a media docena de tocadores de guitarra, artistas en tiempo de paz y rapaces merodeadores en tiempo de guerra.

Hang-Tu, Romero y Than-Kiu, precedidos por Sheu-Kin y escoltados por media docena de malayos armados de largos fusiles fabricados hacía más de un siglo, atravesaron el campamento entre estrepitosas aclamaciones, pues se había divulgado rápidamente la noticia de su llegada, y se dirigieron a la tienda del jefe, especie de pabellón de tela de algodón de color de rosa, ante el cual, hincadas en estacas, se veían las cabezas putrefactas de algunos soldados españoles.

Tung-Tao había convocado a consejo a los principales de la partida para decidir de la suerte de un chino detenido poco antes en las cercanías del campamento por espía de los españoles, y se disponía a dictar contra él la sentencia de muerte.

Al ver acercarse a Hang-Tu y a Romero, a quienes ya conocía, suspendió el consejo para hacer los honores de su casa a sus huéspedes.

—Los correos de las sociedades secretas me habían avisado ya vuestra próxima llegada a Salitrán—les dijo des-

pués de estrechar a ambos la mano y de saludar galantemente a Than-Kiu—. Me considero muy dichoso con ser el primero en recibiros en el campo insurrecto y en ofreceros hospitalidad.

Despidió con una seña a los vocales del Consejo, e hizo que los recién llegados tomaran asiento en sillas construídas con ramas, diciéndoles con una amable sonrisa:

—No tengo nada mejor que ofreceros. Esos condenados españoles han destruído tres veces mi mobiliario, o mejor dicho, he tenido que abandonarlo en sus manos para salvar la piel. Espero, con todo, si las cosas van bien, surtirme de muebles en su palacio de Manila.

—Te lo auguro, Tung-Tao. Pero por ahora, con una piedra para descansar tenemos bastante, porque estamos rendidos. No hemos parado de galopar desde ayer.

—¿Perseguidos por los españoles?

—No, pero teníamos mucha prisa. La intentona de Manila salió mal, y comprenderéis que no podían sentarnos bien los aires de aquella ciudad.

—Supe la noticia esta mañana por los correos.

—Nuestro servicio de información es bueno, Tung-Tao. ¡Ya quisieran los españoles tenerlo igual!

—Sin embargo, no les faltan espías. Acabo de juzgar a un compatriota tuyo que se ha dejado corromper por el

oro español; pero ese no irá a contar a los enemigos lo que ha visto en mi campamento, porque dentro de diez minutos los malayos le mandarán a ver a Buda.

—Has hecho bien—dijo Hang—. Aunque se tratara de un hermano mío no habría levantado un dedo en favor suyo. ¡Que mueran todos los traidores!

—Y entre los tormentos más atroces—añadió el jefe malayo con cruel sonrisa—. ¿Qué noticias hay de Manila?

—Malas, Tung. Allí no hay que intentar nada por ahora. La capital no caerá en nuestras manos.

—Lo sé—dijo el jefe suspirando—. ¡Ah! ¡Si hubiese salido bien el primer plan, seríamos a estas horas dueños de Luzón! ¿Se pelea por el norte?

—Malabón y Bulacán siguen resistiéndose; pero temo que los insurrectos no puedan avanzar hacia la capital. Los jefes saben, sin embargo, que pelearemos seriamente en Salitrán y en Cavite, y espero que por su parte hagan algo para atraer allí parte de las tropas del general Polavieja.

—¿Se va a jugar en Salitrán el todo por el todo?

—Precisamente a eso hemos venido. De la defensa de Salitrán depende la suerte de Cavite.

—Pues ya tienen hueso que roer los españoles si quieren tomarla, porque se han levantado grandes trincheras delante de Salitrán, y también sobre el camino del Imus.

—¿Quién manda a los insurrectos?

—Mario Duque, Castillo, Gómez y los dos hermanos Hang-Kai, jefes de los mestizos. Disponen de trece partidas, pero sólo de dos mil fusiles buenos.

—¿Tienen cañones?

—Unos cuantos, y algunas ametralladores.

—Entonces se puede hacer mucho—dijo Romero—. Si os españoles tardan algunos días en atacar nos encontrarán en disposición de recibirlos. Pero habrá que concentrar en Salitrán todas las partidas que andan por ahí dispersas; en lo cual no hay ningún peligro, porque no es de temer ningún ataque por la espalda. Los españoles sólo nos atacarán por el camino del Imus.

—Yo estoy pronto a levantar el campo—dijo Tung-Tao—. Dispongo de cuatrocientos hombres, ciento cincuenta fusiles y unas cuantas espingardas. No tengo gran confianza en los malayos ni en los bugneses, hombres valientes en las emboscadas e impetuosos en los ataques, pero poco a propósito para la defensa; más cuento con mis mestizos y con los tagalos, que son todos diestros tiradores.

—Manda a tus subalternos que formen la partida para emprender la marcha. Para guardar el bosque, bastan unos cuantos malayos o bugneses.

—¿Vienen con nosotros?—preguntó Hang-Tu.

—Sí—le contestó Romero—. Me urge reunir cuanto más gente pueda en el Imus, porque el peligro será por aquella parte.

—Verdad es—dijo el jefe malayo—. Sé que el general Lachambre tratará de vadearlo con fuerzas numerosas.

—¿Y sigue resistiéndose Dasmarinas?

—Creo que sí; pero me parece que está seriamente amenazada. Me han dicho que ayer se oían hacia allí cañonazos.

—Y los jefes que están en Salitrán, ¿han mandado allí correos?

—Creo que sí; pero pronto lo sabremos de seguro.

—La pérdida de Dasmarinas nos haría mucho daño. Hemos experimentado varios reveses en estos últimos días, y si no viene una buena victoria a animar a nuestra gente. preveo malos días para la insurreccción.

—Tendremos esa victoria—dijo Hang-Tu—. Eres hombre capaz de obtenerla.

—No te forjes ilusiones, Hang—respondió Romero—. Yo trataré de hacer a Salitrán inexpugnable; pero todo depende del valor de nuestras partidas, y tú sabes que su organización dista mucho de ser siquiera mediana. Tenemos demasiados jefes y demasiadas razas diferentes. Démonos prisa, porque los momentos son preciosos, ahora que Dasmarinas puede quizá caer en manos del enemigo.

—Dame siquiera media hora para levantar el campo—dijo Tung-Tao—; entretanto, os daré de comer, aunque mal, amigos míos, porque los víveres escasean en mi campamento, y más ahora, que todos los cultivos están abandonados.

A una llamada suya acudieron dos tagalos y extendieron en tierra una estera de fibras de coco a guisa de mesa, y pusieron sobre ella una mona entera, asada, cazada el día anterior en el bosque; dos gallinas tísicas halladas en algún plantío, y unas cuantas tortas. Era todo el regalo que podía ofrecerles.

Romero y sus compañeros, que no habían comido desde el día anterior, acometieron apetitosamente a aquellos manjares, no haciendo ascos ni siquiera a la mona, por más que parecía un niño asado.

El jefe regaló, por último, a sus convidados con una docena de tazas de ese excelente te llamado por los chinos *shang-kin*, especie de te perfumado con flores de *moli*, bastante parecidas a las de iazmín, y con deliciosos tabacos de Manila, procedentes, probablemente, del bagaje de los españoles muertos en los últimos encuentros.

Cuando salieron al campamento hallábase éste en completo desorden. Hombres de todos colores y caballos corrían de acá para allá apresuradamente para formarse en columna de camino, mientras las mujeres y chiquillos, que en

gran número, y sirviendo más de estorbo que de otra cosa, habían seguido a sus maridos y padres a campaña, se ocupaban en levantar las tiendas y en cargar las acémilas.

Por doquiera se oían gritos, voces de mando, imprecaciones, lamentos de las mujeres, lloriqueos de chiquillos, ruido de trompetas y relinchos de caballos.

Todos se apresuraban, porque sabían que el que se quedase rezagado corría grave riesgo de caer en manos del enemigo, ansioso de vengarse de las atrocidades cometidas en el territorio por las sanguinarias partidas de malayos.

Tung-Tao y sus amigos montaron a caballo y se dirigieron a la cabeza de la columna para pasar a ésta revista y para arreglar la marcha.

A la orden de los jefes comenzó el desfile; pero sin orden, porque aquella gente, reclutada en los campos y en los bosques, no tenía organización militar de ninguna clase.

Iban delante los mestizos—unos ciento—, los mejores combatientes con que contaban los jefes insurrectos, por ser los mejores instruídos, resistentes y valerosos, siendo quizá los únicos que combatían por verdadero patriotismo.

Todos iban a caballo, armados de buenos fusiles modernos, adquiridos de los contrabandistas japoneses; pero su artillería consistía en unas cuantas espingardas, sacadas quizá de los *paraos* malayos.

Seguían a los mestizos ciento cincuenta chinos, buenos soldados, pero indisciplinados e incapaces de resistir a las cargas de la caballería española, y además mal armados, pues sólo llevaban lanzas y fusiles viejos.

Tras ellos desfilaron los malayos, tagalos y mindaneses, en indescriptible confusión y pésimamente armados. Llevaban pocos fusiles, pero gran número de esos terribles sables de Borneo llamados *parang-ilang*, de hoja acanalada; *catanas* japonesas, semejantes a gigantescas navajas de afeitar; *kriss* de hoja en zig-zag y punta envenenada; esos pesados y largos sables japoneses llamados *golok* y esos venablos cortos de punta agudísima llamados *lambing*.

Cerraban la marcha las mujeres y chicuelos—unos tres o cuatrocientos—, escuálidos por los trabajos y las privaciones, empujando delante de ellos a las acémilas, cargadas con las provisiones y los bagajes, yendo en desorden grandísimo y a toda carrera para no perder el contacto con la columna, porque sabían que nadie les guardaba las espaldas y que los combatientes hacían poco caso de ellos.

Hang-Tu, Tung-Tao, Romero y Than-Kiu, se reunieron al galope con los mestizos de la vanguardia, que habían ya salido del bosque e iban atravesando una ancha llanura cubierta de plantíos quemados y de fincas arruinadas.

Aunque tuvieran seguridad de no tropezar con enemigos

en aquellos parajes tan próximos a Salitrán, destacaron los mestizos a derecha e izquierda de la columna grupos de jinetes para proteger sus flancos.

Era una precaución casi inútil, porque al fondo de la llanura se distinguían grandes humaredas sobre el bosque, que indicaban las posiciones de los campamentos insurrectos de Salitrán.

De cuando en cuando se oían también los toques de las cornetas y los mugidos de los caracoles de guerra de las partidas chinas, extraños instrumentos que consisten en grandes conchas del género *tritón*.

Los tres jefes y la muchacha china se adelantaron a galope por la llanura, seguidos por una fuerte banda de mestizos, y pronto llegaron al bosque, donde se encontraron la primera partida de los insurrectos de Salitrán, que habían formado una especie de campo atrincherado para defender el pueblo por el lado del sur.

Muchos jefes mestizos, chinos, tagalos y malayos, sabedores de su llegada, les salieron al encuentro, haciéndoles cordialísima acogida, porque sabían cuánto contaba la insurrección con ellos.

A mediodía Romero y Hang-Tu, seguidos de una numerosa escolta, hacían la entrada en Salitrán en medio del entusiasmo de las muchas partidas que ocupaban las trincheras.

CAPÍTULO XIII

LA BATALLA DE SALITRÁN

SALITRÁN, con cuya defensa contaban los insurrectos para impedir a los españoles el ataque contra Cavite por la parte de tierra, no era una plaza fuerte, sino un poblachón algo populoso, llamado pomposamente ciudad, pero sin ninguna importancia militar, porque no tenía ningún fuerte, ni siquiera una mala tapia con que defenderse de un ataque vigoroso.

Pero como su posición le permitía dominar el curso del Imus, sobre cuyo río se había concentrado la brigada del general Cornell, apoyada por las tropas del general Lachambre, y como también señorease el curso del río Zapote, otro centro de la insurrección, las partidas insurrectas se habían reunido allí en gran número para oponerse al paso de los españoles, y se habían atrincherado allí fuertemente, construyendo muchas obras de defensa, y en particular empalizadas defendidas por algunas pequeñas piezas de artillería.

Los jefes más valerosos y populares, como Castillo, Mario Duque, Garrido, Seng-Pao, jefe de los mestizos, y varios otros, mandaban las partidas y estaban dispuestos a defender a Salitrán hasta lo último, no ignorando que la pérdida de esa plaza ocasionaría inevitablemente la de Cavite, que era el más firme baluarte de la insurrección.

Apenas supieron Duque, Castillo, Garrido, Seng-Pao y los demás jefes de las partidas la llegada de Romero Ruiz y de Hang-Tu, jefes supremos de todas ellas, se apresuraron a reunirse en el pequeño palacio de la ciudad destinado a cuartel general, para ponerse a su disposición.

Romero y Hang-Tu fueron recibidos con todos los honores debidos a su alto cargo al son de las trompetas y de las salvas de fusilería.

Mario Duque, que era el jefe más importante de los allí reunidos, hizo la presentación de ellos a Romero y Hang-Tu, y dio a éstos la bienvenida en nombre de todos, poniéndose por completo a sus órdenes.

Túvose en seguida una especie de Consejo de guerra para poner al corriente a los jefes de la situación de las cosas, número de las partidas, elementos de resistencia de que se disponía y posiciones ocupadas por las tropas españolas, y además para informarles de una noticia grave: la de la pérdida de Dasmarinas, tomada por asalto de día anterior

por las tropas del general Lachambre tras una desesperada resistencia de los insurrectos, los cuales habían experimentado pérdidas grandísimas.

—Esa noticia es grave, señores,—dijo Romero, el cual se disgustó mucho al recibirla—. Los españoles podrán ahora pasar el Imus sin que podamos impedirlo, y caer sobre nosotros con fuerzas abrumadoras. Lachambre y Cornell se reunirán ahora, y tendremos que habérnoslas con los dos juntos.

—Es verdad—dijo Hang-Tu, cuya frente se había oscurecido—. Los invasores tienen franco el camino del Imus.

—Está defendido, sin embargo, por partidas bien atrincheradas—advirtió Mario Duque.

—No podrán impedir el avance de los españoles—respondió Romero—. Las dos brigadas del general Cornell no tropezarán con grandes dificultades para abrirse camino.

—No faltan hombres en nuestro campo, y podemos reforzar la posición.

—No, Duque,—dijo Romero—. El camino del Imus no es una posición estratégica que pueda darnos la victoria, y no merece la pena de sacrificar hombres para defenderlo. Que se queden allí las partidas que hay para que retarden el avance de los españoles; pero que ni un solo insurrecto salga de Salitrán. Aquí es donde tenemos que dar la bata-

lla al general Lachambre, apoyados en nuestras trincheras, y aquí es donde debemos hacer un esfuerzo desesperado para salvar a Cavite. Pensad que si Salitrán se pierde, se acabó la insurrección en las provincias meridionales, y no olvidéis que el alma de la independencia está al sur de Manila. Si somos vencidos, estamos heridos de muerte.

—Nos quedará un San Nicolás, en el caso de ser derrotados—dijo Castillo.

—Sí; pero Cavite quedará descubierto; no podrá resistir el ataque combinado del ejército y de la flota, y la pérdida de Cavite desmoralizará por completo a nuestras partidas.

—Es verdad—dijo Hang-Tu—. Es preciso que no se pierda Cavite, porque la caída de Cavite traerá inmediatamente la de Bulacán y Malabón.

—¡Manos a la obra, señores!—dijo Romero levantándose— ¡Aprovechemos la tregua que nos dan los españoles para hacer a Salitrán inexpugnable!

Salieron del palacio de la ciudad Romero y Hang-Tu, seguidos por todos los jefes de las partidas, y montaron a caballo para inspeccionar las obras de defensa construídas por los insurrectos delante de Salitrán y en el camino del Imus, y hacerse cargo de la resistencia que podía ofrecer la plaza contra las numerosas y aguerridas tropas del general Lachambre.

Habíanse levantado varios reductos y empalizadas con enormes troncos de árboles y gruesas piedras delante del pueblo; pero Romero comprendió que no eran defensas suficientes para resistir a la artillería española, que disponía de hábiles oficiales y soldados. Propusóse construir otras fortificaciones, y particularmente una gran trinchera, tras de la cual pudieran las partidas hacer frente eficazmente a los ataques de los españoles, en el caso de que tuvieran que refugiarse en ellas después de alguna derrota.

En aquella visita de inspección emplearon todo el día. Cuando los dos jefes, cansados del galopar bajo un sol abrasador, volvieron a la casa en que se alojaban, estaba ya muy adelantada la noche.

A la puerta de la casa encontraron a Shan-Kiu sentada en un carro volcado. La valiente muchacha, contra su costumbre, no había ido con ellos; pero no había perdido el tiempo, porque los dos jefes encontraron a su regreso perfectamente dispuesto el alojamiento, una buena cena preparada por las propias manos de la *Flor de las Perlas* y camas cómodas en que descansar de sus fatigas.

Romero encontró además en su habitación un jarro chinesco con lilas que despedían delicado aroma. Adivinó de qué mano venían aquellas flores, y a pesar de las preocupaciones que le embargaban, se sonrió, murmurando:

—¡Cuánta ternura en esa pobre muchacha! ¡Flores en medio de la baraúnda de este campamento! ¡Pobre Than-Kiu! ¡Cuánta desdicha te espera, quizás por culpa mía!

Al día siguiente, todas las partidas dejaron las posiciones que ocupaban alrededor de Salitrán y se pusieron a trabajar en la construcción de las trincheras y demás obras de defensa dispuestas por Romero.

Miles de mestizos, tagalos, malayos, chinos y hombres de muchas razas mezcladas, trabajaban con actividad febril, sabiendo que el día del combate estaba próximo.

Los correos llegados aquella noche llevaron la noticia de que el general Lachambre proseguía su avance, mientras el coronel Salcedo se preparaba a emprender un reconocimiento hacia San Nicolás para ver de reunirse con el primero. Por los correos de Manila se supo que la escuadra española había vuelto a bombardear a Cavite, Binacayán, Noveleta y Bacoor, pueblo este último que había sido incendiado.

Hacíase necesario a toda costa hacer frente a las tropas españolas para reanimar a las partidas, y no dejar que se apagase el fuego de la insurrección, que ya comenzaba a amortiguarse, a los dos meses de comenzada la lucha.

Romero, Hang-Tu, Castillo, Duque, Tung-Tao, Garrido

y Seng-Pao, alarmados por aquellas malas noticias, se esforzaban en hacer a Salitrán inexpugnable.

Día y noche vigilaban los trabajos, temiendo que faltase tiempo para darles cima, y animaban con su presencia y con su palabra a aquellos miles de hombres. Acabóse la trinchera del camino del Imus; se construyó un foso cubierto de cañas de bambú para que se precipitase en él la caballería española, si acaso tomaba parte en el ataque, y se levantaron acá y allá terraplenes defendidos por grandes espingardas.

El 5 de marzo, los correos expedidos desde las avanzadas llevaron la noticia de que el general Cornell se había situado hacia el Imus con sus dos brigadas, y de que la brigada de Marina había organizado el convoy de víveres.

El 6 llegaron otros correos diciendo que el general había dado orden a sus tropas para evacuar a Dasmarinas.

Precipitábanse los sucesos. De un momento a otro se combatiría en la ribera del Imus.

Aquella misma noche quedó terminada la trinchera grande, que se armó con los pocos cañones de que disponían los insurrectos.

Romero y Hang-Tu, seguros de un próximo ataque, reunieron aquella misma noche a todos los jefes de las partidas para darles las últimas disposiciones para la batalla.

Encomendóse la defensa de la trinchera grande a los mestizos, los mejor armados y disciplinados, mientras las otras partidas tendrían a su cargo defender las de los extremos y atacar furiosamente al enemigo.

Cuando Romero, rendido de tantas noches en claro, pasadas casi todas en la trinchera grande, volvió de madrugada a su alojamiento, se encontró a Than-Kiu esperándole a la puerta.

La intrépida muchacha no debía de haber cerrado los ojos: tan pálida estaba. Al ver a Romero se levantó, y con acento de dulce reproche le dijo:

—Mi señor se matará si no descansa.

—Estamos a punto de emprender una lucha decisiva y mi presencia es indispensable.

—¿Será mañana?

—Me lo temo.

El semblante de la muchacha se inmutó por un momento.

—Mi señor no se expondrá a los golpes del enemigo—dijo.

—Los capitanes deben hallarse en los sitios de mayor peligro, Than-Kiu.

—Pero yo no quiero que te maten, mi señor.

—¡Qué me importa la vida!—dijo Romero con tristeza—¿No ves que yo llevo conmigo la desgracia? ¡Soy fatal a cuantos me rodean!

—A todos, no.

—Sí, Than-Kiu. A ti también te seré fatal.

—¡Es verdad!—murmuró la joven con un largo suspiro y humedeciéndosele los ojos— ¡Triste destino pesa sobre la hija del País del Sol! ¡El espíritu de mi madre me lo ha dicho esta noche! ¡Es el maleficio de la mujer blanca!

—¡No hables de ella, Than-Kiu!

—¿Por no dañar en el corazón a mi señor?

—¡Calla!

—Than-Kiu no es mala, y se callará; pero...

—¿Qué quieres decir?—preguntó Romero viendo brillar un relámpago entre las luengas y sedosas pestañas de la muchacha.

—Ve a descansar, mi señor—respondió Than-Kiu—. Quizá retumbe dentro de pocas horas el cañón en el Imus, y mi señor no pueda dormir en muchas noches.

—¿Tú crees?...

Than-Kiu le hizo una seña para que se callara.

—¿Oyes?—le dijo después.

Habíanse sentido a lo lejos descargas de fusilería, que parecían extenderse a lo largo de la ribera del Imus. Oíanse en las avanzadas resonar las cornetas y mugir las bocinas de guerra de las partidas chinas.

Romero volvió los ojos hacia la trinchera, la cual corrían a guarnecer las partidas.

—Ahí está el enemigo—dijo arrugando la frente—; pero estamos dispuestos a recibirle. Antes de que rechace a los grupos que tenemos escalonados sobre el camino del Imus, pasarán algunas horas y las partidas estarán en sus posiciones de combate. ¡Adiós, Than-Kiu! ¡Si me mata alguna bala, mis últimos pensamientos no serán todos para Teresita!

Una sonrisa de alegría infinita se dibujó en los labios de la joven china.

—¡Gracias, mi señor!—murmuró— Pero si el Destino fuese tan cruel que te hiciese caer a los golpes de los hombres blancos, yo estaré a tu lado para recoger tu último pensamiento y para morir después contigo.

—No debes seguirme; donde yo esté, allí estará la muerte.

—Pero Than-Kiu no teme a la muerte. ¡Ven, mi señor; la batalla comienza!

—¡No vengas, muchacha!

—Te seguiré, mi señor. ¡Ven, ven! ¡Es tan hermoso morir juntos en medio de los horrores del combate! Ahí está Hang-Tu, que acude. ¡Ven, mi señor!

El jefe de las sociedades secretas se acercaba al galope, gritando:

—¡A las armas! ¡Viva la libertad!

Acudían por todos lados las partidas con un gran clamorec para tomar posiciones. Salían de la próxima selva como hambrientas fieras; los salvajes malayos aullaban como lobos; los tagalos, los chinos, los malayo-mindaneses blandían furiosamente las armas y se animaban con pavorosos rugidos, mientras que los mestizos, más tranquilos y disciplinados, ocupaban ordenadamente la primera trinchera emplazando la artillería.

Llegaron los primeros correos con la noticia de que las dos brigadas del general Cornell habían emprendido el ataque de las trincheras insurrectas del camino del Imus, y que avanzaban flanqueadas por las tropas del general La chambre y por los cazadores del general Zabala.

Romero y Hang-Tu, seguidos por la valerosa muchacha, se dirigieron al centro de la trinchera grande, seguros de que contra ella se dirigían los mayores esfuerzos de los españoles, y destacaron algunas partidas de a caballo por el camino del Imus para estar al tanto de los progresos del enemigo.

No tenían confianza ninguna en las pocas partidas a que se había encomendado la defensa de las pequeñas trincheras construídas sobre el camino de Dasmarinas, obras de defensa incapaces de resistir largo tiempo a la artillería; pero

querían saber a lo menos por dónde se presentaría el grueso de los adversarios.

Continuaba resonando la fusilería más allá del Imus, y se veían columnas de humo elevándose sobre el bosque. De cuando en cuando se oían también cañonazos. El combate se extendía; pero, al parecer, los insurrectos, aunque en corto número y sin artillería, defendían con firmeza las trincheras.

Llegaban de cuando en cuando corredores a decir que se guía el avance de los españoles por el camino del Imus, y que iban apoderándose sucesivamente de las posiciones contrarias.

Las partidas allí presentes, furiosas al enterarse de esas noticias, pedían a gritos marchar adelante; pero los jefes no cedían, sabiendo que no eran capaces de resistir en campo abierto a tropas regulares mandadas por los mejores generales de España.

Tres horas más tarde, mientras Romero y Hang-Tu enviaban algunas partidas al cercano bosque para proteger a las mujeres y muchachos que se habían refugiado allí, se vio a los primeros fugitivos pasar apresuradamente el río.

El combate en el camino del Imus había acabado, siendo desalojados los insurrectos de las trincheras, que defendían obstinadamente y dejando en ellas buen número de muertos. Lleváronse consigo los heridos para sustraerlos a la

tria del enemigo, porque en aquella lucha sangrienta no se daba cuartel por una ni por otra parte.

Las dos brigadas del general Cornell, después de apoderarse de las posiciones insurrectas, se disponían a vadear el río conducidas por el general Lachambre en persona mientras el coronel Arizón, apoyado por la brigada de Marina, trataría de envolver la posición para atacar la trinchera grande a la bayoneta. Se acercaba el momento terrible. Había pasado apresuradamente el río la última partida, perseguida activamente por el enemigo, sin que pudieran oponerle la menor resistencia.

Distinguíanse ya detrás de los árboles los primeros soldados españoles. Eran el primero y segundo batallones de los cazadores, mandados por el valeroso general Zabala, que había de ser el héroe del día.

Aquellas tropas admirables, de ímpetu irresistible, de músculos de acero, hechas a todas las fatigas de aquella áspera campaña, eran muy temibles, y los jefes de los insurrectos lo sabían.

Entretanto, el general Lachambre, con una de las brigadas de Cornell, adelantaba a lo largo de la orilla opuesta del río para emplazar en buena posición la artillería, a fin de batir en brecha la trinchera grande antes de lanzarse sobre ella al asalto.

Rompieron el fuego los cañones a unos ochocientos metros de distancia, mientras el coronel Arizón, apoyado por Cornell y por la brigada de Marina, vadeaba rápidamente el río para tomar posición delante de la trinchera central.

Entablóse con sin igual furor el combate a los gritos de ¡Viva la libertad! de las partidas y de ¡Viva el Rey! de las tropas españolas.

Los insurrectos se defendían con valor desesperado desde la primera trinchera, disparando una lluvia de balas sobre los contrarios.

Extendíase rápidamente el fuego a derecha e izquierda de la trinchera central, en la que estaban Romero, Hang-Tu, Than-Kiu y Mario Duque, mientras la artillería española destruía las empalizadas tirando con precisión matemática contra los robustos troncos de árboles y los montones de piedras.

Combatíase con extremada fiereza de una y otra parte, amontonándose los muertos, pero sin que cedieran unos ni otros.

Los jefes insurrectos, de pie sobre las trincheras, y con el fusil en la mano, animaban a los suyos lanzando atronadores gritos de

—¡Viva la libertad! ¡Viva la insurrección!

Silbaban miles de balas, llevando doquiera la muerte.

Caían muchos españoles; pero caían todavía más insurrectos bajo los tiros de la artillería.

Demolida la primera trinchera, ya no podía servir de reparo; pero quedaba intacta la grande que Romero había hecho construir.

Al ver los rebeldes tomar posiciones al coronel Arizón y formarse a los cazadores en columna de asalto, se replegaron a la trinchera grande y reanudaron el fuego, mientras las partidas de tagalos y malayos que ocupaban las alas intentaban cargas desesperadas, lanzando feroces aullidos.

Pero eran esfuerzos vanos. Las tropas de la vieja España, aunque hubiesen experimentado grandísimas pérdidas, no podían ceder combatiendo en campo abierto a las furiosas y desordenadas embestidas de aquellos feroces guerreros.

Los esperaban a pie firme, y los diezmaban con nutridas descargas.

La jornada amenazaba ser funesta para los insurrectos. Todas las tentativas de las partidas para rechazar al enemigo más allá del río eran inútiles, y la caída de Salitrán parecía inevitable.

Romero y Hang-Tu, que combatían uno al lado del otro en el puesto más peligroso, se miraron en silencio y tristemente.

—No nos queda sino hacernos matar—dijo el primero.

—¡Todavía no!—respondió sordamente el chino— La

suerte de la insurrección no se decidirá aquí, sino en Cavite, y todavía podemos ayudarla con nuestros brazos. ¡Esperemos!

Los españoles, entretanto, seguían ganando terreno, mientras que el pánico comenzaba a invadir a los insurrectos. El asalto era inminente, y si el enemigo llegaba a apoderarse de la trinchera grande, Salitrán estaba perdida.

El general Lachambre hizo tocar a carga. Las tropas españolas, formadas en columna de asalto, se precipitaron hacia adelante para tomar la posición á la bayoneta.

—¡Viva el Rey!—exclamaban— ¡Viva la Regente!

Su empuje era irresistible; era un torrente desbordado que amenazaba anegar las trincheras de Salitrán, tenidas por inexpugnables.

Los insurrectos hicieron un último esfuerzo. Mientras las partidas tagalas y malayas salían de las trincheras para oponerse al avance del enemigo, los mestizos, apoyados por el fuego de las espingardas y de las pocas piezas de artillería que tenían, hicieron algunas terribles descargas de mosquetería quemando los últimos cartuchos.

Los españoles, abrumados por aquella lluvia de plomo y de hierro, vacilaron, y algunas columnas comenzaron a ceder.

La victoria, que tenían casi segura, podía todavía escapárseles. El valor heroico de uno de sus jefes salvó la situación.

El general Zabala, comprendiendo la gravedad de la situación, se puso a la cabeza del primero y segundo batallones de cazadores y los condujo al asalto.

Delante de la trinchera grande cayó el valeroso general mortalmente herido de dos balazos; pero el empuje estaba dado.

Los cazadores no vacilaron más y se lanzaron adelante como un aluvión para vengar a su jefe.

Una lucha terrible, feroz y rápida se entabló entre las dos columnas de asalto y los mestizos; pero la trinchera fue tomada, y sus defensores desalojados de ella a bayonetazos y rechazados a Salitrán, mientras los dos brigadas de Cornell y la brigada de Marina caían también sobre la trinchera.

Salitrán estaba perdida. Las partidas, aterradas y en completo desorden, se desbandaron por todas partes, trastornando en su desenfrenada carrera tiendas, carros, caballos, heridos, mujeres y muchachos.

Romero, que había montado en un caballo que le proporcionó un amigo de Hang-Tu, fue arrastrado por aquella turba de fugitivos junto con Than-Kiu, que se había apoderado de un caballo abandonado.

Al llegar a las primeras casas de Salitrán intentó organizar algunos grupos para prolongar la resistencia y dar tiem-

po para que las mujeres y los niños que se habían refugiado en el pueblo pudieran ponerse en salvo; pero todo fue inútil, porque nadie obedecía a sus jefes. Hasta los mestizos, que eran los que más tenazmente habían combatido huían ante los cazadores.

Than-Kiu, que no le había abandonado un momento, sujetó por la brida al caballo del mestizo y dijo a éste:

—¡Ven, mi señor; todo está perdido!

—¡Deja que me haga matar!—respondió Romero apretando los dientes.

—¡No, mi señor!—respondió la muchacha sin soltar la brida— ¡No quiero que tú mueras!

En aquel momento se le unió Hang-Tu, a quien seguían dos docenas de hombres a caballo entre chinos y mestizos.

—¡Sálvate, Romero!—le dijo— Permanecer aquí es un sacrificio estéril, mientras que podemos ser útiles todavía a la causa de la insurrección.

Y viendo que el mestizo no le obedecía, le echó mano también a la brida del caballo, y le arrastró tras de sí mezclado con los fugitivos y seguido por su pequeña banda.

CAPÍTULO XIV

LA PERSECUCIÓN

La derrota de los insurrectos había sido completa. Habíanse disuelto las partidas como se derrite la nieve bajo los rayos ardientes del sol ecuatorial; huyendo precipitadamente en todas direcciones, sin obedecer las voces de sus jefes.

Poseídos de terrible pánico, habían atravesado los insurrectos el pueblo abandonándolo todo, municiones, víveres, tiendas, caballos, mujeres y niños en mano de los vencedores, y dispersándose en pequeños grupos por los bosques, campos y montañas.

En aquel desbarajuste espantoso había sido imposible reorganizarlos para conducirlos, bien hacia San Nicolás, que estaba aún ocupado por numerosas partidas insurrectas, bien hacia Cavite, que seguía resistiendo el bombardeo de la flota española. Los jefes que lo habían intentado se habían cansado en balde: ni un solo hombre habían conseguido detener y se habían visto obligados a huír también para no caer en manos de los vencedores.

Sólo Hang-Tu, más afortunado, pudo reunir dos docenas de hombres en torno suyo, con los cuales, y con Romero y Than-Kiu, emprendió rápidamente la retirada hacia San Nicolás.

Después de atravesar a Salitrán, ya abandonada por las partidas, se apresuró a entrar por los bosques para sustraerse a la persecución de los grupos de caballería española que habían salido en persecución de los fugitivos.

Oíanse todavía descargas hacia Salitrán, pero cada vez menos frecuentes. Solía oirse también la gritería de las mujeres que no habían podido seguir a sus hermanos y maridos en su desastrosa fuga.

Hang-Tu y Romero caminaban en silencio. Ambos estaban tristes por aquella derrota, que podía ser de pésimas consecuencias para la causa de la insurrección, ya muy comprometida desde la toma de Dasmarinas, porque el general Lachambre podía poner gran parte de sus tropas a disposición del general Polavieja, que operaba contra Cavite.

Es verdad que podían organizar un centro de resistencia en San Nicolás; pero el curso del río Zapote estaba ya perdido hasta Pamplona, y Cavite quedaba en descubierto y amenazado por mar y por tierra.

Malos días se preparaban para los autonomistas. La bandera alzada con tantas esperanzas estaba en peligro de ve-

nir a tierra. Las tropas españolas estaban ya habituadas a la victoria.

Mientras los dos jefes iban entregados a sus dolorosos pensamientos, la pequeña banda proseguía su retirada a través de los bosques, acelerando el paso por temor de que se les interpusiese en el camino alguna tropa española que pudiera habérseles adelantado.

Reinaba en la selva el más profundo silencio; pero no por eso dejaban de estar intranquilos ni de marchar con todo género de precauciones.

Ya estaba muy avanzada la noche y comenzaban los caballos a dar muestras de cansancio, cuando percibieron los fugitivos sonidos de cornetas que venían del lado opuesto del bosque en dirección del valle del río Zapote, que indicaban más la presencia del enemigo que la de partidas fugitivas.

—¿Todavía el enemigo?—preguntó Hang-Tu con acento feroz empuñando el fusil— ¿No tiene bastante con nuestra derrota de Salitrán?

Dispuso que hiciese alto la escolta y se puso en observación.

No era posible engañarse: hacia el valle del Zapote se oían toques de carga, que eran, sin género de duda, de la caballería española.

—¿Es que seguirán a algunas de nuestras partidas? Me parece haber visto fugitivos en dirección del Zapote.

—Es probable—respondió Romero.

—Sin embargo, hemos caminado muy aprisa y debemos de estar ya muy lejos de Salitrán.

—A menos que la selva no nos haya engañado. Tú sabes, Hang, que es muy fácil extraviarse.

—También pudiera ser que los españoles hayan avanzado mucho con su vanguardia. No he visto a ningún escuadrón de caballería tomar parte en el ataque de Salitrán y sé que el general Lachambre llevaba caballería.

—Sí—contestó Romero con voz sombría— la que manda el comandante Alcázar.

—¿Será su gente? ¡Dios nos libre; porque si supiese él que estamos aquí, no nos perdonaría a pesar de tu amor por su hija.

—Procuraremos no encontrarnos con él.

—Estaba por desear lo contrario. Tengo cuentas viejas que arreglar con él—dijo Hang con sonrisa siniestra.

—Yo le he pagado.

—Pero yo no.

—Te ha salvado cuando hubiera podido perderte.

—Hang-Tu no perdona.

—¡Cállate; echemos a andar!—dijo Romero.

Ya no se oían más que las trompetas; pero del lado del valle llegaban a ratos lejanos rumores como de galopadas furiosas de gruesos grupos de caballos.

Habíase vuelto a poner en marcha la banda, pero al paso y calladamente para no descubrirse.

Tres de los jinetes se adelantaron para ir explorando el camino, pues la oscuridad era tan profunda que no se distinguían los obstáculos que pudiera haber al frente; ocho se pusieron a la retaguardia y los restantes se agruparon alrededor de los jefes y de Than-Kiu para defenderlos en caso de una agresión imprevista.

Llevaban ya andado como medio kilómetro por entre los grupos de árboles, cuando retrocedieron vivamente los tres exploradores de la vanguardia.

—¿Qué pasa?—preguntaron Hang-Tu y Romero— ¿Acaso los españoles?

—Hemos oído el relincho de un caballo—contestó uno de ellos.

—¿Dónde?

—Delante de nosotros.

—Será algún caballo abandonado—dijo Romero.

—Es posible—contestó el chino—; pero bien pudieran ser españoles emboscados o acampados.

—Desviémonos, Hang-Tu.

—Quisiera primero saber si son amigos o enemigos. Otros insurrectos pueden haberse refugiado en el bosque y me agradaría engrosar nuestra pequeña banda.

—¿Qué determinas?

—Adelantémonos con cautela con las armas preparadas.

—¿Y Than-Kiu?

—Coloquémosla entre los dos—dijo Hang.

Formóse la banda en tres filas y avanzó lentamente y con precauciones infinitas.

Iban a la vanguardia los hombres más resueltos, para que, si llegaba el caso, cargaran a fondo.

La selva parecía desierta; tan profundo era el silencio. Hubiérase creído que se habían engañado los exploradores, porque nada indicaba que hubiese allí un alma. De repente se oyó una voz que gritó en español:

—¿Quién vive?

—¡Muerte de Buda!—murmuró Hang-Tu— ¡Aquí estamos!

Y alzándose en seguida sobre los estribos y desnudando la *catana*, gritó a los suyos:

—¡Cargad!

Los caballos, vivamente espoleados, arrancaron a todo escape; pero no encontraron ningún obstáculo.

Habían ya pasado más allá del grupo de árboles de donde

había salido la voz de ¡quién vive!, cuando recibieron una terrible descarga a quemarropa.

Siete caballos con sus respectivos jinetes se desparramaron a derecha e izquierda, mientras Romero, que cargaba en primera línea, se dejaba caer sobre el cuello de su montura.

Than-Kiu, que iba á su lado, dio un grito y le agarró por un brazo para impedir que cayera al suelo; pero el mestizo se irguió en la silla, diciendo:

—No es nada, Than-Kiu.

Volviéndose después, hizo fuego contra el grupo de árboles, mientras Hang-Tu y los que habían resultado ilesos hacían otro tanto.

—¡Apretad a correr!—dijo el chino.

Volvieron a emprender la interrumpida carrera y huyeron desordenadamente a través de la selva; pero los españoles no los siguieron, contentos con haber desmontado a aquellos siete jinetes o quizás porque no tuviesen caballos.

—¿Estás herido, mi señor?—preguntó Than-Kiu, que no había abandonado a Romero.

—No ha sido nada—contestó el mestizo, pero con un acento que indicaba un gran esfuerzo de voluntad.

—¡Muerte de Buda!—exclamó Hang palideciendo—¿Te han herido, Romero?

—Creo que he recibido un balazo en la espalda.

—¡Ah, malditos! ¿Puedes sostenerte?

—Lo espero.

—Si puedes resistir quince minutos te llevaré a un sitio donde podremos detenernos. Sé donde estamos.

—Resistiré.

—¡Pues aprieta el paso! ¡Espolea!

Los caballos devoraban el camino, porque la selva no era ya tan cerrada; pero el mestizo, que debía de estar dolorosa, ya que no mortalmente herido, sentía que iban faltándole las fuerzas. Ya dos veces se había inclinado sobre el cuello del caballo, y Hang-Tu y la muchacha le habían sostenido. Seguramente estaba perdiendo mucha sangre. Habrían pasado diez minutos cuando Hang-Tu exclamó:

—¡Alto!

Detúvose y saltó rápidamente a tierra, sosteniendo a Romero entre sus robustos brazos. Éste se abandonó por completo, lanzando un gemido.

Cuatro hombres acudieron en su ayuda; pero Than-Kui los rechazó diciéndoles:

—¡No, no lo toquéis!

Entre ella y Hang-Tu condujeron al herido hacia una casa de campo medio arruinada rodeada de una muralla. Pasada ésta a través de una brecha, tendieron a Romero

con infinitas precauciones sobre un montón de hierba seca que había en el corral.

El mestizo había perdido el sentido; pero su respiración seguía siendo natural.

—¡Sálvale!—dijo Than-Kiu con los ojos llorosos.

—Bueno—le contestó Hang.

—¿Me lo prometes?

—Sí, hermana—le contestó el chino con voz imperceptible.

CAPÍTULO XV

LA HERIDA DEL MESTIZO

El edificio en cuyo recinto habían encontrado un momentáneo refugio los fugitivos debía haber sido una grande y hermosa finca, a juzgar por sus restos, y pertenecido probablemente a alguna familia china, como lo daban a entender los dragones sostenidos por mástiles que aún la adornaban.

También allí habían llegado los estragos de la guerra, porque del edificio sólo quedaban en pie las murallas. El techo estaba hundido, los pisos destrozados; las cuadras, que debían de haber sido muy espaciosas también, por tierra, y por dondequiera se veían montones de escombros.

Sin duda, se había reñido allí algún combate, y la finca había sido quemada y destruída.

Mientras los chinos y mestizos que quedaban de la pequeña banda rodeaban la casa para evitar cualquier sorpresa de los españoles, que quizás les hubieran seguido el rastro, Hang-Tu hizo encender una tea resinosa y se acercó a Romero, que no había aún vuelto en sí.

Habiendo notado que la camisa estaba ensangrentada, principalmente la parte correspondiente al lado izquiedro de la espalda, la cortó con el cuchillo y vio dónde tenía la herida su amigo.

La bala no parecía haber roto ningún hueso, y por las trazas debía de estar alojada debajo del brazo, que por milagro había resultado ileso. Era una herida dolorosa sin duda, pero no grave.

—¿Y bien?...—preguntó Than-Kiu, que tenía clavados los ojos en los del chino como si tratase de leer en su pensamiento.

—Todo va bien—le contestó Hang-Tu ya tranquilo—. Creí que sería más grave la herida.

—¿Podrás salvarle?

—Sí, Than-Kiu.

—¿No me engañas, Hang?

—¿A qué? Romero es demasiado necesario a la insurrección para que yo no ponga cuanto esté en mi mano por curarlo. Además, le quiero como a un hermano.

—Pero no ha abierto aún los ojos.

—La herida es muy dolorosa, y ha perdido mucha sangre.

—¡Tengo miedo, Hang!—murmuró la muchacha comprimiendo un sollozo

—No tardará dos semanas en estar curado. Es vigoroso,

y después... Hay una circunstancia que apresurará la cura —murmuró el chino.

—¿Cuál?

—El afecto.

—¿Por quién?

—¡Cállate, muchacha!—dijo Hang suspirando—¡Cállate!

Un chino a quien había mandado Hang en busca de agua regresaba en aquel momento.

Hang-Tu lavó cuidadosamente la herida, y después la vendó pronta y diestramente con un trozo que arrancó de la camisa.

Apenas terminada esta operación, vio Than-Kiu que el herido abría poco a poco los ojos.

—¡Mi señor!—dijo inclinándose sobre él.

Romero, ya en su conocimiento, sonrió y estrechó la mano de la joven.

Al tratar en vano de incorporarse, lanzó un gemido.

—¡No te muevas, Romero!—le dijo Hang-Tu.

—¿Tengo, pues, la espalda destrozada?—preguntó el mestizo—¡Mejor sería que me hubiera matado el golpe!

—En vez de quejarte, debieras dar las gracias a esa bala. Si te da un dedo más arriba te rompe el espinazo.

—Voy a servirte de estorbo, Hang. ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Curarte.

—¡Tú! ¿Mientras la insurrección necesita de tu concurso?

—En dos semanas no pueden los españoles acabar con ella; y luego no nos quedaremos aquí. Construiremos una camilla, y te llevaremos a San Nicolás.

—¡No!—dijo Romero sacudiendo vivamente la cabeza—Déjame aquí, y vete con tu gente sin perder un momento. Quizás nos sigan los españoles, y por salvarme a mí podían apresarte.

—No soy hombre que se deje sorprender dos veces, Romero. A mi cargo queda conducirte a San Nicolás. Si yo te abandonase, ¿quién te curaría?

—¡Yo!—dijo Than-Kiu.

—Pero, ¿quién te protegería contra las españoles?

—No los temo, Hang—dijo fieramente la muchacha.

—Lo sé. Eres valiente; pero el valor de nada sirve contra el número y contra los fusiles. No: Hang no abandonará a su amigo; no dejará caer en manos del enemigo al hombre más útil de la insurrección.

—No puedo ser de utilidad ninguna a la insurrección, Hang; mientras que ahora la privaré de tu vigoroso brazo.

—Te curarás pronto, Romero.

Después, viendo que su amigo iba a hablar, le dijo:

—¡Basta! ¡No se habla más!

Se levantó y tuvo una breve conferencia con su gente, que vigilaba por la parte de afuera de la finca para ver lo que se hacía.

Decidióse construir pronto unas parihuelas y abandonar aquella misma noche aquel lugar, donde serían sorprendidos seguramente por los españoles, que no dejarían de perseguirlos.

Mientras unos cuantos de ellos se dispersaban por el bosque para explorarlo y otros construían a toda prisa la camilla, Hang, seguido por cinco o seis, se internó por la arboleda en busca de víveres, pues en la precipitada fuga de Salitrán nada habían llevado consigo. Hallaron algunas gallinas escondidas en un cobertizo, las cuales volvían allí después de la fuga de los dueños y de la retirada de los combatientes. Encontraron también en un rincón de la finca, entre los restos del mobiliario, algunos de esos quesos tan comunes entre los chinos, confeccionados con chicharros y habichuelas mezclados con harina y zumos de varias plantas, medio saco de arroz algo chamuscado por el fuego, y varios pucheros de cobre; objetos preciosos en aquel momento para ellos.

Tenían víveres para un par de días, y podían bastar-

les hasta su llegada a San Nicolás, que no debía de estar lejos.

Hacia la media noche estaba lista la camilla. Cubriéronla con unas brazadas de hojas frescas que Than-Kiu recogió, pusieron en ella a Romero, y la pequeña partida se puso lentamente en marcha por aquella inmensa selva que parecía extenderse desde la orilla del mar hasta la laguna de Tual.

Cuatro jinetes abrian la marcha; seis hombres alternaban para llevar la camilla, y los restantes cubrían la retirada. Hang-Tu y la muchacha iban a los lados de la camilla, prontos a atender a los menores deseos del herido.

La selva habíase vuelto sumamente intrincada, dificultando la marcha los bejucos de *rotang* que se entrelazaban por todas partes, y las raíces que serpenteaban por el suelo como enormes reptiles.

Parecía que todos los representantes de la riquísima y complicada flora chino-malaya se habían reunido allí. Había árboles de los llamados «del sebo», de hojas de color verde claro y de ramas cubiertas por una materia grasienta, de que obtienen los chinos una excelente cera llamada *hiue-hyn;* bosques de naranjos cuajados de frutas de forma oval, de tamaño pequeñísimo y de exquisita dulzura; colosales árboles de alcanfor, que difunden penetrante aroma

por todo sus poros, y esos otros que producen una especie de dátiles llamados *wai-sho*, de que se saca una hermosísima tinta amarilla; higueras gigantescas, tamarindos de desmesuradas hojas que proyectaban intensa sombra, beteles, areches e infinitas plantas gomíferas.

Las ramas, las cañas y las raíces, cruzándose en todos sentidos, hubieran hecho imposible la marcha de los caballos si los hombres que iban delante no hubieran ido abriendo camino con sus sables, cuchillos y *catanas*. La marcha era, pues, lentísima y en extremo fatigosa, especialmente para los conductores de la camilla.

Hang-Tu comenzaba a inquietarse, temiendo perderse en aquella inmensa selva. Hasta sus hombres no sabían dónde estaban ni qué rumbo seguir para ir a San Nicolás.

Al amanecer, mientras Romero, presa de la fiebre, estaba sumido en sopor profundo, mandó el chino hacer alto en medio de un bosque de enormes árboles de pimienta silvestre, cuyos sarmientos entrelazados formaban un escondrijo imperceptible a la vista de quien pasase por sus inmediaciones.

Hombres y caballos estaban rendidos por el sueño y el cansancio. Sólo Hang y la muchacha china se mantenían firmes.

El jefe de los amarillos distribuyó víveres entre su comitiva, y apeló a la buena voluntad de algunos de los que la

formaban para que explorasen los alrededores, siempre temeroso de ser perseguido. Comprendía que no había pasado aún el peligro.

En tanto que los más robustos se encargaban de aquella peligrosa exploración, hizo Hang encender fuego y cocer para Romero uno de los pollos que se habían encontrado en la finca china.

Than-Kiu, sentada al lado del herido, no separaba de él los ojos. Se había quitado el amplio manto blanco de seda, se lo había colocado encima con afectuosa ternura, y le humedecía de cuando en cuando los labios con el pañuelo, para templarle el ardor de la fiebre.

La resistencia de aquella criatura, al parecer tan delicada como los lirios de su tierra nativa, debía de ser maravillosa, increíble, porque mientras los hombres más robustos caían desplomados y rendidos por las fatigas de aquel día, ella se conservaba firme e incólume como una roca.

Romero seguía durmiendo, pero estaba agitado como bajo la acción de una pesadilla; su respiración era inquieta y anhelosa, y de sus labios salían de cuando en cuando frases y palabras truncadas.

Than-Kiu, inclinada sobre él y con la cabeza entre las manos, espiaba ansiosamente sus palabras.

De repente se irguió bruscamente. Había oído un nombre que no era el de la pobre *Flor de las Perlas*.

—¡Teresita!—había exclamado Romero con voz imperceptible.

Relampagueó la mirada de la muchacha, y después dos gruesas lágrimas le surcaron el rostro.

—¡La mujer blanca!—exclamó con tristeza—¡Ella! ¡Siempre ella! ¡Ni en sueños la olvida!

Al levantar los ojos vio ante sí a Hang-Tu, que parecía profundamente conmovido y con aire de tristeza impreso en su altivo semblante.

—¡Hang!—murmuró Than-Kiu cubriéndose la cara con ambas manos.

—Lo he oído—respondió el chino sordamente.

—¡Su pensamiento es siempre para ella; hasta en sueños!

—Sí, Than-Kiu; pobre niña! ¡Mejor hubiera sido que te hubieras quedado en nuestro país! ¡Al menos no habrías vuelto a verle!

—¡Sí, Hang; pero ya es tarde! ¡El espíritu del mal no me dejará ya más, y mi martirio sólo cesará cuando muera! ¡Maldita sea la mujer blanca que ha lanzado un maleficio sobre Romero y ha destrozado el corazón de la *Perla del Río Amarillo!*

—La odias, ¿verdad?

—¡Con toda el alma, Hang!

—¡El destino es tan raro a veces, Than-Kiu!

—¿Qué quieres decir?

—Que podrán tendernos un día la mano el padre y la hija.

—¿La insurrección acaso?...

Hang movió tristemente la cabeza.

—No—dijo—; no será la insurrección quien nos la arrojará en los brazos, Than-Kiu. Todos nuestros generosos esfuerzos serán inútiles, y nuestra bandera no ondeará en los viejos muros de Manila. La libertad que hemos soñado se ahogará en sangre; pero Hang sabrá morir como un valiente ese día.

—¿Desesperas?

—Sí; he perdido toda esperanza. Dentro de uno o dos meses habrán triunfado los españoles.

—¿Y nosotros? ¿Y Romero?

—¿Nosotros? Hang-Tu morirá; ya te lo he dicho. La sangre de los mártires no se derramará en vano, sin embargo, y el último grito de los patriotas será repetido un día por otros más afortunados que ellos.

—¿Y Romero?

—Cumplirá bien su deber hasta el fin. Ama la libertad ante todo.

—¡Pero yo no quiero que muera, Hang!

—El destino está en las manos del Cielo, Than-Kiu.

—¿Pero crees?...

—¡Cállate, que vuelven nuestros hombres!

Habíanse sentido voces hacia los bordes de aquella enorme aglomeración de árboles. Hang-Tu se levantó, con la carabina en la mano, y se adelantó hacia el lugar de donde partía el ruido.

No se había engañado. Los exploradores volvían apresuradamente, como amenazados por algún nuevo peligro.

—¿Los españoles?—preguntó.

—¡Sí; nos persiguen!—contestó uno de ellos con voz afanosa, como si hubiese dado una larga carrera.

—¡Aún!—exclamó el chino arrugando el entrecejo—¿Están lejos?

—Como a una milla.

—¿Son muchos?

—Unos cincuenta.

—¿Acaso cazadores?

—No, gente a caballo, bien montada y bien armada.

—¿Quién los manda? ¿Lo sabes?

—Sí, capitán, porque le he visto y le he conocido.

—¿Quién es?

—El mayor Alcázar.

—¡Él!—exclamó Hang-Tu rechinando los dientes—¡Lo había sospechado!

—¡Vamos andando, capitán; porque el comandante sabe que tú y Romero nos mandan!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me he acercado a los soldados, que se habían detenido a descansar, y he oído que os nombraban a ti y a Romero Ruiz.

—¡Ah! ¿Esas tenemos?—dijo Hang—El caso es serio, porque el mayor nos perseguirá sin tregua y hará cuanto pueda por prendernos; pero la selva es inmensa y mucho tendrá que andar para alcanzarnos. ¡Ea, levantemos el campo y emprendamos la marcha!

—Pero tenemos los caballos cansados, capitán.

—No lo estarán menos los suyos. Además, entre estos árboles, ni sus caballos ni los nuestros pueden correr. Hagamos el último esfuerzo, amigos, o ninguno de nosotros llegará a San Nicolás.

Despertaron a Romero para que tomase algunas tazas de caldo, y en seguida a los otros que dormían. Ensillaron los caballos a la carrera, y aunque los pobres animales estuviesen rendidos de sueño, se emprendió de

nuevo la marcha a través de todos los obstáculos de la selva.

Apretaron el paso para ganar tiempo, y se metieron por lo más intrincado de la selva para mejor defenderse en caso necesario.

Quedaron atrás algunos hombres para vigilar los movimientos de los españoles y tratar de engañarlos abriendo caminos en distintas direcciones, y otros se adelantaron para abrírselo a los portadores de las angarillas.

Una viva inquietud había invadido a todos los fugitivos, que temían caer de un momento a otro en cualquier emboscada. Aún Hang-Tu estaba intranquilo, aunque se esforzase en disimularlo, porque ni sabía dónde estaban ni hacia dónde se encontraba San Nicolás, único refugio en que podían salvarse.

También el sueño y el cansancio tenían abatido el ánimo de todos ellos. Sólo Than-Kiu resistía con energía suprema.

Hacia las nueve, después de dos horas de incesante marcha, llegó un mulato de la retaguardia con la buena noticia de que los españoles habían acampado.

Hang-Tu aprovechó la oportunidad para dar un breve descanso a la caravana. Estaban tan cansados, que hombres y caballos se amontonaron confusamente en el suelo.

Hasta la muchacha, al fin vencida, se dejó caer al lado de Romero, cubriéndole con uno de sus brazos como para defenderle.

Sólo Hang, cuyo vigor debía de ser enorme, se quedó velando apoyado en un árbol y fusil en mano, con el oído atento al menor rumor que pudiera indicarle la presencia del enemigo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

		Páginas
CAPÍTULO	I.—Los juramentados de Solú	7
—	II.—El *Lirio de Agua* y el *Soto Blanco* .	22
—	III.—Las sociedades secretas chinas . .	35
—	IV.—Teresita de Alcázar	48
—	V.—*La Flor de las Perlas*	6
—	VI.—Los misterios de Than-Kiu	80
—	VII.—La conjuración de Manila	93
—	VIII.—Las dos rivales	107
—	IX.—El odio de Hang-Tu	122
—	X.—Por tierra insurrecta	134
—	XI.—La primera escaramuza	151
—	XII.—En el campo insurrecto	167
—	XIII.—La batalla de Salitrán	179
—	XIV.—La persecución	197
—	XV.—La herida del mestizo	206

7026727

Imp. «ALDUS»—SANTANDER

NOVELAS DE AVENTURAS

SERIE SALGARI

Tomos en 8.º, de 200 a 300 páginas, con láminas

TÍTULOS PUBLICADOS

1. Los pescadores de ballenas.
2. Invierno en el Polo Norte.
3. La soberana del Campo de Oro.
4. El rey de los cangrejos.
5. Los náufragos del *Ligu*[illegible].
6. Devastaciones de l piratas.
7 y bis. Sandokan, 2 tomos.
8. L mujer del pirata.
9. Los estranguladores.
10. Los dos rivales.
11 y 11 bis. Los tigres de la Malasia, 2 tomos.
12. El rey del mar.
13. El capitán Tormenta.
14. El león de Damasco.
15. La hija de los Faraones.
16. El sacerdote de Phtah.
17. Los solitarios del Océano
18. El estrecho de Torres.
19. La perla roja.
20. Los pescadores de perlas.
21. El corsario negro.
22. La venganza.
23 y 23 bis. La reina de los caribes, 2 tomos.
24. Honorata de Wan-Guld.
[illegible] Yolanda.
26. Morgan.
27 y 27 bis. La capitana del Yucatán, 2 tomos.
28 y 28 bis. Los horrores de Filipinas, 2 tomos.
29. Flor de las Perlas.
30. Los cazadores de cabezas.

31. Al Polo Norte.
31 bis. A bordo del *Taymir*.
32 y 32 bis. Las panteras de Argel, 2 tomos.
33. El filtro de los califas.
34 y 35. El hombre de fuego. 2 tomos.
36. Los dramas de la esclavitud.
37. El continente misterioso.
38 y 39. Los horrores de la Siberia, 2 tomos.
40 y 41. Un drama en el Océano Pacífico, 2 tomos.
42 y 43. El hijo del León de Damasco, 2 tomos.
44 y 45. Dos abordajes. 2 tomos.
46. Los náufragos del *Spitzberg*.
47 y 48. Al Polo Austral en velocípedo, 2 tomos.
49 y 50. La costa de marfil, 2 tomos.
51, 52 y 53. Los mineros de Alaska, 3 tomos.
54 y 55. Los pescadores de *tre pang*, 2 tomos.
56 y 57. El buque maldito, 2 tomos.
58 y 59. El rey de la pradera, 2 tomos.
60 y 61. El Capitán de la D'Jumna, 2 tomos.
62 a 65. Los hijos del aire, 4 tomos.
66. El falso Bracman.
67. La caída de un Imperio.
68 y 69. El desquite de Yáñez 2 tomos.
70 y 71. La favorita del Mahdi, 2 tomos.

Cada tomo, con cubierta de cartulina estampada en colores,
1,25 pesetas.

ED. "SATURNINO CALLEJA" S.A

WINGO BOOKS
3907 W Street N.W.
Washington, D.C. 20007

DICCIONARIO COMPLETO DE LA LENGUA CASTELLANA

POR

RODRIGUEZ NAVAS

El más completo y económico

DICCIONARIO FRANCÉS-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-FRANCÉS

POR JULIO CASARES

El más moderno y el mejor

DICCIONARIO INGLÉS-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-INGLÉS

POR JULIO CASARES

El mejor y el más moderno

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A.
Casa Fundada el año 1876

MADRID CALLE DE VALENCIA, 21